

**ABELARDO
ARIAS**

**LA
VARA
DE
FUEGO**



Lectulandia

A fines de la década de 1930, sucede este hondo y largo diálogo con las diversas formas del amor en un Buenos Aires fascinante, ya desaparecido o diverso en gran parte.

«Una de las novelas esenciales para seguir la evolución de Buenos Aires, desde *Sin Rumbo* de Cambaceres y *La Gran Aldea* de L. V. López hasta hoy», ha dicho el crítico Miguel D. Etchebarne.

Desde una pensión de la Avenida de Mayo, Alberto Aldecua, protagonista de *Álamos Talados* (aunque entre ambas novelas no exista relación argumental), descubre calles, plazas, el puerto, barrios, la vida nocturna, el tango, *dancings* y cafetines; la pasión, y lo esencialmente argentino: la amistad.

La más sentida novela que sobre el *tema del desencuentro* se haya escrito entre nosotros. El «diario íntimo» de María Elisa es un sensible y profundo estudio psicológico del alma femenina. La mujer que ayuda a madurar al adolescente egoísta y, por extraños caminos de lo mínimo, en tremendo desgarramiento y al más alto precio, le enseña a asumir su responsabilidad en un mundo cuyas estructuras sociales crujen y vacilan.

Rara vez ha sido analizado el espíritu de una ciudad latina con tamaña gravedad y ternura.

Lectulandia

Abelardo Arias

La vara de fuego

ePub r1.0
diegoan 09.12.16

Título original: *La vara de fuego*
Abelardo Arias, 1947

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Venas, que humor a tanto fuego han dado;
Medulas, que han gloriosamente ardido.
Su cuerpo dejarán, no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.*

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

A la Memoria de

MADAME ANA LAGARRUE DE BOYE

PRIMERA PARTE

No podía comprender a Bernardo. Menos podía comprender a María Elisa. Menos aún podía comprenderme yo mismo; ni a Margarita, ni a Lucía; en cambio, a Jeanne y a *Madame* Listenois, sí. Había seres que cumplían su órbita con la seguridad de un planeta.

Quizá no estaba hecho para comprender, sino para dejarme arrebatado.

Palpé las tapas enteladas del cuaderno. Desde adentro otros dedos, yemas tibias, avanzaban para rozar dulcemente los míos; podían ser los de María Elisa. ¿Qué tiempo se necesita para saber cómo son las yemas de la persona amada?

¿No podían ser las yemas de los dedos de Bernardo? Quise borrar esos constantes temores; abrí el cuaderno.

¡Qué extraña letra! Era cierto, la letra mostraba inesperadamente el carácter de las personas; el delator es siempre inesperado.

También la muerte había llegado de manera inesperada y absurda.

La gente de la calle había saludado con mucha ceremonia el paso de la carroza y, salvo cuatro o cinco personas, a nadie importaba su muerte.

Los corpúsculos de polvo bailoteaban en el rayo de sol que entraba por mi ventanita. Podía ser el idioma desconocido de seres aún más ignorados, que se expresaban por esa danza. ¿La muerte era, acaso, más comprensible?

Comencé a leer. Sus fechas eran iguales a las mías; pero de un contenido muy diverso. Acusación o excusa: anverso o reverso de la propia inseguridad.

Sí, esa fecha la recordaba con claridad en mi propia cuenta. Las hojas del almanaque habían repetido su chasquido movidas por el aire que entraba a través de la ventana. Luego, llegó el campaneó de los cuartos de hora; después, el de las horas, mientras el número rojo del día se destacaba reflejado en el espejo.

Terminaron las campanas de la iglesia, tuve imperioso deseo de levantar la sábana y mirar. Olor rancio; los deseos de la noche anterior, una vez satisfechos, tenían que oler mal, les faltaba la sal de la curiosidad. Acaso, todo era más simple: teníamos que hacer buches, lavarnos los dientes o visitar al dentista. Su pierna desnuda aparecía pegada a la mía; estábamos totalmente desnudos: sin secretos, ni deseos. Vacíos.

Quería recuperar mi cuerpo, la frescura de mi piel.

1

Recorrer las pieles tersas era como tenderme en un cantero de frescos malvones y sentir que las hojas jugosas y aterciopeladas se pegaban a mi cuerpo. Ya pasado todo, se me antojaban repasadores de cocina manchados de grasa, que al enfriarse toma consistencia y cuyo sólo contacto repugna.

A través de los barrotes de hierro de la cama, retorcidos en florones pintados de blanco, veía mi ropa echada con prisa en el respaldo de una fea silla negra cuyo asiento de esterilla parecía desfondado por una rodilla fofa y pesada. El pantalón, colgante una de las piernas y la otra encaramada sobre el respaldo de la silla donde el saco se combaba como la chaqueta de un jorobado, formaba carriles a la corbata verdosa que serpenteaba entre las ropas como una lagartija.

Georgette respiraba acompasadamente; de pronto, con estertor de agonizante, cambiaba el ritmo y, luego, de nuevo, volvía al calmo y fatigado alentar. Un reloj despertador hacía el contrapunto de la respiración.

Por el tragaluz comenzaba a entrar el lívido claror del alba, mezclado con los ruidos de los tachos de basura removidos en el patio interior.

Aplasté el cigarrillo en un cenicero que, al recuperar el equilibrio perdido bajo la presión de mi mano, golpeó con sonido de loza ordinaria sobre el mármol rajado de la mesa de luz.

Una oleada de aire fresco volteó las hojas sueltas del pequeño calendario, que colgaba de su cinta roja en una perinola del tocador, cuya luna se tornaba plomiza.

Las cortinas de cretona comenzaron a batir con torpeza de alas de pingüino. ¿Por qué pensaba en los pingüinos que sólo había visto en el cine, en el Zoológico o en el anuncio multicolor de una cervecería? Mis compañeros de la Facultad y del Club baldaban de mujeres y sólo conocían las de los *dancings*, de los cafés del bajo, o esas que hacían señas desde los zaguanes oscuros en algunas casas del centro.

Un ronquido sibilante, envuelto en aliento pastoso, cortó mis pensamientos. El carrillón de la Iglesia del Santísimo Sacramento tocó los cuatro cuartos; esperé atento hasta que cinco minutos después, llegaron las seis campanadas de la hora, que antes de terminar se mezclaron a las graves de la Torre de los Ingleses.

Comencé a vestirme. Georgette no se movió; dormía con la boca semiembadurnada de carmín; casi no le había dado tiempo de quitárselo. La sábana la cubría hasta el mentón. Sobre las mesas pintadas de blanco, en las ferias al aire libre, había visto trozos de carnaza semejantes a su boca.

Cerré de un golpe la puerta del departamento. Bajaba el ascensor aún iluminado, y me colé después de esquivar los tachos de basura que el portero acababa de retirar en los pisos superiores.

Ya en la calle, respiré hondo el aire que subía desde el río.

Trepé en un *colectivo* que pasaba por la calle Córdoba y fui a dejarme caer en el ancho asiento trasero.

Ya estaba lejos de todo lo pasado. Llegué a creer que era el mismo de siempre, hasta que un mandadero, cuyas polainas lustradas brillaban junto a mis pantalones arrugados —su pierna junto a la mía, como la de Georgette—, me miró sonriente, mientras pasaba la mano por la boca. De un manotón saqué el pañuelo del bolsillo exterior y me restregué los labios y las mejillas.

El mandadero se inclinó y, casi al voleo, recogió un papel doblado en cuatro y, sonriendo de nuevo, me lo alcanzó. Con rabia estrujé el papelito y lo arrojé por la ventanilla; era la dirección y el número de teléfono de Georgette. De reojo, vi como el mensajero se requintaba la gorra, luego de levantar un mechón de pelo rubio que le escapaba por un costado de la visera de hule negro.

No me atreví a mirarlo otra vez. Recordaba las cosas que los muchachos imaginan en la cara de los más grandes. No obstante, me hubiera gustado verle sonrojar o guiñar con aire de picara suficiencia, para repantigarme jactancioso de haber tenido lo que el chicuelo comenzaba a desear; pero ya había cometido demasiados actos que luego me repugnaban.

Poco a poco, el vehículo y las calles se iban llenando de gente. Detenidos por el tránsito de la Avenida de Mayo, y apretujados en el pasillo, los pasajeros protestaban entre largos bostezos.

—¡Eh, chico! ¡Llegamos! —dije al mensajero que dormitaba cabeceando.

Detrás de mi hotel quedaba una oficina de mensajeros; los había visto entrar y salir con sus uniformes pardos de cuello rojo.

—¡Gracias, señor! —contestó, despabilándose.

—¡Dos! —grité al chofer. A duras penas logré pasar las monedas entre dos hombres que colgaban de las agarraderas del techo como durmientes murciélagos. El mensajero, sorprendido, repetía su agradecimiento.

Una bandada de palomas revoloteó en la angosta calle Santiago del Estero, y fue a posarse en la farola dorada y en las cornisas del edificio que antes había pertenecido al *Hotel Majestic*. Alegraba verlas volar teniendo como fondo la angosta faja de cielo muy azul que se divisaba entre los pesados bloques de departamentos. Me había prometido llevar trigo y migas de pan a las que revoloteaban en la Plaza de Mayo, para terminar posándose en los canteros, al borde de los pilones o en los caminos embaldosados, donde se arrullaban entre la gente que pasaba distraída. Nunca llegó el día prometido, quizás por dejadez o temor a lo que diría la gente; en cambio, estaba seguro de que si Bernardo Linares o *Madame* Listenois me hubieran acompañado, no importaría el tamaño del paquete, ni me sentiría molesto de que me vieran acariciar el cuello sedoso de las que se posaran en nuestro banco de piedra.

Ya en el *Hotel Lutecia*, caminé de puntillas a fin de que *Madame* Listenois, la hermana de la dueña, no escuchara las crujiertes tablas del pasillo que, pasando frente a la puerta de su pieza, llevaba hasta la escalera exterior que conducía a mi habitación.

—¡Muchachón! ¿Estas son horas de llegar para un estudiante? —exclamaría, con

ese regaño soñoliento que me hubiera fastidiado no escuchar, a pesar de que me encocoraba su papel de «tutora *ad honorem*»; resultado, sin iluda, de su misteriosa correspondencia con mi madre. Me encocoraba en la misma medida de esas Ordenanzas Municipales, que vanamente pretendían que los peatones circuláramos conservando la mano y cruzáramos por las esquinas entre andariveles pintados de blanco. Esa pueril rebeldía me engallaba el pecho.

Pisando cerca del zócalo, logré pasar sin ruido; al enfrentar la escalera, tuve que dar paso a otro muchacho, cuya pieza formaba con la mía un pequeño entrepiso.

—¡Buenos días, Aldecua! ¡Me voy a remar al Tigre!... —me zampó, con vozarrón que parecía brotarle de todos los poros de su carota arrebolada y feliz.

—Adío, ¡que te parta un rayo! —contesté ya sin cuidarme, antes bien, marcando los pasos en la escalera de hierro, como si con ellos cubriera el rezongo de *Madame Listenois* que no se hizo esperar.

Comencé a desvestirme de prisa. Podía dormir tranquilo: habían palomas en los techos; el portero de la vecina sastrería limpiaba la vereda con un chorro de agua fresca; el mensajero, con los diez centavos ahorrados, podía beber un vaso de leche. Todo volvía a ser puro.

Cuando desperté, el sol, reflejado por uno de los vidrios de la ventanita, marcaba un rectángulo tibio en el cubrecama. Mis libros de derecho, algunos con sus lomos parduscos por la transpiración de las manos, se amontonaban sobre el escritorio pintado de azul en ese «desorden ordenado» que causaba la invariable protesta de la mucama.

Cerca del reloj de pulsera, que marcaba las 11, y apoyado en la jarra de agua, vi un sobre, que *Madame Listenois* habría colocado mientras yo dormía. Reconocí la letra, cuidada como deber de caligrafía.

Adelanté una mano; a punto de tocar el sobre, la retiré.

—Georgette... —musité con repulsión.

Perezosamente, bajé hasta el cuarto de baño. Largo rato permanecí bajo la lluvia caliente, mientras el vapor empañaba el espejo, y los vidrios de la ventana. El agua me golpeaba el cuero cabelludo como pájaro de blando y gelatinoso pico; la sentía correr. Modelando los músculos, me envolvía íntegramente. Largos y suaves cabellos tibios. No los de Georgette; otros que imaginaba rubios, tibios de sol, desparramados sobre el pasto lozano y jugoso, con ese olor que los pastos tienen en primavera, con la tibieza que las muchachas y los muchachos tienen en primavera. Mi tibieza.

Lavada por el agua, se iba borrando Georgette, su charro cuarto, la Avenida Alem.

Había andado por esa Avenida con su recova estampillada de letreros luminosos. Nombres extranjeros y remotos, sobre las puertas de cada cafetín, de los cuales salía como de abajo de una enorme sábana de humo blanco, de tabaco, tufo espeso de alientos, vocerío, música de tangos o de *jazz*.

Caminaba erguido, pisando fuerte, como la lejana primera vez en que había

recorrido esta calle, que se me antojaba «escandalosa», particularmente entre la Plaza de Mayo y la Británica. Había experimentado, entonces, temor mezclado con ansiedad de ver, de saber. Quería abrir una de esas puertas vitrales multicolores que ostentaban, en la parte superior, un extractor de aire cuya hélice de cuatro paletas giraba ruidosamente, como deseosa de hundirse en las aguas del Río de la Plata, más allá de los diques con sus geométricos almacenes de ladrillos rojizos.

Ahora, todo era distinto. Ya sabía. Nítidamente volvía a repetirse la escena de la noche anterior. La gente —hombres solos o en grupos— desfilaba espesa, compacta. La luz, bajo las arcadas de la recova, nos canalizaba y endilgaba; por momentos, la acera semejava un brete, donde la hacienda, nerviosa, entrechocara presta a las cornadas. De vez en cuando, y por el menor motivo, se producían altercados y disputas. En la finca de abuela, allá en San Rafael, junto a la Cordillera de los Andes, había visto a los perros tarasconearse mientras esperaban la comida, cerca del galpón de los peones.

—¡Adelante que hay buenas mujeres! ¡Adelante!... —gritaba el portero de un *dancing*.

Había entrado en el *Cielo de Atizona*. Entre el gentío, las mesas de hierro cargadas con botellas, copas o chops, parecían islotes amarillos semicubiertos por la marea oscura. En el tablado, dos hombres en mangas de camisa inclinaban la cabeza; uno sobre el bandoneón; el otro sobre la guitarra, ambos como si los auscultaran. El pelo ensortijado y grasoso les caía sobre la frente en dos mechones desiguales. Una mujer se ubicó en el centro del pequeño escenario que se abría sobre el mostrador. Cantaba una letrilla española, al par que se movía comprimida por las miradas pegajosas de los espectadores. La voz, dura y agria, apenas lograba dominar la algarabía de un grupo de marineros ingleses.

En la pared, y pintada con exceso de rojos, una mujer mostraba las piernas rollizas, bajo una nube de volanderos encajes que las moscas habían convertido en grises.

Se abrió el batiente de la puerta y entró un negro con uniforme de marinero extranjero, seguido por un muchacho rubio. Ambos desaparecieron tras la puerta del «toilet». La mujer del tablado se retiró luego de un aplauso desganado; al punto, y levantando la misma cortina de colores chillones, al fondo del tabladillo, apareció otra moviéndose con el desparpajo insinuante con que se echó a cantar un tango.

Veía moverse a la gente en mi derredor y experimentaba la sensación de estar en el escenario de un teatro, o en el pupitre de un rematador hacia el cual convergieran todas las miradas.

Estaba nervioso; las mujeres me resultaban chocantes al repetir como un sonsonete: «Vení, chiquito, ya nos vamos a arreglar...»; «Arriba hay donde podemos conversar...». Reían con expresión que intentaban insinuante y no pasaba de torpe.

De nuevo se abrió la puerta, esta vez con estrépito, y entró un grupo de muchachones embotellados en sus trajes de corte y colores vulgares pero muy bien

planchados; los cuellos duros ajustándoles el pescuezo como dogal. Era sábado.

Entre la bullanga, y semejante a una lengua melosa, llegaba el canto de la mujer del tablado. De improviso, uno de la «patota», trajeado de negro, se levantó para gritar en dirección al escenario:

—¡Ché, Petiso, *no siás gil, atracale la chata!* —mientras completaba el significado de la frase con un ademán obsceno.

El músico curvó el cuello y, volviendo la cara hacia un costado, sonrió *sobradamente*. Creí que iba a ponerse de pie, y con regodeo canalla contaría sus intimidades, mientras la mujer sonreiría feliz. Durante un momento, experimenté deseos de hacerlo yo.

—¡Che, viejo, si me fallás, ma mejor que te pinchés un ojo y salgás a pedir limosna!

—¡Sos un muchacho pierna! —soltó su vecino palmeando al que había gritado.

Ella continuaba cantando «Mi vino triste», mientras, con ademanes de autómata, arrastraba en pasos *canyengues* el vestido largo de seda fulgurante que se abría hasta la altura del muslo marcado con un moretón. No sé cuánto transcurrió. Algunas de las artistas del *varieté*, bajaron para aceptar invitaciones.

—*Muchacho, ¿la picamo pa'otro lado? ¡Esto se está poniendo fiambre!*... —dijo uno de la *patota*, guardando la caja de fósforos con la que se había estado limando las uñas.

Hubo movimiento de sillas, y varios llevaron las manos a los bolsillos.

—¡*Avivensén!* Dejenlo pagar al *tano* que es un amarro.

Hubo guiñadas y cuchicheos, hasta que el mozo sonriendo comprensivamente fue derecho al *tano*, quien, uno a uno, contaba los billetes.

En ese preciso momento había entrado Georgette. Comparada con las otras, me pareció deseable. Estaba sola y paseó una mirada distraída por las mesas; desilusionada, cayó por fin en la mía. Bastó un movimiento de cabeza y vino a sentarse.

—¡Hola, pibe! ¿Qué haces por aquí?... —preguntó con acento francés que, en primer instante, me pareció simulado.

—Bien lo sabes —contesté, amoscado por el tono casi burlón de su pregunta.

Arreglamos de prisa, casi con monosílabos, y salimos.

Esta era Georgette; este había sido yo.

Envuelto en la salida de baño, y chancleteando las chinelas, subí la escalera de mi pieza. El sol de comienzos del otoño ponía un halo amarillento a las moles de los edificios, que recortaban sus paredes grisadas por la humedad sobre el fondo azul del cielo, el cual, desde mi ventanita, aparecía partido en dos por una enorme casa de departamentos.

De pronto, a través de la pared medianera, escuché ruido y entrechocar de muebles. No; lo que estaban haciendo no era una limpieza común en ese cuarto de la pensión vecina; debían ser aquellas que se reservaban para tentar a algún cliente

nuevo. No era fácil pescar inquilinos.

Si limpiaban tanto era para una mujer; los hombres no sabíamos fijamos en esas cosas. Sí. Tendría que ser una mujer. Se me ocurría que ellas estaban siempre en acecho, ocultas tras algo. Alcé los hombros.

¿En dónde, en qué parte, bajo cuál de esos techos estaría la que buscaba?

Delia de Seguro la pasaba por el *Hotel Lutecia* como una tromba de valijas y baúles. Reía siempre, y todos la esperábamos a manera de tónico cuyo dosaje no duraba mucho, pues, a los seis meses ya estaba lista para seguir una peregrinación a la Tierra Santa o una excursión a Australia.

Aquella tarde la esperábamos de regreso de China. Su habitación ya estaba preparada. Las toallas blancas cuidadosamente dobladas en el perchero; los viejos cortinados de seda, —que la señorita Enriqueta, hermana de *Madame* Listenois y dueña del Hotel, habría comprado en el remate de alguna mansión del barrio Norte—, pulcramente plumereados tironeaban de las chirriantes argollas y agarraderas de bronce. Desde la Avenida de Mayo llegaba el airecillo tibio cargado, de vez en cuando, con olor a nafta o fuel-oil. La baraúnda del tránsito hacía trepidar los grandes vidrios del ventanal que se abría sobre un estrecho balcón de hierro lleno de arabescos *Modern Styl*.

La señorita Enriqueta, mientras corregía por centésima vez la ubicación de sillas y toallas, balanceaba la cabeza canosa, grande y maciza. Luego, cansada de esperar, se dirigió a su pieza, haciendo sonar la inseparable caja de lata, que en un tiempo había contenido té y ahora guardaba llaves, lápices, medallas, monedas, recibos.

Para matizar la espera, pues todo era buen pretexto, Pepita Benítez, una viuda con dos hijas casaderas, decidió organizar una de sus famosas mesas de *bridge*, en las que el juego se prolongaba hasta la una de la mañana.

Estas partidas causaban el comentario suspicaz de la señora de Gatti, que pertenecía al otro grupo rival en que se dividían las pensionistas estables del Hotel. Los estudiantes universitarios era uno de los trofeos que se disputaban ambos grupos a base de guindado, caña, jerez, sandwiches o masitas. *Madame* Listenois conservaba sonriente neutralidad; la señorita Enriqueta, en cambio, soportaba, con mirada de mártir, elevada por sobre la montura de los anteojos, las quejas y protestas de ambos grupos. Escuchaba pacientemente, hasta que, de pronto, cabeceaba semidormida.

Sin ganas de jugar, bajé a la portería.

—¡*No arriba la signora Delia!*... —gritó ampuloso Batista, el portero—. Ha perdido el barco...

Sonreí obligadamente. Me distrajo ver salir desde la casa de departamentos vecina a una mujer alta y rubia. Me gustó su caminar tímido.

—¡*Bella ragazza!* —agregó Batista, guiñando. Había seguido mi mirada y, ahora, me contemplaba sonriente.

—Linda... —dije, cortado.

—Vive en la casa del lado, en la pensión del tercero... Trabaja de empleada... ¡Eh, esto es lo que dicen!... —rio ladino.

Tuve necesidad de seguirla, temeroso de que desapareciera entre la gente. Anduvo pocos pasos y quedó en la esquina, como a la espera de un tranvía. Me

detuve frente al escaparate de la casa de artículos para hombres que ocupaba la planta baja del Hotel. Reflejada en el cristal, la observaba con atención. Tenía el aire alerta de esos gatillos que se disparan a la menor presión del dedo. Las piernas, suaves y torneadas, afirmaban y descansaban alternativamente. Las manos enguantadas acariciaban la cartera, como si palparan el vientre de un bebé al cual entalcaran después del baño. No era muy bella, pero sí realmente hermosa.

Cuando estaba con Bernardo Linares, y pasaba una mujer que las mereciera, le otorgábamos las cocardas de nuestras palabras con el aire convencido y solemne con que los jurados de la Exposición Rural de Palermo colocaban las escarapelas en las motudas cabezas de los Shorthorns. Cuando estaba solo me limitaba a balbucir: «¡Mi Dios, qué *churro!*». Sentía que las mujeres andaban por la calle aguantando las miradas de los hombres como si escaparan de una alcoba y obligadamente entraran en otra.

Me di vuelta y nos encontramos un instante. Tenía los ojos claros; no alcancé a precisar el color en la prisa por descubrir lo que expresaban. La boca bien trazada, los labios finos. El cutis suave modelaba los pómulos con firmeza.

Adelanté un paso sin saber lo que intentaba decirle. Podía gritar que me gustaba, que era hermosa, que deseaba besarla, o preguntarle, como era de rigor: «¿Nos conocemos de alguna parte?». Todo podría decidir en el último momento, cuando ya sintiera que la voz iba a surgir.

Un auto se detuvo, y ella subió al lado del conductor. Mientras el hombre accionaba la palanca de cambios, cerró de un golpe la portezuela y, sintiéndose segura, me miró entre burlona y compadecida.

Partió el coche, y me di cuenta que «ella» se había ido con alguien al lado. Una sombra con traje de hombre, quizá con bigote, quizá con lentes.

Las personas que me rodeaban habían seguido la frustrada tentativa; molesto, me escabullí entre la multitud.

A pocas cuadras, la chapa de bronce del ciego, que vendía lápices frente a la salida del subterráneo, brilló y atrajo mi vista que, luego, continuó el salto de cosa en cosa. Pelota de *ping-pong*.

A Bernardo Linares le divertía jugar al *ping-pong*. Me hubiera gustado estar con él, caminar a su lado en silencio, pues, lo más probable era que no le hubiese dicho palabra de lo sucedido. De todas maneras él tomaba a chacota mis repetidos «enamoramientos relámpagos».

Había oscurecido totalmente arriba de la brillante iluminación que, en faroles y carteles, clareaba el frente de los edificios. Al fondo, a varias cuadras y en el centro de la Plaza de Mayo, se alzaba la Pirámide de calicanto enfocada por reflectores. A veces, mis zapatos patinaban en el barro chirle que la humedad formaba sobre las baldosas de la acera. Caminaba sin rumbo, como figura inasible que escapa a los marcos de los grandes escaparates iluminados. A cada momento, arrojada con fuerza de hondazo, una persona chocaba contra mi pecho u hombros y cortaba la imagen de

la mujer rubia que rondaba mi memoria.

Niebla densa, fuera de lo común, avanzaba desde el río, y comenzó a borrar los repetidos bloques de edificios cuyos pisos altos, mansardas, cúpulas, farolas y torrecillas se esfumaron por completo.

La gente parecía envuelta entre algodones y lista para recibir monstruoso vendaje. En una mujer de ajustado traje sastre, me pareció reconocer a Georgette; di vuelta la cabeza en sentido contrario. No quería verla. No nos conocíamos ni nos conoceríamos nunca; lo nuestro había sido mero encuentro de tuerca y tornillo que, al fin y a la postre, no ajustan bien. Cuando obtenía una mujer solamente deseada le guardaba fastidio, pues que ella había despertado lo peor de mí mismo.

Los faroles, altos y recién dorados, se aureolaban de amarillo. La niebla se espesaba cada vez más hasta dejarme sabor de ceniza.

Libre de la mirada de los caminantes, andaba desnudo de cuerpo y espíritu. Me sentía cómodo, en la anárquica manera de un criollo plantado en medio de la pampa, quien sabe que todo debe esperarlo de sí mismo y nada de los demás.

Escuchaba apagados el ruido de los motores, las bocinas, el grito de los *canillitas* y hasta el estremecedor bramido de las sirenas de los barcos. Sobre el embaldosado reluciente y pringoso, surgían bultos oscuros que se allegaban tomando forma de seres humanos para luego desaparecer.

Caminaba feliz de que nadie me indicara la ruta con el pedido de los ojos o con gesto amical. Con la constancia del Riachuelo y de los arroyos que, libres o entubados, pergeñaban la ciudad, mis vagabundeos terminaban en el Puerto o en la Avenida Costanera. Rondaba fascinado por el olor del río y la vista de los barcos iluminados, que permanecían en el rimero de diques o se perdían a lo lejos en el estuario.

De nuevo, me encontré en la recova de la Avenida Alem, bajo cuyas arcadas el aire parecía más diáfano.

—¡Crítica 6.^a! ¡Razón! ¡Noticias! —chilló una voz de mujer.

¡Era posible que ya hubieran salido las ediciones de la noche! Mi reloj señalaba las 9 y 5. Instantáneamente sentí hambre y palpé los bolsillos del pantalón; me alegró el sucio contacto de los billetes. No quería regresar al Hotel; *Madame Listenois* ya estaría comiendo su manzana asada, mientras cavilaba en qué «lugares de perdición» andaría yo.

¿Habría vuelto la mujer rubia? ¡Qué más daba! Era una mujer de las que suben fácilmente a un automóvil. Su mirada desde la ventanilla del coche me había mortificado. En uno de mis viajes, arrojé desde la ventanilla del coche comedor, una moneda a un chico que pedía. Tuve vergüenza por él y medí el movimiento, a fin de que la moneda cayera en sus manos cascarrientas y no tuviere que inclinarse para recogerla del suelo; ella, en cambio, sin cuidarse de nada, había mirado a lo mujer satisfecha.

—¿Me compra el diario?, joven...

Con brusquedad retiré el brazo en el cual una mujer, cuyas greñas caían sobre las cejas pintadas, había colocado su mano. Como si adivinara mis pensamientos, agregó para confirmarlos:

—Si anda buscando compañía, yo tengo una sobrina...

El aliento pestilente me golpeó la cara. Esquivándola, apretó el paso. De nuevo escuché, ya más lejano y perdido en la niebla, su pregón. Me pareció que Georgette podía salirme al paso en cualquier esquina y que, irremediablemente, habría de seguirla hasta su casa. Seguiría cualquier cuerpo capaz de incitar al mío.

Tomando brusca decisión, avancé con prisa para llegar cuanto antes al restaurante, en donde solía comer Bernardo cuando se le hacía tarde para estar en su casa a las 8 en punto, hora en que su padre hacía servir la comida. Vi a Bernardo sentado en «su» taburete, a la segunda de las mesas, cuyas largas y angostas tapas de marmolina afectaban la forma de una U. Sentí ganas de gritarle, mientras el botones me entregaba la tarjeta para la consumición.

—Veo que al menos hoy te avisaron... —fueron sus primeras palabras, al indicarme el asiento vecino. Ante mi reacción, agregó—: ¿No te dijeron que había llamado dos veces? Me extrañó no encontrarte en el club...

—No, no pude ir a la clase de gimnasia...

Nunca había visto sus pardos ojos tan cansados como esa noche.

—Es una mala noticia, Alberto... Mala al menos para mí... —continuó en voz baja, mientras, apoyando los codos en la mesa, cruzaba esas manos largas y sensibles que las mujeres no se cansaban de alabarle—. No, aquí no quiero hablarte de eso.

—Ya sé, «aquí venimos a engullir, nada más» —repetí parodiando nuestra excusa favorita; pero Bernardo no sonrió. Quedamos en silencio. Señalé un plato del menú, y el mozo perforó la tarjeta en la cifra correspondiente al gasto. ¿Cuándo tendría dinero suficiente para comer una langosta a la americana, cada vez que se me antojara?

—Bernardo, ¿no es nada grave, verdad?

—No hablemos de eso todavía... Ya tendremos tiempo. ¿Puedes quedarte conmigo esta noche?

—Por supuesto —contesté más intrigado.

¿Por qué diablos había pedido ese *bife a la hamburguesa*? En cuanto me traían un plato ya estaba arrepentido de la elección.

—Ayer —comenzó de pronto— fue una tarde casi perfecta. Estuve viendo cuadros de gente joven; luego a la disparada, corrí a un concierto... —cortó su entusiasmo, como si imaginase que «me arruinaba la noche».

—¿No trabajaste, entonces? —fue mi espontáneo comentario.

Sonriendo, me miró como si fuera un desconocido.

—No. No fui a vender mis salames... ¡no hice de corredor! —recalcó las palabras.

—Perdóname, Bernardo. Estoy hecho un imbécil... —traté de excusarme.

—¡No seas chico! —exclamó, mientras me palmeaba con profundo afecto. Me

causaba gracia y fastidio, ese tono protector que empleaba para conmigo, a pesar de que solo me llevaba dos años de edad. Volvió a su tono para agregar, como si hablara consigo mismo:

—Todo el concierto estaba dedicado a Chopin; fue una lástima porque ayer no podía escuchar a Chopin, tenía necesidad de algo más fuerte... como debe ser y no como lo tocan los *concertistas brillantes*... —poco a poco, como si saboreara el placer de escucharse, se fue animando—. ¿Te conté de esa audición en «Amigos del Arte»? Me gustó el quinteto para instrumentos de viento de una compositora muy joven...

Fue en vano. Ya no podía hablar más. Comimos en silencio. No sabía lo suficiente de música seria y, a duras penas, me había contenido de preguntar: «¿Cuántos años tiene la compositora?», lo habría hecho aparentando el mayor desinterés, a pesar de lo cual él, dándose cuenta de mis intenciones, sonreiría irónico. Nuestra amistad estaba afirmada en esas aristas que hacían de dientes en las ruedas de un engranaje. Terminamos de prisa la comida. Ya en la calle, la niebla nos envolvió. Me tomó del brazo con efusividad poco usual en él, y echamos a caminar pausadamente en dirección del barrio de los cines.

Autos largos y lustrosos se detenían frente al *Ambassador*, y el portero de librea corría de uno a otro. Dimos paso a una hermosa mujer. Bernardo la miró con atención y, con voluntario tono entre afectado y admirativo, regodeó:

—*Parfum de Lanvin*... «*Rumeur*»... ¡Tengo que mirar y oler bien estas cosas!

La profusa iluminación de los cines, uno casi al lado del otro y en ambas aceras, diluía la niebla, menos densa a medida que nos alejábamos del río. Al llegar a la Avenida 9 de Julio, con su amplitud de plaza, se detuvo. Comprendí que deseaba comenzar de alguna manera imprevista lo por decir.

—Desde ayer no vendo más salames, ni más chorizos, ni tendré necesidad de decir a un bruto almacenero: «¡Pero, mi querido señor, usted no puede imaginar la deliciosa frescura de estos embutidos: carne de primera, respaldada por una marca que es sello de garantía desde hace 50 años!»... ¡Se acabó para siempre!

—¡Hombre! ¿Y esta era la mala noticia?... Esto hay que festejarlo, es algo así como el funeral cívico de los chorizos...

—¡Esto, Alberto, significa que me voy, que tengo que irme y mañana mismo!

—¡Te vas, mañana!... Pero no es posible, Bernardo. No es posible, así tan de golpe... Y yo ¿qué hago? —exclamé, sin poderme contener.

—Esta era la razón por la cual te llamé... Si no venías te hubiera ido a buscar al Hotel. Tengo muy poca gente de quien despedirme...

—Pero ¿no puedes conseguir algún puesto del gobierno?

Tu padre debe tener amigos influyentes...

—¿Mi padre? —cortó secamente—. El piensa «que los hombres deben hacerse solos»; quizás tenga razón, y le voy a probar que sirvo.

Nos sentamos en un café, desde cuya vidriera divisábamos borrosamente el

obelisco de la Plaza de la República, y prosiguió. Por un aviso había obtenido un puesto de sobre cargo, o cosa parecida, en los elevadores de granos de la firma Bence y Lorn, en Villa María, provincia de Córdoba, pero con la condición de hacerse cargo de inmediato.

—Bernardo, ¿no tienes que despedirte de alguien... de alguien en particular? No quiero que estés haciendo cumplidos... —interrumpí.

Dudó un instante, miró con ansiedad, le chispearon los ojos pequeños como si interrogara hasta qué punto podía franquearse. Me dolió verle inclinar la cabeza y sacudir repetida e inútilmente el cigarrillo en el cenicero.

—Ya lo hice... —dijo, sin levantar la vista—. Además, no creo tener nada en particular... —la voz se le estranguló y, reaccionando, tomó con fuerza el vaso y bebió el contenido de un trago; pestañeó con rapidez, a fin de que no pudiera advertir sus ojos húmedos, y prosiguió con voz más firme—. ¡Ya sabes que no tengo suerte con las mujeres!

—¡M'hijito, si vos no tenes suerte! ¡Si no te dejan respirar!... —Sonreí, tratando de animarlo.

—Precisamente a eso le llamo no tener suerte. No me dan tiempo para conquistarlas... —sonrió—. No es jactancia. Es terrible, para un hombre, verse perseguido por las mujeres... —rio excusándose—. Esto es peor que padecer falta de mujeres... ¡Hablemos de otra cosa!

De no ser Bernardo, me hubiera reído de la bravata; pero lo conocía, era de mis pocos amigos capaces de hablar veinte minutos sin mencionar a una mujer; sin embargo, me pareció que para disimular había exagerado la nota. Debía estar enamorado, quizá sin éxito, y esto le producía mezcla de asombro y rencor que se resolvía en orgullosa jactancia.

Quedamos fumando en silencio.

A través de la vidriera empañada, la niebla nos acolchaba. En una mesa cercana tres hombres, ya maduros, discutían de política y sólo se ponían de acuerdo para criticar al gobierno.

Comprendí perfectamente que era nuestra última charla ¡quién sabe por cuánto tiempo! Bernardo debía pensar en lo mismo. Habíamos hablado, muchas veces, de irnos a rodar tierra. Juntos, nos veíamos cantando en remotos puertos; porque toda la gente del mar se nos ocurría que debía vivir cantando esas canciones de marineros que nosotros ignorábamos. Viajábamos mucho, los ojos iluminados, y nos quedábamos sentados junto a la vidriera de la cervecería cuyas puertas de vitrales se abrían en la barranca de la calle Maipú y sobre el Parque del Retiro.

—¿Quieres ayudarme a hacer la valija? —preguntó, de improviso.

—Vamos...

Bernardo pagó al mozo, que comenzaba a colocar las sillas sobre las mesas, y salimos.

Anduvimos callados hasta el estrecho departamento que ocupaba la familia de

Bernardo en la calle Ayacucho.

Me avergoncé al darme cuenta de que sólo pensaba en qué haría sin su acostumbrada compañía. Subimos los dos pisos. Harto conocía la casa; tenía la sensación de que nunca podrían decirme: «Esta casa no es la suya». En la pequeña habitación que servía de dormitorio a mi amigo, abierta sobre dos sillas y lista para echar la ropa, estaba la valija. Sobre la cama aparecían, pulcramente dobladas, las mudas de ropa interior.

En silencio comenzamos la tarea. De un ropero, cuya puerta se había desnivelado al combarse por la humedad, Bernardo sacó dos ternos y el sobretodo de mangas abolsadas en los codos.

Sin mayor cuidado, y hasta llenar la maleta, fue colocando la ropa que yo le alcanzaba; luego, en otra más pequeña, que le servía para llevar la ropa de gimnasia al Club, sus papeles; esos misteriosos papeles que contenían sus versos, y que él se resistía a mostrarme con desconfianza que me mortificaba. Con presteza, y poniendo esa cara adusta que señalaba claramente que no aceptaría ninguna pregunta, colocó un retrato entre las páginas de un libro; sólo alcancé a ver un retrato de mujer; en la tapa verde del libro, escrito en caprichosa tipografía, leí: «Pablo Neruda. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*». Agregó otros pocos libros, sus predilectos, que siempre tenía apilados en la mesa de luz. Los otros, quitados de la estantería que recorría el largo de su cama, ya estaban guardados en un cajón liado con alambres.

—Muchos no comprenden lo que significan para mí estos libros... Hay estúpidos cuya sola presencia corta esa sensación de continuidad que experimento junto a mis libros; estúpidos que los miran como las mujeres contemplan un cuadro, cuando en él hay pintado un sombrero... —hizo una de sus características pausas de duda, que siempre señalaban la presencia de algo más íntimo que aún no se decidía a decir—. Creo que sólo odio a un largo, escamoso y colorado imbécil, que vino a pedirme prestados tres libros; lo recuerdo perfectamente, eran tres libros de Verlaine, y luego supe que, al salir de mi pieza, ¡los había vendido en un cambalache!

Hablaba desahogándose. Los sábados, al mediodía, había visto arrancar con semejante ímpetu a las caravanas de automovilistas que salen al campo, y esperan una señal del *barita* en las esquinas de mucho tránsito de la Avenida Alvear.

—Uno de los motivos por los cuales te quiero tanto es que nunca, aunque no tuviéramos un centavo, se te ocurrió que vendiéramos alguno de mis libros.

Me miró tal si arrojara por la borda una sonda e hiciera lo imposible por llegar al fondo. Sentí penetrar su mirada, atravesar las cámaras interiores de mis ojos, como si al pasar de una habitación en otra levantara pesados cortinados de terciopelo, o, de pronto, livianos y gráciles de encaje negro. No dije palabra y él prosiguió:

—Ahora podría entrar cualquiera en mi pieza, ¡ya están guardados mis libros!... Ellos sólo entienden que no pueden entrar en la habitación de un conocido cuando la mujer está desnuda... Y en el fondo tienen razón: ellos tienen un cuarto para dormir y

para... ¡tú sabes! ¡Piojosos inmundos!

Terminada la tarea nos recostamos. Su cuerpo echado a mi lado me daba sensación de descanso, de apoyo absoluto, esa sensación con que deben ajustarse los bloques de piedra para sostener el camino que bordea la ladera de una montaña. Un calofrío recorrió mi cuerpo, no sé por qué hube de pensar en la cama revuelta de Georgette, hasta donde llegaban las campanadas de la Iglesia del Santísimo Sacramento. Cerré los ojos y tuve necesidad de pronunciar alguna palabra, de decir algo.

—¿Me escribirás? —pregunté estrangulando la última sílaba.

—¡Desde luego!... ¿Cómo se te ocurre preguntar esas tonterías?

—No sé... —contesté apocado.

De nuevo quedamos en silencio. Repasaba los motivos de nuestra amistad, desde la época que en el Club me enseñaba pacientemente las pruebas difíciles en las paralelas y la barra. Comprendí que siempre había sentido que podía confiar en él, que su palabra era una sola. No había en nuestra amistad la menor posibilidad de interés: yo sólo contaba con la modesta mesada que me enviaba mi madre; y Bernardo y los suyos tenían esa vergonzante situación económica de los «nuevos pobres». En la crisis de 1930, habían perdido todo, hasta la estanzuela heredada por su madre.

La madre de Bernardo aparentaba ser tan joven que en todas partes los tomaban por hermanos. Completaba la familia, Rita, ocho años menor que Bernardo, la cual estaba pupila en el *Sacre Coeur*. Madre y hermano aceptaban cualquier apretura con tal de que ella recibiera la «educación que correspondía a una mujer de su clase».

—¡Porquería de plata!... No me importa irme de Buenos Aires, a pesar de que quiero a esta fea ciudad, porque le voy a demostrar a mi padre que soy capaz de romperme las manos trabajando... pero me duele dejar a... —de nuevo se contuvo y agregó— a mi madre, a Rita, y a vos...

Casi contuve la respiración. Tenía miedo de interrumpirlo.

—También hay... algo...

—¡Sí, una mujer! —afirmé, como para obligarlo a continuar.

—Sí... Pueda que luego te dé la dirección para que la veas y... le hables un poco de mí... Aunque no sé... —su voz se volvía densa y pastosa—. A veces creo que la amo. A veces la detesto y, de golpe, me lleno de ternura... Nunca te hablé de ella, porque no sé exactamente lo qué me pasa...

—¿La conozco yo?

Bernardo contestó con rapidez que me hizo sonreír.

—¡No, no creo que la conozcas!, es difícil... a lo mejor... —y cambió de conversación.

No sé como dimos fin a nuestra charla. La voz de Bernardo ronroneó en mis oídos; luego, nada, hasta que su madre vino a despertarnos:

—¡Chicos, son las seis! Vas a perder el tren... —Mientras colocaba en la mesa,

que hacía las veces de escritorio de Bernardo, una bandeja con dos tazas y un plato con tostadas.

—¡Vamos, que se les enfría el chocolate!... Está espeso como les gusta... —el tono de su voz era igual al de mi madre, o al de *Madame* Listenois, quienes se complacían en recordar estas pequeñas preferencias—. Tomen, ya saben que yo no puedo. El chocolate es veneno para el hígado —terminó sonriente.

—¡Despacio... que te vas a quemar! —me reprendió Bernardo.

Sorbimos a traguitos. Bernardo nos miraba de hito en hito; se me apretó la garganta al comprobar que no necesitaba cambiar la expresión.

—No te vayas a olvidar de despedirte de tu padre —apuntó ella, casi con temor.

Imaginé al padre de Bernardo durmiendo recién el primer sueño. Pasaba las noches en vela estudiando. Su afán le había ganado representar al país en varios congresos internacionales de medicina, a cambio de perder la casi totalidad de su clientela, por Ja que no sentía el menor interés.

Bernardo entró un momento para salir con el ceño fruncido, como si hubiera soportado una larga «consulta» de su padre.

En el descanso de la escalera, mientras Bernardo abrazaba y besaba a su madre, acaso por un resto de extraño pudor, di vuelta la cabeza hacia el hueco del ascensor. El cable de acero parecía ludido —siempre se me antojaba que los ascensores podían desplomarse— y los mecánicos habían dejado las manos marcadas con grasa en el repecho de mármol donde se afirmaba la gradería de la escalera. Subimos el cajón y las maletas en el ascensor. La madre me miró con dulzura.

—Vendré a verla, muy seguido... —farfullé nervioso.

La cabina se balanceó apenas y comenzó el descenso. Bernardo se agarró con ambas manos a la puerta del ascensor.

—¡No te olvides de escribir, Bernardo!... ¡Adiós, m'hijito!...

Luego ya no alcancé a entender el sartal de palabras, que llegaba desde arriba como *las* perlas de un collar que se desenhebra.

De nuevo, la neblina, que comenzaba a levantarse corrida por el pampero, volvía a aislarnos. El chofer del taxi sorteaba los vehículos con maestría, Bernardo, prietos los carrillos, miraba hacia fuera para ocultarme sus ojos llorosos.

Llegamos con poco tiempo, con esa urgencia que evitaba cuidadosamente en mis viajes, pues que ella malograba las sensaciones de la partida.

Luego de ubicar el equipaje, casi a empujones con los pasajeros que ocupaban la totalidad de los asientos numerados, Bernardo bajó.

La locomotora lanzó una estridente pitada que resonó en las gigantescas arcadas de vidrio y acero ennegrecidos por el humo. Ya en el balcón del coche, Bernardo echó mano con desesperación, al bolsillo y me entregó un papel doblado en cuatro.

—¡El número de teléfono de ella!

—¡Ah, sí! —grité, sin recordar de que se trataba. El tren se puso en marcha, crujían los hierros, entrechocaban los paragolpes. Bernardo se iba. Con la angustia de

tomar su mano entre las mías metí el papel en un bolsillo.

El tren se perdió más allá de la cabina de señales que levantaba su muralla de ladrillos rojos teñidos de hollín. Bernardo, con el busto fuera de la ventanilla, agitaba su sombrero entre los brazos de los demás viajeros.

Las señales rojas y blancas volvieron a quedar horizontales.

Desde el comedor llegaba una cueca tocada por Héctor Rosas en ese viejo piano vertical, del cual, cuando sonaba peor que de ordinario, era posible sacar de su caja un aro con su servilleta, una panera, o ver escapar una rata gorda y lustrosa.

Subí despaciosamente hasta el tercer piso, en la esperanza de que ya se hubieran retirado los parientes que habían ido al puerto para recibir a Delia Seguro, cuyo barco había llegado con dos días de atraso.

Acompañada por corteses exclamaciones de asombro de *Madame* Listenois, ella deshacía baúles, maletas y paquetes. De pronto, sacó un quimono de seda.

—*Madame*, esto es para usted, así podrá hacer de *musmé* con mayor propiedad... Le va a quedar bien con su andar a saltitos... —terminó, tendiéndole la prenda.

Manuela, la mucama del piso, ceremoniosa y luciendo un chal multicolor, anunció a Delia que la llamaban por teléfono. *Madame*, aprovechando la coyuntura, fue a su pieza para probarse el quimono.

Acodado en el balcón de hierro de la pieza de Delia, quedé en su espera; abajo, en la calzada de la Avenida de Mayo, los vehículos se deslizaban con suavidad aceitosa. Sacando el busto, alcanzaba a distinguir la marquesina que coronaba la puerta de la casa vecina. Recordé la cara sonriente de la mujer rubia en la ventanilla del automóvil y, casi en desquite, saqué otra carta de Sofía, que había recibido esa misma mañana. Releí sonriendo al pensar que pocos días antes me había bañado para tocar una carta semejante.

La arrugué con gesto de fastidio y arrojé a la calle.

Entre el gentío del mediodía me pareció distinguir a la mujer rubia; aunque resultaba difícil desde esa altura. Además, no la recordaba perfectamente, guardaba de ella, antes que su imagen física, rara sensación de gozosa asfixia; ni siquiera había pensado continuamente, antes bien, su recuerdo era como esas acompasadas ráfagas que arrojan los ventiladores giratorios.

No supe contenerme y bajé. Tenía necesidad de saber si de nuevo tomaría el auto.

Sí, era ella. Estaba ahí, segura de sí, mirando a las personas con aire superior y displicente. ¿Era así o yo imaginaba?

Un fornido canillita, que a la carrera gritaba como un desaforado; «¡Extra! ¡Crítica Extra! ¡Bronca en Europa!», le dio un empellón que la hizo trastabillar. Tuve tentación de sujetarlo, pero, con bufidos de buey, pasó veloz. Sonreí al ver la cómica cara de asombro con que ella quebraba la aureola de hermosura que le había fabricado. Un tufillo chocante de pastelillos fritos en grasa, que llegaba desde el

almacén vecino, se interpuso entre nosotros cuando intenté acercarme para ofrecerle ayuda; cualquier comedimiento tendría que resultar grotesco con semejante olor. Luego de arreglar los efectos del encontronazo, sonrió allanando las arrugas que se le habían montado en el entrecejo. Poco duró su sonrisa; chirriaron los frenos del auto azul y ella se volvió con prisa.

Había visto al hombre del auto: era casi calvo y perfectamente afeitado. Se me antojó que la suavidad y morbidez de sus mejillas debía ser fruto del contacto continuado con las pieles femeninas. Me complacía en creer que las mujeres se quedaban pegadas a nuestro cuerpo, no sólo en el perfume que dejan en las manos, sino en la sensación de suavidad que solía guardar, por algún tiempo, después de haber estado con ellas. Volví hasta la puerta del Hotel. Esta vez, la mujer rubia no se había reído de mi actitud.

En la estantería de latón y en las canastas de mimbre, el florista de la esquina ofrecía ramos de rosas y claveles. Entre las rosas rojas ubicadas en el florero que coronaba el artefacto, —semejante al perchero de pie que campeaba en el centro de la sala de recibo del Hotel— vi desaparecer, en perspectiva, el auto azul oscuro. Sin saber la causa, avancé hasta el florista.

—¿A cuánto las rosas, esas de arriba?

—Un peso la docena... son dos docenas.

—¡Mucha plata!... —exclamé, aunque en verdad no pensaba si era mucha o poca. Sólo recordaba que entre esas rosas se había ido el auto con ella.

Tomé el ramo, molesto de que me vieran con las flores en la mano. Hubiera querido treparme en el ascensor y escapar hacia arriba; pero Batista me atajó en la puerta.

—Lindas flores... Lástima que no se las pudo dar a la *María'lisa*... —rio ladino.

—¿A qué María Lisa?

—¡*Ma però!*, esa que sale a ver... ¡*Ma sí!*, la de la pensión del lado...

—¿Está seguro de que se llama María Elisa?

—*Sicurísimo*... Me lo ha dicho el Manolo... el portero del lado. *E un bocato di cardinali, ma però*, según dice el Manolo, ya encontró su *cardenale*...

La entrada de Isabel Mexía cortó su charla; con presteza nada común en él lo vi ubicarse frente al ascensor, luego de oprimir el botón de llamada. Esperé impaciente la llegada de la temblequeante cabina, que, a veces, bajaba entre nubes de polvo; como aquellas nubes grises que servían para la Ascensión en las cintas de la *Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, que los cines de barrio exhumaban para Semana Santa. A Isabel Mexía no le hubiera causado ninguna sorpresa trepar en la nube y menos aún codearse con el Señor y, sí venía el caso, ofrecerle una pastilla de menta.

—¿A su cuarto?, señorita... —preguntó Batista, con ese tono obsequioso que señalaba el nivel más alto en la propina.

Isabel, frunciendo aún más la frente arrugada, dudó un largo momento, luego, como decidiéndose entre dos condescendencias, respondió:

—Lléveme a Avenida de Mayo 1297, cochero.

—¿Cómo dijo, señorita *Mechía*?

—¡Al tercero, Batista!... Como dijo la señorita, —intervine, recalcando las palabras, que ella agradeció con nueva inclinación de cabeza.

—¿Flores? ¿Para la novia? —Su cara expresaba toda la picardía galante que le era permitido a unos labios y mejillas apergaminados.

—No... no... Son para... la señora de Seguro, —contesté cortado y por salir del paso.

La radio de la señora de Gatti, que ella escuchaba al mayor volumen para molestar a sus vecinas, no me dejó oír la nueva pregunta que supuse se referiría a la llegada de Delia.

—Sí, por fin... Se hizo esperar pero llegó.

Me miró como si hubiera dicho una inconveniencia y, al detenerse el ascensor en nuestro piso, desapareció, luego de un saludo glacial.

—¡Alberto! ¿Qué hace en el pasillo? —preguntó Delia.

—Nada, nada... —contesté, saliendo de mi asombro—. Verá, estaba en la duda de regalarle estas rosas a usted o a Isabel Mexía...

—Ponga esas rosas por ahí... No quiero regalos que después le van a hacer echar pestes cuando tenga que venirse a pie desde la Facultad.

Recostada en la reposera, y con un paño blanco cubriéndole la cabeza, continuó:

—¡Cómo para recibir flores, con mi fomento en la nariz! Yo no sé qué tengo en esta papirota pelada...

—Yo creo que... la alegría de todos los médicos para turistas que en el mundo han sido... —seguí, en el mismo tono de burla. De nuevo, echó a reír, estremeciendo todo su cuerpo. Daba la impresión de que recorría los huecos de su laringe y echaba a los duendecillos de la risa con palmadas cariñosas.

Acerqué el florero a su reposera.

—¿Era muy linda la vendedora? —preguntó *Madame* Listenois, que en ese momento entraba a saltitos luciendo su llamante quimono.

—¡Hum!... Quizás para usted; son del florista de la esquina... ¡Ese a quien le hace ojitos, según comenta todo el Hotel! ¡Si él la viera así, de *Madame* Butterfly!

—¡Muchachón desfachatado! Ya quisiera encontrarse una muchacha como era yo de joven... —cortó *Madame*; mientras Delia continuaba con su risa, hasta que logró articular:

—¡Por favor!... Basta de payasadas que no puedo hacerme los fomentos... ¡Ya está! ¡Se quedan callados en penitencia!

Por seguir la chacota, simulé sollozar, mientras *Madame*, de rodillas sobre una alfombrita y aparentando desolación, metía su cabeza grande, de cabellos escuálidos y blancos, entre las manos. En ese instante apareció en la puerta Isabel Mexía, con un gran ramo de lirios morados. Avanzó unos pasos y, con suma compostura, colocó las flores junto a los pies de Delia; luego de hacernos uno de sus medidos saludos,

susurró ante nuestro asombro:

—Hay que conformarse con la voluntad del Señor. En cuanto a usted, señor de Aldecua, veo con hondo contentamiento espiritual que ha mudado su actitud tan frívola del ascensor...

Antes que pudiéramos reaccionar, se persignó devotamente, y salió.

3

Acurrucado a los pies de la cama, repasaba lentamente el empapelado que, sobre un celeste desvanecido, ostentaba flores anaranjadas que se repetían hasta el infinito. Hasta mi infinito. Era posible contarlas pero hubiera sido como encerrarse en una celda de barrotes numerados. Tenía la esperanza de que nunca sucumbiría a la curiosidad de contar esas florecillas anaranjadas que llamaba caléndulas, porque me gustaba el nombre y sin saber si era el que les correspondía.

Mi cama ocupaba el ancho de la pieza, encajada en tres de las paredes; una sostenía las almohadas en la cabecera, la del frente apretaba las frazadas y colchas, para que los pies no quedaran al aire durante el sueño; a la tercera, que hacía de pared divisoria de la casa, estaba adosada la cama. De pie y levantando una mano tocaba con la punta de los dedos el cielo raso de cemento encalado, dentro del cual el varillaje de acero separaba acanaladas bovedillas. Cuando menos se lo esperaba, caía una lluvia de partículas de cal, como si el techo tuviera caspa.

Sobre la mesa escritorio estaban apilados mis libros de estudio. Allí habían quedado desde el examen de Finanzas rendido en el turno del mes de marzo. ¡Qué importaban esos libros; qué me podía importar el *contralor legislativo de los gastos públicos* si no podía controlar los míos! No eran como los libros de Bernardo, ni me interesaban como a él los suyos. Sus libros tenían algo de lo que carecían los míos. Sólo había leído de prisa algunas novelas, acicateado por la esperanza de encontrar un pasaje audaz o pornográfico. Era en vano: prefería vivir, antes que leer vidas ajenas; pero, a menudo, experimentaba deseos de escribir largas cartas dirigidas a mí mismo.

Sin darme cuenta por qué, temeroso, quizás, de que alguien interrumpiera mis pensamientos, di un brinco y fui a cerrar la puerta. Giró la llave en el mecanismo herrumbrado de la cerradura; era necesario hacer un pequeño esfuerzo y entonces escuchaba correr el pestillo y penetrar en la ranura demasiado amplia, que se llenaba de pelusa en el marco de roble barnizado. La operación de manipular esta llave me producía raro y minúsculo placer.

Al cerrar esta puerta que me comunicaba con el pequeño mundo del Hotel, sentía alivio, hasta alegría. Cuando chico, me encerraba para revisar los pueriles tesoros que reunía en mis bolsillos: tapas de botellas, cajitas, cabos de lápices, ruedas del trencito a vapor, piedras de brillantes colores, en fin, todas las chucherías que atraían mi curiosidad infatigable. Una a una, las observaba atentamente; mientras las tenía en las manos, renovaba las sensaciones que me habían producido su hallazgo, así como las circunstancias de tiempo y lugar en que este se había producido. Guardaba, después, *mis cosas* hasta que las iba perdiendo desaprensivamente o cambiándolas por algún objeto nuevo.

Poco a poco este *vaciar bolsillos* se transformó en la costumbre de *rumiar los objetos de mi memoria*. Así, de vez en cuando, sentía necesidad de esconderme.

No era que me desentendiere del mundo, pues que adoraba la vida y a ella iba a elegir mis tesoros, sino que una vez encontrados el resto perdía interés.

De este modo no me quedaba espacio para meditar en el futuro, no me interesaba ni lo temía. Tenía la certeza de que algo más grande y verdadero que esta carrera universitaria, que seguía con desgano, había de llegarme y que a esa vocación entregaría todas las fuerzas, todas las esperanzas; que cuando embocara ese camino estaría dispuesto a todos los sacrificios, a todas las renunciaciones. Dentro de mí mismo una fuerza se iba acumulando, a manera de rugiente caldera, hasta el día en que encontrara su válvula de escape, su expresión. Tenía veinte años y quería llenar esta caldera sorbiendo la vida por todos los poros.

Al encerrarme en mi pieza era también, como si controlara mis manómetros. Hasta los muebles y objetos compartían la misteriosa tarea; poco a poco, se iban impregnando de mi vida. En cada habitación nueva a la que me trasladaba, los objetos extraños interrumpían mi intimidad y no me encontraba cómodo hasta que lograba absorberlos, neutralizarlos. Esto era lo que llamaba *digerir mi cuarto*. La digestión de mi cuarto del *Hotel Lutecia*, a pesar de su pequeñez, había sido lenta y difícil.

Volví a arrinconarme en la cama. Bajo su pantalla, la lamparilla eléctrica desparramaba un círculo de luz sobre la mesa de noche y las tablas gastadas del piso, donde, de vez en cuando, aparecía el cuerpo negro y lustroso —como los caramelos de café que mordisqueaba Isabel Mexía— de una cucaracha; luego de balancear sus antenas, escapaba en dirección del zócalo. En vano Manuela, bajo la vigilancia de *Madame* Listenois, vaciaba pavas de agua hirviente; algún día sería necesario quitar la madera y acabar con ese mundo de sorpresas nocturnas.

Comenzaba un invierno de lluvias y garúas. Nada importante había sucedido en el Hotel, salvo un *pic-nic* que para el cumpleaños de Anselmo Landajo ofreció Héctor Rosas en la «Estancia El Sexto», como llamaba a su pieza ubicada en un altillo del quinto y último piso del edificio. En ese *pic-nic* nos habíamos comido el reloj de pulsera del anfitrión, pues tuvo que venderlo para pagar los gastos.

Fuera del Hotel, mi vida se había trastocado por culpa de una nueva mujer.

De improviso y como sucedía a menudo debido a la humedad y de que estaba mal nivelado, la puerta del ropero se abrió a medias y me vi reflejado en la luna del espejo. Mi postura me recordó la de una semana atrás, cuando Margarita Osorio se había echado a llorar desconsoladamente. Me estremecí, y de un salto ajusté la puerta.

Nuestro segundo encuentro había sido tan casual como el primero y en ese mismo tren suburbano en el cual me la había presentado un compañero; tren que la llevaba hasta la estación Victoria, a seis cuadras de su casa; esa casita cuyo cerco de alambre tejido daba a una calle sin pavimentar que se llenaba de vecinas arremangadas y de chiquilines desarrapados cuando pasaban las gitanas diciendo la buenaventura o el organillero, uno de los contados que iba quedando, alborotaba el barrio con su mono

de traste pelado.

En uno de esos trenes, que corren al anochecer apiñados de oficinistas y trabajadores que vuelven a sus casas, había divisado a Margarita, en pie y en la plataforma central del vagón. Separados por las personas que ocupaban el centro, mi primer intento fue rehuirla, luego me entretuve en observar cómo aparecía y desaparecía su cara en el reflejo de uno de los cristales de la portezuela, hasta que, de pronto, la encontré mirando hacia mi rincón. Fruncía el ceño como si intentara ocultar los ojos en la sombra producida por el foco de luz ubicado casi en línea vertical a su cabeza. De vez en cuando, una oleada de viento despeinaba sus cabellos castaños claros, casi rubios, y una hebra le quedaba entre los labios. Soplaba con aire de niña voluntariosa, e instantáneamente miraba hacia mi rincón, temerosa de que hubiere pescado su gesto.

Me llamó la atención la pureza de sus facciones, firmes y mansas, al igual que la gracia con que, a porfía, alejaba los mechones de pelo.

Nuevamente frunció el entrecejo y no pude contener el deseo de sorprenderla. Ante su desconcierto, sonreí y, abriéndome paso, llegué a su lado.

—Lo estaba mirando, perdone ¿sabe? ¡No estaba segura si era usted!... —dijo en voz alta y tono agudo y nasal, mientras me ofrecía la mano como si sacudiese un pañuelo mojado—. Seguro que paseando, no me lo niegue... ¡son *buenos* ustedes los estudiantes! —agregó, nerviosa por mi silencio.

Tuve ganas de tomarla por los hombros y decirle: «Calma, no te preocupes por aparentar. Vengo a conversar contigo a pesar de que sé quien eres»; en cambio, sólo dije en tono convencional:

—Voy a casa de unos amigos, en Olivos.

—Linda estación... —comentó feliz de poder agregar algo, quizás de mostrar que la conocía o que ya teníamos tema de conversación. Para completar preguntó volviendo al tono indiferente—: ¿Va a una *soiré*?

—No, a comer —contesté rápidamente, como para cubrir su voz con la mía.

Me extrañó no haber experimentado ganas de reír al escuchar la palabreja que habría aprendido en esos cartelones de los clubes de barrio, que pululaban en las paredes de los pueblos suburbanos anunciando en grandes letras rojas: «*Gran soiré danzante*». Sin embargo, ahora recordaba que me habían contenido sus pequeños ojos claros, llenos de vergonzosa timidez. Sentí pena por ser causa de esa preocupación. La vi frágil y pequeña. Desde ese momento, comprendí que ya no podría reírme nunca de ella y hasta me arrepentí de haberlo hecho.

—¿Y usted, de dónde viene, Margarita? —pregunté en el tono más amistoso.

Miró con asombro; quizás porque yo recordara su nombre o acaso por el tono. No lo supe precisar, pero noté que respiraba aliviada y que sus ojitos claros —aún no lograba distinguir si azules o verdes— brillaban de agradecimiento.

Cambió de posición descansando su cuerpo en la otra pierna y abandonó esa alerta rigidez, que había adoptado ante la estrecha proximidad a que nos obligaba el

exceso de pasajeros.

—Voy a un curso de dactilografía y taquigrafía... después del trabajo... Si, así me pasarán a la oficina...

El tren se había detenido en Vicente López y el tropel de pasajeros, que pujaban por bajar o subir, me arrojó contra ella; la sentí estremecerse.

Ruborizada me contemplaba con tímida imploración.

—Perdone, pero ¡yo no sé por qué no ponen más coches! ¡Es una vergüenza que nos hagan viajar como ganado!

—¡Son... unos aprovechadores estos ingleses!

Para tratar de conservar la mínima distancia, pasé el brazo sobre su hombro y apoyé la mano en el tabique. Mi boca quedó a la altura de su frente. Me hubiera bastado avanzar pocos centímetros para besarla. El calor de su piel llegaba hasta la mía. Para conversar tenía necesidad de inclinar la cabeza a un costado mientras con el mismo movimiento, elevaba la cara. Comprobé, cosa extraordinaria, que no usaba afeites. Su cutis era suave y fresco. La boca de labios carnosos trazados con firmeza, tenía el color y la tersura de un casquito de frambuesa capaz de reventar a la menor presión.

Experimenté irracionales deseos de besarla y, como si ella lo hubiera adivinado, levantó la vista. Sostuvo mi mirada un momento, luego inclinó la cabeza y alcancé a ver que nuevamente se ruborizaba.

—Yo... yo vengo a menudo a Olivos, así que podremos viajar juntos.

Cuando volvió la cara para contestar, tuve la seguridad de que si la hubiera besado no se habría opuesto.

—Si usted gusta...

Luego, tal si todo estuviera dicho, habíamos permanecido en silencio hasta que el guarda gritó, casi a nuestro lado, el nombre de mi estación.

La miré codiciosamente, tuve deseos de continuar el viaje con ella, pero me contuvo el puntillo de honor que ponía en cumplir con mis citas; quizás el temor de lo que podría suceder.

En Olivos, el pasaje se raleaba, y el andén de la estación se colmaba de gente presurosa por abandonarlo.

Antes de ocupar uno de los asientos que habían dejado libres, me dijo nerviosa:

—Bájese, que se va el tren... ¡Un millón de gracias por las finezas!

—Hasta mañana, Margarita —contesté, descendiendo, mientras el tren se ponía en marcha.

Cuando se alejó, me di cuenta que ya no me chocaba tanto la manera torpe con que accionaba, antes bien, me había extrañado el olor de su cuerpo, el no haber percibido ninguno de esos perfumes penetrantes y ordinarios que me exasperaban.

En seguida, y como si la impresión de su persona no pudiera resistir más tiempo a la separación física, sentí vergüenza de que alguien pudiera haberme visto. Comencé a caminar con prisa mientras me repetía que había obrado como un chico; que me

pondría en ridículo. Por último, y a manera de excusa por preocuparme del *qué dirán*, pensé que era una chiquilina inocente que aún no tendría 17 años.

A pesar de que sus ojillos claros y el aniñado mohín volvían con insistencia a mi memoria, prometí no verla más.

Transcurrieron algunos días durante los cuales, y en los momentos más inesperados, surgía en mi memoria su gracioso mohín y comencé a preguntarme asombrado qué clase de sentimiento me lo recordaba. De su imagen borrosa sólo persistía ese gesto, la boca y el pelo arremolinado. Poco a poco y con na ciencia de jugador de ajedrez, fui reconstruyendo su cara. Caí en cuenta que su nariz era recta y respingada; que las narices respingadas me habían atraído siempre, como en cambio sentía peculiar repulsión por las aguileñas o muy pronunciadas. Luego, con esa manía de encontrar el parecido de las personas, que me asediaba hasta dar con él, comencé a pensar que había visto la cara de Margarita en alguna parte, que hasta me resultaba familiar.

Hurgué la memoria con mal humor que no cejó hasta dar con lo deseado, y, golpeando el puño en la palma de la otra mano, exclamé:

—¡Claro! ¡Es igual a Ingrid Bergman!

Satisfecho, me puse a compararla con la célebre actriz cinematográfica. Me fastidió pensar que obraba como cualquiera de mis compañeros, quienes creían el colmo de la perfección que la chica festejada por ellos se pareciera a una actriz de cine. Con todo, la excusa de confrontarla me resultó atendible.

Así había vuelto a verla una y otra vez, hasta llegar a hacerlo diariamente con olvido total de mis compromisos y relaciones anteriores.

Cuando le mencioné el parecido, sonrió halagada y fingiendo sorpresa, aunque terminó por confesar que no era la primera vez que se lo decían.

—¡Es gracioso!, porque a pesar de que yo soy bien argentina —recalcó la palabra — *mi'amá* es de Noruega y *mi'apá* mejicano... Es una novela de la radio... ¡algún día se la narraré!...

—Ah, sí... —contesté distraído y, temeroso de que se envaneciera, agregué—. Realmente es un clavo parecerse a alguien célebre, quita personalidad... y hasta resulta un poco vulgar, pues ahora todas las mujeres quieren parecerse a una artista de cine y las imitan ridículamente.

Margarita acusó el impacto, y ya no volvimos a mencionar su parecido, como no fuera en broma.

En verdad, la extraña mezcla de sangres explicaba sus límpidos ojos azules; como si en ellos le hubiera quedado esa cristalina transparencia que se me antojaba tendrían las escandinavas: albas, etéreas, casi inasibles.

En ese molde nórdico, la sangre mexicana de su padre había puesto el calor, la lozanía y la imaginación latinas. Irremediablemente, y aunque no se lo hubiese confesado nunca, el que su madre fuera nacida en un país tan remoto le agregaba un halo de misterio, de encanto desconocido. Simplemente: me resultaba romántico.

Quién sabe cuál sería la historia de los padres de Margarita, pero su asombrosa capacidad de adaptarse a un ambiente más elevado, me hacía compararla a uno de esos muebles finos en los que apenas se rasca la burda mano de pintura que le diera un poseedor vulgar, aparece el material noble con que está fabricado.

Cuando la llevaba a una confitería, me entretenía en observarla en su papel de abeja. Con discretas miradas, y sin por ello desatender la conversación, recorría las mesas vecinas hasta escoger una jovencita cuyos modales imitaba. Lo hacía con tal innata soltura y gracia que, a un espectador desprevenido, le hubiera sido difícil adivinarlo.

Aunque yo no lograba averiguar en qué reposaba, distinguía la elegancia femenina; Margarita vestía mal, algo desentonaba, pero la sencillez de su ropa la hacía pasar inadvertida. Jamás usaba joyas o baratijas, ni siquiera un anillo.

Con todo, la fuerza de la antigua costumbre, quizás el ambiente en que trabajaba y las burlas de que la harían objeto por su transformación, le hacían escapar alguna exclamación vulgar; entonces, quedaba quieta, mirándome con su mohín adolescente, los ojos brillantes de arrepentida picardía, hasta que sin poderlo evitar yo sonreía.

—¡Perdón, no lo diré más!

La imitaba riendo, y ella moneaba feliz. Una emoción inenarrable recorrió mi cuerpo, acurrucado y casi inmóvil, al recordar nuestro primer beso. Me había dicho que le gustaban «los versos de Amado Nervo», de los que abominaba Bernardo, entonces recordé el libro «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», de Neruda, que él tanto admiraba, y se lo regalé.

Al leer el título, los ojos se le humedecieron y dijo quedamente:

—Alberto, sos muy bueno conmigo.

Con asombro la tomé de la barbilla y, sin lograr palabra, quedé mirando sus ojos. Sentí moverse sus labios cerca de los dedos de mi mano.

—Nunca sabré pagarte todo lo que hacés por mí...

La luz del farol de la esquina anterior a la de su casa, hasta donde la acompañaba siempre, me pareció nublarse y los ojos me picaron. Nos miramos con hondura de barreno que penetra hasta las entrañas.

Lentamente incliné la cabeza y la besé en los labios unidos, que apenas se movieron como para un bisbiseo.

No recordaba haber sentido jamás tamaña sensación. Hubiera deseado gritar. Férrea mano interior me abarcaba desde la base del cráneo a la garganta y, como lejana repercusión, me golpeaba en lo alto y centro del pecho. Racionalmente reuní todos los sentidos en aquel contacto, y al separarme de sus labios, me pareció que un desgarrador quejido brotaba de mis nervios.

—Hasta mañana, Margarita —murmuré.

—Hasta mañana, Alberto —contestó, alejándose; se detuvo y frunciendo el entrecejo, agregó—. ¡Lástima que sea un solo... libro!

Guareciéndonos en un portón, volvimos a besarnos. Las casas, las paredes, ese

portón engrudado con cartelones, las gentes, el mundo entero había desaparecido. No existían nada más que nuestros labios.

Así había transcurrido más de un mes, hasta que sucedió lo que ya imaginaba irremediable.

Margarita «adoraba» las cajitas de música y yo había prometido mostrarle una muy hermosa, que un pariente tenía en su departamento de soltero, cuyas llaves me dejaba, entre protector y benévolo, durante alguno de sus periódicos viajes a la estancia.

El departamento, con espacioso balcón terraza que miraba al río, había deslumbrado a Margarita, que se arrellanaba con goce sensual en los sillones tapizados.

Me chocó esta voluptuosidad; en cambio, al tener en sus manos la antigua caja de música, que hacía las veces de cigarrera, su alegría había sido tan infantil que, para excusarla aún más, recordé que al entrar en el ascensor de la casa de departamentos, me había mirado como implorando confianza.

Echados, lado a lado, nos besábamos, mientras ella hacía funcionar en la penumbra la cajita de música.

Lo acaecido luego quería borrarlo de la memoria. Meneé la cabeza en la soledad de mi cuarto, como potro que no se deja enfrenar, tal si con el movimiento pudiera confundir mi cerebro.

Trataba de olvidar, lleno de desprecio y repugnancia por mí mismo, por esa bestia torpe que llevaba en mi sangre. Era en vano; durante la semana transcurrida había llegado a la convicción de que nunca olvidaría.

No sabía cómo decirlo; mis manos habían tenido la culpa.

Luego, Margarita sollozó con honda mansedumbre. Helado hasta los tuétanos, sentí ganas de golpear con furia mi cabeza y mis manos contra las paredes de áspero y grueso revoque de la terraza.

En pie, sin encontrar palabras, la miraba sollozar, sus pequeñas manos apuñadas en los ojos.

Sin desearlo avancé una de las mías, la vi pálida y viscosa surgiendo del puño blanco de la camisa y la manga azul del saco; con asco y rabia la escondí a mis espaldas. Recordaba, como si continuamente se repitiera la escena, su actitud desesperada al levantarse. Comprendí, entonces, que nunca podría explicarle.

Sólo yo era capaz de pretender transplantar un arbusto arrancado de un tirón.

Margarita había entrado así, a rompe y rasga, arrollando con todo lo que importaba en mi vida.

—Si alguna vez pudieras comprender, como por arte de magia, ese arte de magia con que deseaba arreglar todas las cosas malas cuando era chico: si pudieras sentir las palabras vueltas a ser puras porque te las digo desde la soledad de mi cuarto...

Escuché el eco de mi voz. Miré las cuatro paredes rectangulares. En frente de mí, cubriendo algunas caléndulas, colgaba un grabado inglés con su marco de roble.

Corrían los caballos en una cacería del zorro. Las damas y los caballeros lucían chaquetas y quepis escarlatas.

—... puras —repetí involuntariamente.

Las cortinas de la ventanita se agitaron, como en aquel primer amanecer las del cuarto de Georgette, y la puerta del ropero volvió a abrirse. La luna del espejo reflejó mi cara con las ojeras más marcadas.

A veces quedaba mirándome y sentía deseos de abofetearme, de marcar con dos tajos en cruz, hechos con la hoja de mi máquina de afeitar, esa cara cómplice de mi cuerpo: hubiera querido destrozar esa boca de labios correctamente dibujados, que sólo servía para besar con insaciable codicia.

Rabioso, hundí mi cara en la almohada donde, de trecho en trecho, la lana se agrupaba. Al rato y, sin saber cómo, el furor se desvió contra la mucama. Le había indicado que cambiara la almohada y me sacaba de quicio el que no se cumpliera la menor de mis órdenes o deseos. Como para desahogarme di un puñetazo. De todas maneras, a la mañana siguiente, no dejaría de ser cortés al repetir mi pedido.

Escuché unos golpes. Era estúpido golpear a esas horas de la madrugada. Pensé que algún peón de la cocina comenzaba a hachar leña, pero aún era demasiado temprano para esa tarea. Conocía y distinguía todos los ruidos del Hotel, que de noche llegaban nítidos a mi pieza. Ya no me cupo duda; el golpear cobró tono más agudo, metálico, como cuando se golpea un clavo con un martillo improvisado.

Tomé uno de los zapatos y di con el taco. Como si tal cosa siguió el ruido y, de pronto, cesó. Parecía que en el otro lado de la pared hubieran colocado dos clavos.

Hice la resolución de ir a quejarme al día siguiente. Me apaciguó la idea, que quizás con tal excusa tendría motivo para conocer a María Elisa, ya que, según aseguraba Batista, ella vivía en la pensión del tercer piso. Desde mi segundo encuentro con Margarita y durante esos tres meses, la había olvidado por completo. Ahora, como si quisiera borrar la ausencia que me obsesionaba, estaba dispuesto a tomar todas las mujeres que pasaban a mi lado.

Quizás sólo nos separa esta pared... pensé. Me dejé caer de espaldas sobre la cama y quedé contemplando el cemento ondulado del cielo raso. Una vez más, y como si nevara, se desprendieron las partículas blancas. En vano protestaba a *Madame Listenois* o a su hermana. La señorita Enriqueta escuchaba con cara de atención; *Madame Listenois* sonreía un: «No es culpa nuestra, eso es cosa de la dueña de casa...». Prometían el oro y el moro pero, como si interpretaran fielmente mi queja, nada hacían por atenderla.

En el rincón cercano a la puerta aparecía una mancha de color semejante a esos sobres grises que Sofía usaba en sus cartas. ¡Bah, Sofía! Era verdad que había creído amarla cuando regresaba de estar con Georgette o una mujer semejante... Pero ahora me daba cuenta de que no la había querido nunca; que al festejarla había imitado a mis amigos que hacían otro tanto, o cumplido con una especie de obligación social, en la cual para nada entraba el amor.

María Elisa me hacía pensar, aún contra mi voluntad, en cómo sería su abrazo y todo lo que ocultaba con coquetería.

Pensé que las mujeres coquetas, cuando no eran muy hermosas y jóvenes, resultaban chocantes, y daban la sensación de esos pescadores que se molestan porque los peces no pican en las carnadas resacas.

—¡La Nacióonn...! —llegó, de repente, la voz grave y timbrada del diariero de la esquina de Talcahuano y Rivadavia. Miré el reloj: eran las 4 en punto de la madrugada. Me preocupaba cómo haría este canillita para pregonar tan puntualmente su único diario.

Con prisa me metí entre las sábanas; a las 9 debía estar en la Facultad. Desde los pies de la cama cayó al suelo el programa de un cine del barrio Norte, al que había ido esa noche; planeó de izquierda a derecha, con ese andar insinuante de algunas de las *bataclanas* del *Teatro Maipo* que había visto desde mi mesa del *Richmond* de la calle Esmeralda mientras bebía de prisa un café.

Los nombres comenzaban a girar en mi cabeza. María Elisa tenía un cuerpo elástico, que brillaría incitante bajo los reflectores de un teatro de revistas... Margarita no tenía cuerpo para mí, sólo quería recordar que había besado su boca suave... Georgette no tenía boca para mí... Ya no valía la pena pensar en nada. Mañana iría a quejarme por los golpes en la pared y, quizás, pudiera conocer a María Elisa con sus altas y bien torneadas piernas... Ya estaba decidido. La almohada se conformaba a mi cabeza acariciándome la mejilla derecha y un costado de la nariz. Tenía ganas de verme dormir olvidado de todos. Encogiéndome, apreté las manos entre las rodillas heladas; luego de apagar la luz con manotón igual a los que daba el «Chino», ese perrazo danés en cuyo lomo aparecía fotografiado cuando tenía cinco años, allá en mi San Rafael del Diamante. En las minas de carbón de Malargüe se podría descender por una galería oscura... En un ascensor negro, tapizado en ese terciopelo negro con que estaba vestida la bisabuela en su retrato con marco de bronce labrado. Nada de luto. La muerte no existía para mí. Chistaba lejos, muy lejos, cada vez más lejos, el vapor de una reluciente locomotora negra... En vano pretendía recordar el instante preciso en que pasaba de la vigilia al sueño. Quería todas las cosas imposibles. Margarita y yo eramos demasiado jugosos para la muerte.

El de la pensión de María Elisa, era un departamento de pasillo sombrío y estrecho en cuyas paredes colgaban ilustraciones de revistas, cuyas tirillas de papel engomado aparecían, a trechos, despegadas del vidrio casi opaco por la suciedad. En una de las tricromías, el viento arrebató un paraguas y dejaba ver las pantorrillas de una mujer sonriente y de grandes ojos negros.

La dueña me guió chancleteando sus chinelas, mientras hacía vanos esfuerzos por mantener cerrado el viejo tapado de *petit-gris*, que se había echado con prisa sobre la ropa interior. La cara soñolienta y el andar pesado —que bamboleaba sus caderas grasas con la misma cadencia de las mejillas pintarrajeadas—, me confirmaban de que había interrumpido su siesta. Al pronto imaginé que esta pensión, amoblada charramente, con exceso de colgaduras y cuadros baratos, había llegado a sus manos como «regalo de despido» de algún comerciante adinerado. Esto sucedía a menudo, según lo oía a mis compañeros de provincias que estudiaban en la Facultad; en cambio sentía orgullo ante la certeza de que *Madame* Listenois y su hermana eran y habían sido mujeres de vida intachable.

—No creo que esté la señorita María Elisa, que, a según lo que usted me dice, es la pieza de ella la que da a su pared... —Bostezó perruna—. Perdone, pero tengo que levantarme a las cinco para ir a la feria si quiero ganar algo... ¡Si usted, supiera, señor!... Las pensiones no dejan nada, ni para vivir... La cocinera me roba lo que puede... —sonrió— y, como usted verá, yo no estoy nacida para la cocina... ¡Qué le haremos, mi Dios!

Golpeó en vano la puerta.

—Ya se lo dije, no está... pero no se preocupe, cuando ella venga le daré su queja. Yo quiero mucha formalidad en mi casa...

—¿Sale mucho?

—¿Quién? —preguntó, por decir algo, mientras pensaba si le convenía contestar.

Señalé la puerta con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! La María Elisa... Vea, joven, a mí no me interesa lo que hagan mis clientes fuera de la casa... Si sale o no sale, eso es cosa de ella. Mientras me pague puntualmente, yo no tengo nada que meterme en su vida privada... Ya bastante rompedero de cabeza tengo con la cocinera y con esa *milonguita* de la mucama, y perdone la palabra... —dijo, observando el efecto que pudiera causarme, luego, con tono más profesional, agregó—: ¿Comen bien en el Hotel de ustedes? Me han dicho que no es gran cosa...

—Más o menos, como en todas las pensiones.

—No crea... En algunas, cuando la dueña se toma la molestia de ir a la feria, es distinto. Yo podría, —continuó, despierto su interés pero simulando que no deseaba ser desleal con su vecina— yo tendría una pieza muy barata, igual que esta, pero en el pasillo del otro lado...

Con decisión tomó la manija de la puerta, que se abrió con un chirrido semejante al de la mía.

—Aquí somos gente de confianza; las puertas quedan abiertas... ¡Ah, sí! Yo elijo muy bien a mis pensionistas... ¡La más exigente moralidad! Aquí no entra cualquiera... Si, señor ¡yo he mamado la decencia!

Siguió hablando de su casa. Ya no la escuchaba. Desde la puerta miraba la habitación de María Elisa. Era algo mayor que la mía. Sin desearlo temblé: la cama estaba en la misma posición. Dormíamos casi a la par, a la misma altura, sólo separados por los centímetros de la pared. ¡Cosa extraordinaria, su habitación estaba empapelada con el mismo papel! Allí estaban mis caléndulas anaranjadas. Por un momento me pareció estar en mi cuartucho; perdí la orientación que habían seguido mis pasos, como a veces me sucedía al salir del subterráneo después de haber viajado combinando dos líneas.

—¿Y ese papel? —pregunté inconscientemente.

—¿El papel? —cortó su charla sorprendida por la inesperada pregunta—. Claro que no es muy fino... pero si usted viene con nosotros haré empapelar la suya. Pero no crea, no es mal papelito; lo compré cuando se remató la pinturería de la otra cuadra —terminó, como excusándose.

Ahora comprendía la casualidad. No era posible que la señorita Enriqueta se hubiera perdido un remate que la Providencia le deparaba a corta distancia.

—Pero, pase señor. Así verá usted mejor.

Tuve la intención de hacerlo pero desistí. No tenía derecho a penetrar en esa pieza tan pulcra y ordenada. Los cuartos humildes me cohibían y, temeroso de que una mirada curiosa pudiera lastimar esa humildad, me empequeñecía en lo posible; con decisión escogía la silla más desvencijada y me ubicaba aparentando la mayor comodidad, más atento y cumplido que nunca. En cambio, al entrar en los salones del barrio Norte, sentía que los cortinados de seda estaban puestos para que paseara sobre ellos una mirada distraída; que los finos muebles de palo de rosa o caoba, con sus incrustaciones de marfil o bronce dorado, estaban para crearme sensación de muelle caricia, de voluptuoso abandono que en manera alguna me imponía. Andaba cómodo y feliz, pero no hubiera hecho el menor sacrificio para poseer un ambiente semejante. Todo esto me pertenecía por derecho que no me importaba dilucidar.

María Elisa habría bordado las cortinas —de ese tul barato que lucen los maniqués de novias en los escaparates de las tiendas populares—, que se abanicaban golpeando sus borlas en un botinero tapizado en cretona y colocado al pie de la ventana. El mismo género de colores fuertes forraba una treintena de libros, que se apiñaban en un pequeño estante. ¿Cómo se le había podido ocurrir tal cosa? ¡Forrar libros con cretona! Me pareció escuchar la risa de Bernardo.

Sobre el cubrecama de género brillante, y apoyado contra la almohada, aparecía un pequeño cojín. En el tocador se distribuían, en minúsculas carpetitas, los frascos, potes, polveras, cajas y chucherías, infaltables en las habitaciones de las mujeres.

—¡Ve! —exclamó con acento triunfal, señalando dos cuadritos—. Ayer no estaban... ¡Los debe haber colgado anoche!

Eran dos láminas antiguas; en una aparecía, casi recostado sobre el teclado de un piano de cola, un hombre de facciones finas y blanco cabello revuelto, que escapaba por debajo de la boina; la otra, reproducía una mascarilla de facciones toscas. Tuve la sensación de que conocía esas láminas, que las había visto a menudo en alguna parte, quizás en el escaparate de un comercio musical... Eran de esas cosas que, por verlas a menudo, nunca lograba ubicar.

A punto de acercarme para contemplarlas, me contuve; sin saber cómo, vi de nuevo a Margarita sollozando, las manos apuñadas en los ojos. Retrocedí.

—Le ruego, señora, que no diga una palabra de esto a la señorita María Elisa... ¿María Elisa?...

—Ibarra... María Elisa Ibarra —agregó socarrona.

—No. Es que no vale la pena.

—¡Claro! Comprendo... sobre todo cuando es probable que... lo tengamos de pensionista. ¿No le parece? Ya verá como lo tratamos de bien.

Me pareció que leía mis pensamientos. ¿Pero cómo lo explicaría en mi casa? Era imposible. *Madame* Listenois se daría cuenta al punto; decía que yo hinchaba la nariz al mentir. Además, no quería atarme a nada, puesto que alguna vez volvería Margarita.

Eché una última mirada al cuarto de María Elisa y, cuando la mujer cerró la puerta, respiré satisfecho.

Plantándose en el vano de la puerta, la mucama gruñó con gesto avinagrado:

—¡Ahí tiene usted!... Le ha llamado dos veces por teléfono esa Jeorgette, o como se llame... que no ha de ser muy trigo limpio... ¡Que es urgente; que usted sabe, y la mar en coche!

Echó una mirada a la pieza, dando tiempo a la respuesta que no llegaba. Ante mi silencio, se volvió, y, de nuevo, escuché su taconeo en la escalera.

Abandoné sobre la cama el pesado librote que estudiaba. Georgette era atendible pretexto. Luego, estudiaría con mayor calma. Al sentirme bajar, *Madame* Listenois me detuvo con un:

—¿Dónde va, muchachón, en lugar de ponerse a estudiar?

Sentada en su silla de brazos, tejía un *pull-over*, su casi obligado regalo de cumpleaños. Al tomarme las medidas, alegaba que era para un sobrino de mi estatura que vivía en Marsella, y el cual, de existir, jamás recibía esas tricotas que invariablemente se apolillaban todos los veranos en el fondo de mi ropero. De común acuerdo repetíamos la «comedia del sobrino» como si fuera estreno absoluto.

—Pero, *Madame*, si... —comencé, cuando me interrumpió el ruido de pasos menudos y nerviosos.

Julieta Moreno entró balanceando su cuerpo esmirriado como el elástico de una silla que, de pronto, escapa a las correas del tapizado.

—¿La interrumpo, Madama? —exclamó, mientras el ambiente se llenaba con penetrante olor de alcanfor.

—Madama —continuó mimosa—. ¡Ya no puedo soportar al señor Rosas!... Ayer no más, saqué mi mesita ratona al patiecito balcón de mi piecita y cuando regresé, apenas entrada la noche, la encontré llenita de esos polvillos mágicos para hacer «daños» que ha traído de los indios del Norte...

—¡Pero, señorita!... —exclamó *Madame*— ¿cómo puede creer en esas paparruchas? Debe ser ceniza que se le vuela del cenicero...

—No, Madama... Usted es gringa y no sabe de esas cosas... —continuó quejosa—. ¡Usted no sabe lo que son «gualichos»!

Ante la mirada de *Madame* Listenois, yo hacía esfuerzos por no soltar la carcajada. Sabíamos que Héctor era capaz de pasarse media hora esperando para echarle puñaditos de talco.

—Usted, Aldecua, ¿por qué no le dice al señor Rosas que me deje en paz? Si sus intenciones son buenas, como no puede ser de otra manera, no tiene para qué recurrir a esas cositas... —Moneó, bajando los párpados, mientras fruncía la boca grande y pintarrajeada.

—¡Al momento! —exclamé, aprovechando la oportunidad para salir.

—¡Señor Aldecua! Hágalo con fineza, no sea que... —interrumpió, pestañeando con rapidez.

Alcancé a escuchar que *Madame* murmuraba su: *Espéce de voyou*. Según Bernardo, la señorita de Moreno era uno de los más hermosas ejemplares del *Museo de Cera de Mademoiselle Duperial*, como él llamaba a nuestro Hotel.

Mientras caminaba por las estrechas veredas, repasé un trozo de su última carta: «No sabes lo que es esto: trigo y trigo y más trigo, con un viento que arremolina la tierra. Paso las mejores horas del día en mi oficina y sólo escucho hablar de vender y comprar... ¡Siempre vender y comprar!».

Georgette estaría esperando. Atravesé la calle Charcas frente al palacio Paz, que levantaba sus filosos techos de pizarra más arriba de los altos y coposos árboles de la plaza San Martín. Los gomeros, paraísos y palmeras, le daban recoleta y umbrosa quietud, en la que los grupos y las figuras de mármol, patinados por la intemperie, descansaban beatamente sobre amates de cuidado césped. Los paraísos, de troncos torcidos y negruzcos con sus ramas de pequeñas hojas, oscurecían el cielo, como visto a través de las negras mantillas de encaje, que muchas de las señoras del barrio usaban los domingos para oír misa en la Basílica del Santísimo Sacramento. A través de la fronda divisaba el frente gótico-románico de la iglesia, que se alzaba como un telón al fondo de la calleja que cortaba las pesadas moles del Plaza Hotel y del Edificio Kavanagh.

Al frente, sobre el costado norte de la Plaza, el Palacio San Martín y otros dos particulares, elevaban sus fachadas Luis XIV. Algunas veces, cuando *Madame* venía a mi pieza, con una sábana en la mano para protestar por un *siete* con el que la había desgarrado, se quedaba hablando de su París; o de esa Plaza San Martín y de ese Palermo tan nuestro, que por comparación restaba envuelto en mi cabeza con los nombres de *Passy*, *Faubourg Saint Germain* y del *Bois de Boulogne*, que ella había visto por primera vez a los 17 años, con abismados ojos de colegiala recién salida del pensionado de monjas. París, me fascinaba. Tenía cientos de París: el de Delia estaba compuesto de Museos, teatros y tiendas; el de tío Augusto, talentoso hombre de ciencia, de cuyas andanzas por Europa me enteraba a través de los diarios, era un París de congresos y conferencias; el de tía Cristina, su mujer, una ciudad de grandes fiestas en palacios y embajadas, de joyeros y costureros, de perfumes y vinos exquisitos; el de Patricio Méndez, un amigo que había llevado sus veinte años y algunos miles de pesos, estaba urgido de mujeres desnudas y homosexuales acicalados, de champaña y ajenjo; de *Boeuf sur le toit*, *La Coupole*, *Montmartre* y *Montparnasse*; de rumbosos y excéntricos mecenas, de alhajadas *demie-mondaines*.

Con todos estos relatos escuchados devotamente, a los que unía el París verdadero de las vistas cinematográficas, iba formando, a la manera de colorido mosaico, mi propia imagen de la fabulosa ciudad, que me había prometido ver algún día, costara lo que costase.

La grava de los caminos de la Plaza se marcaba a través de las suelas gastadas de mis zapatos. Bajo el inmenso gomero central, sentados en un banco, las manos en las entrepiernas, se apoltronaban tres marineros conscriptos. Ateados por el mar,

torunos bajo los añados uniformes azules con sus cuellos abiertos, recortándose sobre el recio tronco que extendía sus ramas de hojas verdes y satinadas casi a la altura de los paseantes, semejaban faunos en acecho. Contemplaban con mirada codiciosa, y repetido humedecer de labios, a las niñeras e institutrices de los chicos, que jugaban en el césped o en la arena del lugar reservado para ellos.

Empujando un coche cuna, volante el tul de la toca, pasó una *nurse*; escuché un comentario; y los tres estallaron en carcajadas nerviosas. En un banco frente a ellos, tomó asiento un hombre maduro y atildado.

Eché a caminar en dirección de la calle Charcas; desde la esquina, en un vistazo, vi que el hombre se levantaba para ofrecerles cigarrillos; y que los marineros aceptaban riendo y haciendo morisquetas.

Apreté el paso. El reloj encajado en la columna del alumbrado público, señalaba las 5 y 30 de la tarde. El sol, en poniente, amarilleaba en los pisos superiores de las casas. El asta bandera del Kavanagh, con su treintena de pisos, había ensartado una nubecita rosada que baladroneaba en el cielo azul grisáceo.

Nerviosa, Georgette esperaba en la puerta de su casa.

—*Chéri*... has tardado mucho... ¿te sucedió algo? Me dijiste a las cinco...

—¿Qué te pasa?... —comencé, sin contestar, como para hacer notar la condescendencia que importaba el haber acudido a su llamado. No podía esperar más de mí. Nunca habíamos hablado mucho; era una pérdida de tiempo.

Miró con ansiedad; la vi agelatinarse presta a cualquier molde de mi voluntad. Apenas tenía unos toques de carmín en las mejillas.

—Te vas a enojar cuando te lo diga... —contestó, con mohín ansioso de gracia. En Margarita lo era.

—¿De qué se trata? —insistí. Dudó; vi desaparecer ese brillo juvenil que se empeñaba en dar a sus ojos. Luego, como si volviera a una tarea inútil, continuó:

—Vamos, te lo diré mientras caminamos, ¿quieres?

A los pocos pasos se detuvo, oprimiéndome el brazo.

—Alberto, ¿no tienes vergüenza de salir conmigo? ¿Verdad que no?... Ves, me he puesto este *tailleur*, es lo más sencillo que tengo. La blusa celeste queda bien, ¿verdad?

Sentí la molestia que experimentaba cuando alguien a quien no quería, acertaba con mis pensamientos.

—Sí; te queda mejor que los otros...

—¡*C'est drôle!*... Ustedes, los hombres, son cómicos para los trajes de las mujeres... ¿Creías que sólo tenía... de los otros, que a toda hora me vestía con esos? Pero ¿qué clase de mujeres has conocido siempre?

Rio alegre, como si me hubiera pescado en falta que la diera pequeña ventaja, un asidero. Feliz continuó la marcha casi arrastrándome del brazo; ahora se atrevía. Dejando hacer, la miré de reojo: caminaba firme, los ojos más brillantes; hasta me pareció que habían desaparecido esas arrugas que comenzaban a insinuarse a los

costados de su boca.

—¿Cuántos años tienes Georgette? —pregunté de improviso y con petulancia del que no teme perder.

En lugar de incomodarse, como yo deseaba, acercó la cara y, con movimiento de muchacha dichosa, levantó el ala de su chambergo negro donde campeaba un pompón azul.

—¡Oh, *mon cher*, soy vieja, terriblemente vieja! ¡Tengo 26 años! —y echó a reír como si no le importara el efecto que podían causar sus palabras, pero, en medio de su risa, vi que me escrutaba alerta—. Soy eternamente vieja, mirame bien... —luego, bajando la voz y en tono de chanza, agregó: ¿No te das cuenta? Te traigo por la calle Reconquista para que en un baratillo me compres una cara nueva... ¡No, querido, tú no comprarás nada!...— terminó con miedo al haber mencionado la palabra comprar.

—Ya está. Vos la comprás, porque total no lo hiciste tan mal con la primera... — contesté, tratando de parecer amable.

Me miró alerta, como para juzgar la sinceridad de mis palabras.

—Gracias —dijo sin convicción.

—Bueno... y ¿qué querías decirme?

—No, aquí no, Alberto... No se puede hablar entre tanta gente. Le meten los codos en los ojos... ¿Verdad que hay mucha gente?... Vamos a la Costanera. ¿No tenes frío? ¿Querés que vamos? ¿Verdad que sí?

Hablaba de prisa, para no darme tiempo de pensar; como si temiese que al hacerlo la abandonara. Deseaba sacarme de ese barrio, el único en el cual la ubicaba cabalmente; y que, a estas horas, tenía, sin embargo, otro matiz en la común sordidez de esas tiendas con escaparates abarrotadas de mercancía, que rebalsaba en las puertas y aceras, bajo la recova.

Me asediaba con astucia que me hacía sonreír, iba comprendiendo el motivo de su llamado. Hablaba de cosas baladíes: de la hilera de ropa blanca que colgaba en la terraza de un hotelucho de la Avenida Alem; de la torre de hierro que sostenía el letrero luminoso del parque de diversiones: rio sueltamente cuando pasaron en bicicleta tres deshollinadores embetunados que lucían muy garbosos sus galeras de felpa. Cuando se producía un silencio, notaba su desesperación por cortarlo.

Haciendo pininos en medio de la calzada central, aguantamos las correntadas de automóviles que casi nos rozaban al correr en ambas direcciones. Por las laterales, pasaban, estremeciendo el pavimento adoquinado en granito, camiones entremezclados con los tranvías rechinantes.

A pesar de la nerviosidad, estaba contenta; tan alegre que no le hubiera dolido que uno de esos largos automóviles, que se deslizaban siseando el asfalto, la arrastrara enganchando sus vestidos en el paragolpe. Con asombro me di cuenta de que reía a la par suya.

Comenzaba a oscurecer; la noche debía surgir de los enormes galpones del puerto. A nuestro lado, pasó una viejita peripuesta que, en un banco de la Plaza, solía

tejer guantes para venderlos a los paseantes.

Atravesamos el puente giratorio cercano a la Dársena Norte, donde, junto a los guinches, se apretaban los transatlánticos. Hacia el Sur, los diques, unidas ampollas de agua turbia escoltadas por galpones y elevadores de granos, prolongaban en iluminado almácigo el palerío de los mástiles, y las chimeneas. Un remolcador, la chimenea volcada, pasó bajo el puente balanceando con su oleaje a un pesado bote donde la gente se apiñaba en los días de fiesta, para pasear por el puerto.

—¿Verdad que no es tan fea Buenos Aires?

—No, Georgette... —contesté, como si siguiera el hilo de una conversación; con asombro agregué—. ¿Cómo te has dado cuenta que pensaba en eso?

Le brillaron los ojos con júbilo que de inmenso parecía doloroso. Fue la primera vez que esa noche giró la cabeza en sentido contrario al mío, al tiempo que nuevamente apretaba mi brazo.

—¡Oh, *chéri!* Ya pueden decir lo que quieran. ¡Pero una ciudad en la que se venden tantas flores, no puede ser mala!

Caminamos en silencio. El Río de la Plata, se tomaba en mancha oscura y movediza, en materia que incitaba a palpar su consistencia y densidad. Por momentos, semejava una pasta viscosa en la que gustaría hundirme. Las boyas luminosas guiñaban sus ojos mecánicos. Los faroles de la explanada de la Avenida Costanera, casi desierta, se perdían a lo lejos simétricamente espaciados.

Mirábamos, desde un banco pintado de verde y entre la doble, trinchera de álamos. Sin darnos cuenta, nos teníamos de la mano. No recordaba cuándo había tomado su mano; sólo sentía en ella la de Margarita, quizás la de María Elisa, pero no podía imaginar que fuera la de Georgette. El aire frío del Río, con su tenue olor de fango, se nos metía por la ropa humedeciendo la piel.

A nuestras espaldas, la ciudad se iba encendiendo ventana a ventana, como si en un monstruoso tablero se fueran iluminando las llamadas de miles de timbres. De timbres «tocados por las manos regordetas de los burgueses», dirían Bernardo o Anselmo Landajo. Los trigales se hamacarían sedosamente en las llanuras del Sur de Córdoba. El cabello sedoso y castaño claro, que, a según le diera el sol, se doraba; ese pelo de Margarita que había tenido entre mis manos estremecidas, debía flamear en el aire con la gracia de la banderola de empavesar barcos que, un día de vagar por la Boca, habíamos comprado con Bernardo. Pelo y trigales.

La voz apagada de Georgette me hizo recordar que la mano tibia, que se achicaba con mimo dentro de la mía, era su mano.

—¿Te reirías mucho si te pido algo, Alberto?... Yo comprendo que no debo pedir estas cosas... pero tú no sabes que Georgette antes se llamaba Jeanne, y Jeanne sabía pedir... tenía derecho de pedir...

—¿Pedir? —pregunté asombrado.

—¡Oh, no Alberto, no! ¡Cómo puedes pensar! ¿Soy tan poca cosa? Yo quería... Jeanne quería... —cortó, inclinando la cabeza mientras, con movimiento nervioso,

agachaba el ala del sombrero.

Los álamos sin hojas mostraban el palerío blancuzco. El manso oleaje lamía el paredón y la balaustrada con sus adornos romanos. Las boyas luminosas seguían señalando el canal de acceso a la Dársena Norte. Una draga balanceaba su contorno opaco. Lejos, un barco iluminado se apoderaba de mi mirada. Esta llanura de tierra que continuaba en la de agua, me agobiaba en desazonadora ansiedad de escapar más allá del horizonte. Casi llevado por las palabras, dije:

—¿Qué deseaba Jeanne?

Levantó la cabeza. Los ojos le brillaron a la luz de los faroles, que elevaban sus bronces puntudos, lanzas de aborígenes; los párpados se le abolsaban por el llanto. Me abrazó con la presteza de un trocito de hierro que entra en la órbita de atracción del imán. Por primera vez no sentí el contacto de sus senos sobre mi pecho.

—A Jeanne, vos no sabes, a Jeanne le gustaba que... la besaran, en los jardines... ¡No te rías, por favor, Alberto!... No te rías de Jeanne —prosiguió con voz implorante—. Había en Ginebra, todo junto al lago con cisnes, donde se reflejaban las montañas, un paseo; un paseo donde Jeanne amaba ser besada... ¡No te rías Alberto! —repetía mi nombre aún sin motivo, como si lo acariciara al pronunciarlo; tal cual yo hacía con el de Margarita—. *C'est trop vulgaire...* lo sé, Alberto, lo sé, particularmente en una mujer como yo... *C'est bien ridicule*, lo sé, Alberto... *La pauvre Jeanne aimait etre embrassée; mais, les hommes sont des vrais brutes! Des salops! Des cochons!*^[1]... —Levantó la cabeza interrogante, como si recién se diera cuenta de que, llevada por la emoción, hablaba en francés— Alberto: si Jeanne hubiera estado aquí, esta noche... ella hubiera sabido pedir, pero Jeanne desapareció una noche... hace diez años, allá en Geneve.

Un sollozo ahogó su voz. La sentí apretárseme con desesperación e instintivamente cerré los brazos. ¡Qué pequeña era!

Alzó la cara mojada por las lágrimas. No podría quererla nunca; pero ¿acaso no sería esa una manera de empezar a quererla?

Bajé la cabeza y la besé. La tersura de sus labios me hizo cerrar los ojos; quise reproducir esa sensación que repasaba en mi memoria con dolor de no lograrla: las mejillas ardientes de Margarita, su tímido besar, el pausado mover de los labios, tal si aprendiera a silabear una palabra difícil. Con turbación crucé las manos a sus espaldas, como debía haberlo hecho aquella noche.

—¡Morfón! ¡Dejá algo pa'lo demás!...

Como chasquido de látigo llegaron estas palabras a mis oídos. Georgette se apartó. El tono zumbón me sublevó.

Sin volver la cabeza, como si nada hubieran dicho, pasaron dos hombres por el sendero de enfrente; a medida que se alejaban comenzaron a caminar más despacio tal si esperaran y temieran, al mismo tiempo, mi reacción; ensanchando el pecho, alzaban las hombreras de relleno de sus trajes. El más alto llevaba el sombrero requintado.

Georgette me contemplaba implorante, hizo un mohín que terminó en triste sonrisa, la mano derecha sobre mi brazo como para contener cualquier intento.

—No vale la pena, Alberto... ni por ellos... ni por mí. Arreglándose el sombrero se puso en pie. Con suavidad, al par que energía, me tomó del brazo y tironeando me llevó en sentido contrario.

Caminaba con la vista baja, sintiéndose culpable de lo sucedido o como si hubiera comprendido que ya podía quedarse en silencio sin temor de aburrirme. La grana de piedra crujía bajo los zapatos. Entre las dos hileras de álamos caminábamos pausadamente; a nuestra izquierda, las ventanas de los edificios para oficinas, que se empinaban en la barranca, comenzaban a apagarse. Ventana tras ventana.

Georgette miró su reloj de pulsera.

—¿Se te hace tarde para... tu empleo?

Sonrió, la vista fija en el lejano torreón del *Yatch Club*, luego, dijo con amargura:

—Tú sabes, *chéri*, que «mi empleo» tiene un horario relativo... De todas maneras Jeanne debe desaparecer nuevamente... —Volvióse con presteza—. ¿Te arruiné la tarde, verdad, Alberto?

Comprendí en el tono que esperaba con ansiedad mi respuesta.

—No, Georgette... Jeanne no podía arruinarme la tarde y menos a causa de unos guarangos.

Hizo una pausa antes de agregar, inclinando la cabeza.

—Ya lo sabes... Esto era lo que tenía necesidad de decirte... Perdóname; *les femmes ont toujours le coeur tendre*^[2].... No digas nada, Alberto. Era yo la que tenía necesidad de decirte algo, no tú...

Deshacíamos en silencio el camino andado al atardecer. Sentía esa incomodidad que experimentaba ante los bebes cuidadosamente fajados; al verlos, sus ataduras constreñían mis brazos. No hubiera podido decir lo que ella esperaba.

Divisamos el gentío que, como dos arroyos negreantes, bajaba la cuesta de la Plaza San Martín. Los palos borrachos les daban escolta con sus troncos panzudos y espinosos y sus flores rojiblanco semejantes a manos desolladas.

El reloj de la Torre de los Ingleses dejó oír su carrillón, luego descolgó, en sonoros torzales, ocho campanadas.

La suave pendiente ayudaba la prisa de los empleados. Buenos Aires se desangraba a la manera de un monstruo cuaternario. Tres estaciones terminales de ferrocarril, edificadas lado a lado, sorbían la vibrátil masa para distribuirla por los barrios y pueblos suburbanos; los metidos en la llanura como anticipo de la inmensa ciudad, o los que en luminosa teoría marcaban de noche la costa del Río de la Plata. Entre ellos estaba el de Margarita.

Sin saber por qué, o sin detenerme a averiguarlo, la tomé de un brazo y volvimos sobre nuestros pasos hacia la avenida Madero que limitaba la zona portuaria. Sin mostrar asombro, obedeció dócilmente a la indicación de mi mano. Por momentos, la marea de la gente nos arrojaba contra las paredes del tinglado que hacía de salón de

baile. —*El más grande de Sud América*, rezaba su pomposo anuncio— del parque de diversiones. A medida que avanzábamos, la avenida se iba despejando; sólo pasaban los vehículos crujientes que se dirigían al barrio de Barracas, lleno con los olores de sus curtiembres y frigoríficos; al de la Boca con sus fondines italianos sobre la ribera del Riachuelo; a la Isla Maciel con sus casas de zinc pintadas de colores fuertes y donde las antiguas rejas de balcones y ventanas habían encontrado último destino.

El olorcillo de una churrasquería nos cosquilleó la nariz.

—¿Quieres que vamos a comer a un bodegón?

—Pero *chéri*, si no tenes plata... —dijo con cariño— y, además, no me dejarías pagar...

Poco a poco me iba acostumbrando a su *chéri*, que, en un principio, me había chocado como dejo de amabilidad profesional.

—Quiero comer con Jeanne; a ella le bastará con un bife...

Escurió la mano hasta tomar la mía y, mientras la apretaba, giró la cabeza hacia el alto cerco de alambre tejido que, en el otro costado de la calle, separaba la zona aduanera.

Caminábamos junto a las paredes de las barracas y depósitos. La avenida se tornaba oscura y silenciosa. De vez en cuando un pequeño restaurante popular dejaba escapar, a través de los vidrios sudados por el frío, un grueso haz de luz. Asombrado me di cuenta que buscaba afanosamente algo para decirle. A ella le bastaba, ahora, con llevarme de la mano.

Al llegar a la altura de la calle Tucumán, divisamos un grupo de hombres que parecía observar a los pocos viandantes. Debimos tener el mismo presentimiento; Georgette me hizo ademán de cruzar la calzada para continuar por la otra acera. Inquietos avanzamos aparentando no haberlos visto. Uno a uno fueron dándose vuelta para formar, de espaldas al farol que iluminaba pobremente la esquina, un amplio semicírculo. De seguir avanzando pasaríamos entre ellos y la pared de un baldío. Georgette miró hacia atrás para ver si alguien nos seguía; comprendí que estábamos solos.

Lentamente, en una maniobra calculada, los cinco hombres fueron cerrando el paso. Sentí ganas de volver, era necio seguir adelante. Georgette, imploraba con los ojos. Tuve vergüenza de que me creyera cobarde, además, ya estábamos a pocos pasos del grupo y retroceder hubiera sido peor; los veía decididos a no soltar la presa.

Avancé apretando los dientes.

Uno de entre ellos comentó en tono hiriente y malevo:

—¡Demasiada mujer *pa'mesejante cuzco* faldero!... —Y, como si ensayara el propio eco, repitió jactancioso la última palabra.

Georgette apretó mi mano entre las suyas.

—*¡Ne dis rien; je t'en prie!*...^[3]

Riendo y envalentonados, avanzaron lo suficiente como para cortarnos el camino. Entonces, entre el grupo, divisé a los dos que nos burlaran en la Costanera. No cabía

duda, nos habían seguido, luego de encontrarse con el resto de la *patota*. Estaba calculado perfectamente. El que había hablado ganó el lado de la pared mientras que, henchiendo el pecho, abotonaba la chaqueta. Debía ser el cabecilla; daría la pauta a seguir y, claro estaba, los otros tratarían de sobrepasar su prepotencia. La abundante melena ensortijada escapaba bajo las alas del sombrero negro. El traje oscuro, con rellenos y pliegues, le ceñía el torso y las caderas estrechas; bajo el saco, y cuidadosamente doblado alrededor del cuello, un ancho pañuelo de seda blanca. Las cejas, espesas y depiladas en el entrecejo, le sombreaban los ojos brillantes. Movía las manos como si al hacer un ademán empujara como cosa inservible a la gente que se hallara en su derredor. Desjaretando la boca soltó con desprecio:

—¡Ha de ser uno de esos *puntos* que las acompañan para el yiro!...

—¡... A ver si ligan algo! —agregó otro y terminó la frase con una escupida.

La cara me ardía. Georgette colgaba de mi brazo como chico que implora ser aupado. Su presencia contenía y avivaba alternativamente el furor que dominaba la mezcla de repugnancia y miedo producida por la *patota*. En otra circunstancia hubiera pensado en no hacerles el juego; más valía soportar las groserías que exponerse.

—¡Ché, viejo, qué querés!... ¡Si a esa *mina me la tengo remanyada*. Es la Georgette que *labura en el bajo*!... —largó otro, al tiempo que, como si amagara un golpe, ceñía el ademán para sobarse el pelo brillante. Me pareció reconocerlo como uno de los que formaban la *patota* de *El Cielo de Arizona*, el día en que había trabado relación con Georgette. Todos, sin embargo, me daban la impresión de haberlos encontrado en diferentes lugares de la calle Corrientes, huroneando con taimado mirar (hasta con algo de timidez y obsecuencia cuando estaban solos), prestos a cualquier menester o bajeza que les produjera unos pesos *para ir tirando*.

El que se había corrido hasta la pared, con rápido manotón, tomó del brazo a Georgette y nos hizo detener.

—¡*No te mi'hagás la estrecha, mina atorranta!*

Le vi alzar la mano amenazando un revés.

—¡Suelte ese brazo! —grité fuera de mí.

—¡Ay, con el *pituquito*! —comentó, afinando la voz.

No supe contenerme y, haciendo retroceder a Georgette, grité:

—¡*Patotero* cobarde!

Todo sucedió con rapidez. Me tomaron por detrás, trabado por el golpe de furca, mientras el que hacía las veces de cabecilla me daba una trompada en la cara. Enceguecido por la rabia trataba de librar los brazos. Sentía golpes por todo el cuerpo. Una brutal patada en el estómago me hizo doblar las rodillas. Escuché, como perdido en la niebla, los gritos desesperados de Georgette. Yo no había querido gritar, prefería tragar lo que viniera antes que pedir auxilio.

De pronto, nos dejaron y echaron a correr en dirección de un ómnibus. Atontado por los golpes, les vi prenderse de la plataforma trasera. Sentí ruido de pasos.

Georgette me acariciaba con desesperación.

—¡Chéri! ¡Chéri!, *ces maladroits, ces cochons, ces brutes!*^[4] —borboteaba con furia.

Dos hombres me sostenían por las axilas, mientras ella pasaba por mi cara su diminuto pañuelo, perfumado con ese antiguo *Coeur de Jeannette*, que la hacía recorrer todas las farmacias y perfumerías de Buenos Aires hasta encontrarlo.

—¿Está lastimado, señor? —preguntó uno de los hombres, que vestían sacos azules sobre las gruesas tricotas de lana.

—¡Patoteros cobardes!... —gruñó Georgette.

—Ché, Genaro, andá a buscar un *cana*... Estos vigilantes nunca están cuando la gente decente los precisa... —terminó, cambiando el tono al dirigirnos el comentario, y mientras me ayudaba a incorporar.

—¡No, no! La policía no, por favor... —rogó Georgette.

El italiano nos miró interrogante.

—No vale la pena... Gracias; le agradezco mucho, pero... nosotros mismos haremos la denuncia... —dije, mientras arreglaba mi ropa.

—Gracias, *Merci beaucoup, merci*... —exclamó nerviosa, con el deseo de abreviar la escena.

Luego de estrechar la mano que les tendía, los hombres se retiraron sin un comentario, como si en lugar de prestamos un servicio se hubieran entremetido.

La espalda apoyada en la pared, los vi alejarse con ese paso cimbreado de los estibadores.

—¿Te duele algo, Alberto? —preguntó con ansiedad.

—Nada, casi nada... sólo el estómago.

Apoyado a medias en su brazo, dimos unos pasos. De pronto estalló:

—¡Son unos brutos, Alberto! ¡Son unos bestias!... La persiguen a una como lobos hambrientos... —Serenándose continuó—. Perdóname, no quise que llamaran a la policía... Tú sabes, comienzan a hacer preguntas y más preguntas... y yo no soy una mujer que pueda contestar muchas preguntas... No, tú no sabes, en seguida me llevarían para *averiguación de antecedentes*... Tú no sabes, *mon cher*..., los hombres son muy hipócritas... Su voz temblaba dolorida. Por un momento, me pareció que comenzaba a quererla. Era capaz de querer todo lo que me llegaba doloridamente al corazón. Me miraba con imploración. Había visto una vez, en el cruce de dos calles, un perrito lanudo; los autos pasaban velozmente a sus costados, atarantado movía la cabeza balanceando sus largas orejas negras sin saber hacia donde correr, los ojos mansos le brillaban de terror. Sin darme cuenta de lo que hacía corrí hasta el centro de la calzada y lo alcé en brazos. Chirriaron los frenos de un auto, mientras una voz ronca gritaba: «¡Pedazo de imbécil! ¡No ve por donde anda!». El perro me lamía el cuello y la barbilla. Ya en la acera, no supe qué hacer de él. El famoso artículo 6.º del Reglamento del *Hotel Lutecia*, semillero de chistes, rezaba: «Está estrictamente prohibido tener perros y cualquier otra clase de animales vivos». Lo dejé en la

esquina; quiso seguirme y lo espanté. Quedó acoquinado en el rincón más oscuro de un portón. La última vez que giré la cabeza, con extremo cuidado, sólo alcancé a divisar sus ojos brillantes como ascuas. Igual brillaban los de Georgette.

—Ya ves, Alberto, no puedes salir con Jeanne. Esa pobre desgraciada de Georgette lo hecha todo a perder.

Un dolor agudo en el bajo vientre cortó mi respuesta. La frente se me mojaba de transpiración.

—¡Alberto! ¿Estás mal?

—No, no... es el estómago.

Detuvo a un taxi y me ayudó a subir.

—Te llevo a casa... Yo te cuidaré... Yo...

—No, no, al Hotel, por favor... —alcancé a decir, luego, el dolor me hizo apretar los dientes.

Arrepentida de su primer impulso, dio la dirección.

—Perdóname Alberto... Yo tengo la culpa. Yo no tengo suerte, ¡por ser la primera vez que salimos juntos!... Pero yo lo arreglaré todo. Yo lo arreglaré y no tendrás que preocuparte más... Nunca tuve suerte...

Desde la escalinata de entrada, la divisé a través del cristal trasudado del coche. Tenía los dedos de su mano derecha sobre los labios. Se me antojó la ventanilla de un coche de ferrocarril; el clásico adiós de ese grabado francés que adornaba la sala del Hotel y que en hermosa letra cursiva inglesa llevaba por título: *L'Adieu*^[5].

6

Ireneo Domínguez me observaba con atenta calma de médico, de vez en cuando un tic nervioso levantaba su párpado superior izquierdo.

—¿Te duele aquí?... —preguntó, mientras palpaba con delicadeza.

Asentí con un movimiento. Pensó un rato. La luz de la lamparilla de noche se reflejaba en los cristales limpiísimos de sus lentes. Le faltaban sólo tres materias para doctorarse.

—Bueno, ché, parece que te has librado de una buena... Si no vienen complicaciones, todo quedará en un moretón... —comentó con risa aguda.

Volvió a la carga Anselmo Landajo, que había callado unos minutos mientras Ireneo me revisaba. De pie, acodándose de espaldas en el ventanuco de mi pieza, cruzó las piernas con soltura de movimientos. Era el menor de una célebre familia de políticos que había dado varios «gobernantes del pueblo y para el pueblo», como decían sus partidarios. Estudiaba abogacía y lo mirábamos con cierto respeto, pues corrían rumores de que entraba como en casa propia a los sindicatos obreros tenidos por rojos.

De pronto, quedó a la espera de mi comentario, sin duda porque en calidad de enfermo resultaba el eje de la reunión. No dije palabra. Mientras hablaba seguía la suavisada parábola de sus manos; me interesaba más el hombre que sus ideas ya conocidas; creía más difícil penetrar en él que aceptar su raciocinio. Debía sospechar de mi falsa cara de atención porque exclamó señalándome con el dedo:

—¿Vos crees que fue alguien del pueblo, del pueblo verdadero, —recalcaba estas palabras con fruición— el que te dio la patada?

—¡Claro que no! Y esto a pesar de que vivimos jactándonos de nuestro *machismo*... ¡Bernardo tiene toda la razón del mundo cuando dice que tenemos la obsesión de la masculinidad! —terminé sentencioso.

Me di cuenta que me había agarrado; él debió pensar otro tanto pues esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¡Exacto! Hablamos continuamente de mujeres, no porque las apreciamos sino porque es la manera más directa, y también la más primitiva, de mostrar que somos hombres, ¡que somos machos! Y bien, de esa obsesión ha surgido, en los suburbios y como su perversión, el matonaje, el compadraje, el malevaje... —hizo una pausa, como para marcar lo que diría a continuación. Lo dramático de todo esto es que cuando uno vive obsesionado por algo, es que carece de ello. ¡Ningún individuo rubio se pasa la vida demostrando que no es negro!

—¡Es cierto, ché!... —comentó Ireneo—. En el campo uno no ve esas cosas entre los criollos.

—¡Es que ellos tienen el verdadero sentido de la hombría! —Exaltose Anselmo—. El gaucho era el prototipo de la hombría, ni el más maula de ellos hería a traición, ni pedía ayuda para atacar a un hombre indefenso. ¡Esto es lo que nunca

comprenderán esos *patoteros* cobardes —le borboteaban las palabras—; porque el *patotero* no es más que un cobarde que necesita de otros cobardes para sentir que entre todos logran reunir el coraje de un solo hombre verdadero!

La puerta se abrió de golpe, y la aparición de Héctor Rosas vino a cortar la perorata, cuando ya enardecido Anselmo se convertía en ese espectáculo del cual yo gozaba en participar.

—¡Vaya, vaya!... Ya está latiendo el «presidente de comité»... —exclamó chacotón, mientras colocaba sobre la mesa un paquete.

Anselmo se encrespó como gallo de riña.

—Callate, vos, ¡mentalidad de cavernícola oligárquico!

—Salí di' ai... ¡Andá hacete insuflar humo y escribí anuncios en el cielo!

—¿Qué traés en ese paquete? ¿Algún traje para empeñar? —corté, pues si les dejaba trenzarse, la discusión no terminaría nunca.

—¿Qué querés que traiga para un enfermo? —contestó abriendo el paquete y alineando sobre la mesa las naranjas que contenía.

—¿Y de dónde sacaste plata para comprarlas? —pregunté agradecido, pues lo sabía sin un cobre.

Unos golpes alegres sonaron en el tablero de la puerta.

—¡Bueno!, si'acabó la farra, es *Madame* —dijo Héctor.

Sin esperar contestación entró ella, seguida por Delia.

—¡A ver, a ver!, ¿qué le están haciendo al enfermo? Ya le van a hacer subir la fiebre. Desde mi pieza he sentido la gritería. Seguro que discutían de política o de mujeres.

Anselmo hizo una mueca de fastidio; Delia con su chacoteo le caía como balde de agua fría.

—¡Qué esperanza *Madame*! No tiene fiebre, el pulso es normal, a primera vista no hay trauma interno —contestó Ireneo, volviendo a su aire doctoral.

Sin ninguna clase de ceremonias, la puerta se abrió nuevamente y Manuela entró en la habitación con la misma soltura que si fuera la propia.

—¡No hay caso! Cada vez que habla Landajo se improvisa un mitin —comentó Héctor, mientras tomaba ubicación a los pies de mi cama para dar paso a la mucama, quien colocó una jarra con jugo de orejones sobre la mesa de luz, empujando sin cuidado lo que en ella incomodaba.

—¿Cómo sigue, niño? La señorita Enriqueta le manda ese jugo y pregunta cómo está —sin esperar contestación, y conteniendo con un ademán a Anselmo que ya estaba dispuesto a trenzarse con Héctor, agregó—. Aunque no creo que pueda seguir muy bien con tanta gente en esta pieza; por ejemplo: señor Landajo, creo que lo andan reclamando por su piso. A la señora Delia: ya tiene su bolsa de agua caliente en la cama y como se enfríe ya conoce la señora que a estas horas de la noche la cocina está apagada. El señor don Rosas, a lo mejor tie que levantarse temprano para ir al trabajo... —recalcó la frase pues sobradamente sabía que Héctor «aún» no conseguía

empleo—. Además, tengo que arreglar la cama del enfermo. Ante de transcurridos quince minutos, estaba solo en la habitación. *Madame* Listenois había sido la última en retirarse, luego de comentar en la puerta:

—Ya vé muchachón, lo que le pasa, porque ya debe andar con sus líos... ¡Ah, las mujeres no somos gran cosa, habría que colgamos, pero dejando un buen pedazo de la misma cuerda para los hombres!

Echado de espaldas, gozando la cama recién arreglada, casi con miedo de arrugar la sábana bajo la barbilla, permanecí largo rato sin moverme.

Desde la Avenida llegaba apagado el rumor de los automóviles, el pujar de sus motores urgidos por los cambios de velocidades que el tránsito les imponía. Inesperadamente, con emoción que me revolvió las entrañas, escuché desde el puerto la sirena bronca y poderosa de un navío. Se estremecieron los vidrios de la ventana y mi corazón latió aceleradamente. Me pareció ver el blanco penacho de vapor, semejante a una monstruosa flor de cortadera, erguirse en la oscuridad de la noche sobre la ventruda chimenea. Sin desearlo, abriendo apenas los labios, imité el sonido. Quedé estático, como si mi cuerpo se convirtiera en casco de un barco del cual tironeara un remolcador.

De nuevo estaba solo en mi pieza, mirando y sintiendo las cosas que me rodeaban en silencio, hasta que este fue quebrado por el alegre y atiplado campanileo del reloj del Instituto Biológico. El repique más grave de las horas se escuchó once veces.

Mucha gente estaría sentada en sus butacas del cine. Margarita no sabría jamás que la pantalla sólo me importaba porque en ella se unían nuestras visuales.

¿Qué haría Georgette? La veía sentarse junto a una mesa en el *Cielo de Arizona*, apoyados los codos, mirando a lo lejos. ¡Georgette no miraba a lo lejos! Era ridículo pensarlo; quizás Jeanne, si es que en verdad había existido como ella la pintaba, podía mirar a lo lejos, junto al lago de Ginebra, porque Georgette miraba bien de cerca a los hombres.

Quieto, metido entre las sábanas arrugadas por el peso de mi cuerpo, la recordaba mirando con ansiedad a través de la ventanilla del automóvil. Había visto una cara semejante en un tren que se detuvo dos minutos en la misma estación que el mío. Nos miramos intensamente, como si nuestra mirada estuviera hecha de amor o deseo a través de años. Nunca sentí que algo me había pertenecido en tal grado, como esa cara, como esos ojos brillantes que me estremecieron cuando nuestros trenes partieron en opuestas direcciones. No quise volver la cabeza; laxitud dolorosa me desencajó. Nunca más había visto esa cara y me desesperaba pensar que algo tan mecánico y creado por la mano del hombre, pudiera variar así la vida.

Llevé la mano hasta mi mejilla; estaba tibia, con tibieza que guardaba como recuerdo de Margarita, de su cara tersa cuyo contacto reproducía en mi memoria, palpando con la yema de los dedos los pétalos de las camelias, que sostenidas por un rulo de alambre, solía comprar, aún desde antes de conocerla, al florista de la esquina del Hotel, entre la risa triste de Bernardo, que se creía obligado a comentar:

—¡Sos un romántico cursi! ¡Sos el más espantoso de los cursis que baya conocido nunca! —Una de esas pausas de frustrado arrepentimiento, como para hacer notar de que hería o chocaba a conciencia—. Sin embargo, Alberto querido, ¡dichosos los que llamamos cursis! ¡Dichosos los que se atreven a ser maravillosamente cursis, acariciando con los dedos una cursi camelia! ¡Dichosos! —adoptaba ahora su tono de farsa—, dichosos, «porque de ellos será el reino de este mundo», ¡porque sólo ellos saben tomar de la vida más de lo que la vida puede ofrecerles!

Su sonrisa era una pendiente jabonosa lista a cualquier escape que dejara birlado al contendor. A veces, me miraba con sus ojillos tristes de marcadas ojeras, —ojos de *upite de pollo* decía Héctor Rosas— y, harto de regateo con su inteligencia, con su pose, o todo lo falso con que se acorazaba para poder luchar airosamente, borboteaba:

—¡No cedás, Alberto! ¡No aflojes! Eso se llama tener veinte años. Es maravilloso tenerlos y guardarlos toda la vida. ¡Qué los eunucos se guarden para los exquisitos placeres cerebrales! —Apretaba con fuerza el libro que acababa de comprar—. ¡Si yo me atreviera a confesar de que soy capaz de guardar una camelia entre las páginas de este libro! ¿Por qué nos habremos de embozalar los hombres? ¿Por qué nos atamos a tantas reglas y prejuicios absurdos? ¿Por qué los muchachos no somos capaces de gritar: «Bésame esta rosa para que yo la guarde entre mis tesoros»? A vos qué te puede importar quién escribió este libro y todos los libros pretenciosos de la tierra, si andas viviendo el tuyo entre tapas de piel tibia y fresca.

Entonces, apresuraba el paso entre el gentío. Lo seguía, casi con temor de perderlo, como perro entre la chusma alzada que grita contra su amo. Lo alcanzaba y pareados caminábamos en silencio. Arriba los letreros luminosos pasaban estáticos sobre nuestras cabezas. Otros hacían guiños o piruetas. Las rejas negras de los balcones encerraban, tras de los vidrios, visillos de tul blanco y, por todos lados, paredes y más paredes, altas y macizas como murallas. Más arriba, las estrellas chisporroteaban.

Las gentes pasaban a nuestro lado; grises y grasientos engranajes de acero. Me sentía carne que humea en el matadero tibio de sangre.

De golpe, Bernardo se detenía en una esquina, me estrechaba la mano con fuerza, como para dejar constancia de que era fornido, y se iba con un simple:

«¡Buenas, Alberto!».

Ahora vendía trigo en los llanos del sur de Córdoba. Hacía casi tres semanas que no recibía carta suya.

De súbito, una aguda puntada en el estómago me hizo incorporar; sentí que la intensidad del dolor palpitaba con el mismo ritmo de la sangre. Apreté los dientes y me quedé observando hasta qué momento podía contenerme sin queja. No valía la pena, estaba solo. El retortijón, truenos de verano que se diluyen en espaciados y escalonados ecos, fue calmándose. Cansado, comencé a deslizarme entre las sábanas. Como si proviniera de mi habitación, escuché el ruido del colchón elástico de una cama que golpeó contra la pared medianera.

Me estremecí; separada por centímetros de ladrillos y cemento estaba María Elisa; acostada largo a largo, lado a lado contra la pared, contra mi cama. Obedeciendo a una fuerza superior al raciocinio, avancé la cabeza, demorando con delectación el movimiento, como si hubiera de besarla mientras dormía.

Me miraba sonriente; con la mano derecha metida en el bolsillo del saco hacía sonar las llaves.

—¿Pero está seguro de que no le dio ninguna dirección?

—Seguro, más que seguro, niño. Nada más que esa carta dejó. Ya le tengo dicho, vino antes de ayer como una ventisca... ¡Qué se iba, qué dejaba la pieza, qué la llamaba la familia! ¡Familia esta pelafustana! —sonrió con regodeo despectivo, luego, ante mi reacción, agregó solícito—. Pero, no hay que negarlo, dentro de las de su «clase» no era mala mujer. ¡Ah, sí, mi niño!, todos los primeros de mes yo tenía diez pesitos de propina. ¡Ah, no, no hay que menguarle! Tenía unos modales de mujer que ha conocido mejores lugares. Sí, niño, abierta de bolsillo —terminó, palmeando el izquierdo del pantalón.

De buena gana le hubiera dejado sin una palabra más, pero deseaba averiguar todo lo posible.

—Es raro...

—Vea, niño, yo le doy el número de mi teléfono. Ud. puede llamarme a la hora que le venga bien, no me va a molestar —sonrió— o, si prefiere, pase por aquí cuando guste, ¡tengo una manzanilla que da su quehacer!

—Gracias —corté brusco—. Ya lo llamaré para ver si tiene noticias.

—A lo mejor vuelve a buscar correspondencia, ¿quién dice que no? Ya sabe que por usted estoy dispuesto...

Llevé la mano al bolsillo como para sacar dinero.

—¡Oh, no!, de usted no podría aceptar... de ninguna manera, niño.

Ya en la calle sentía aún sus zalamerías. Caminé de prisa y doblé en dirección de la Plaza San Martín. Un grupo de chicas y muchachos que, con libros bajo el brazo, salía de la *Cultural Inglesa*, me envolvió con su parloteo. Margarita saldría también de sus clases. La acera resultaba cada vez más estrecha a medida que me acercaba a Florida. La gente se apretujaba a la espera de los ómnibus, tranvías o colectivos. Crucé la calzada; me gustaba pasar junto al escaparate vidriera de la florería que ocupaba la esquina del Plaza Hotel y detenerme a mirar las flores que empañaban los cristales.

Anduve entre los árboles altos y umbrosos; el aire casi tibio de esos días de primavera, que Buenos Aires encajaba en invierno para burlarse de frisas y sobretodos, me golpeaba las mejillas. Elegí un banco en el camino que en forma de herradura dominaba la barranca y el palerío de los mástiles en el puerto. El humo de algunas chimeneas iluminadas surgía entre ellos como de un bosque incendiado.

Con parsimonia, desarrugué la carta de Georgette. Era muy corta y estaba escrita en papel celeste claro. Jeanne habría escrito muchas cartas en un papel celeste claro, cuando vivía en Suiza. Junto a su Lago ejercitaría esa letra grande, abierta, de rasgos suaves, que ahora yo repasaba.

«Alberto:

Jeanne no puede existir, y Georgette se va antes de que Jeanne haga otra de las suyas. Piensa, la pobre pequeña, que se ha enamorado de ti, porque la besaste entre los árboles, sobre el río... Así fue la otra vez, pero yo sé que aunque fuera cierto no podría ser.

Au bientôt, petit amour de Jeanne^[6]».

Georgette

«*¡Et, pourtant, c'est vrai!*

De nuevo apreté la carta entre mis manos. Había visto hacer esto en el cine, cuando el actor representaba un papel de hombre desesperado. El papel celeste de Georgette ya no crujió como la primera vez; al ajarse se había llenado de ríos blancos. Había dibujado, ha tiempo, un mapa semejante donde los ríos se entremezclaban locamente, sin nacer, ni entregarse en parte alguna. De improviso, recordé que Bernardo me había dado un papel en la estación; busqué en mis bolsillos, sin ninguna razón, porque Bernardo nada me había vuelto a escribir sobre el asunto.

Como gigantes tortugas apareadas, la estación Retiro extendía su enorme caparazón de vidrios ahumados. La torre de los Ingleses había perdido su imponentia desde que la contemplé convertida en frasco de caramelos en el escaparate de una confitería.

«*¡Et pourtant cest vrai!*».

Me gustaba asomarme a la noche desde este palco bandeja. Tras de la Torre pasó resoplando uno de esos largos trenes de carga que, como víboras en el pasto, se escurrían entre los barcos y galpones de las dársenas. El humo espeso llenó la calle y se detuvieron los autos entre bocinazos inútiles. Sentado en mi observatorio, gozaba a los automovilistas detenidos por el tren que se embutía, entre los dos primeros edificios de las estaciones, siguiendo un callejón oscuro con olores de mingitorio.

Los vagones pasaban lentamente; ya no quedaba ni rastros del humo de la locomotora. Al amanecer, todo cambiaba, los corredores y plataformas de las estaciones se llenaban con centenares de floristas que, desde las quintas de los pueblos vecinos, traían su mercancía.

Crujió la grava bajo mis pies al cambiar de postura; también cuando una pareja se acercó por el camino. El la llevaba tomada de la cintura y hundía su cabeza en el pelo de ella, como si necesitara de ese perfume para respirar. Ella apretaba nerviosamente, entre las manos, el sombrero de él. A las mujeres les encanta llevar el sombrero de «su hombre» como símbolo de posesión.

—Entonces, te aumentaron quince pesos, ¿nada más?

—Ahá... —dijo él con desaliento, luego, agregó con rabia—. ¡Son unos judíos de porquería!

—Todos son iguales —comentó ella con voz cansada.

Con sus compañeras de taller debía hablar de su casamiento postergado siempre.

Callaron al pasar junto a mi banco. Sentí vergüenza de interrumpirlos. Poco después, ella dijo con mansedumbre:

—Yo creo que nos alcanzará... ¿Sabés? Alquilamos una pieza con cocina y pileta para lavar...

Debía tenerlo todo dispuesto, hasta la «despedida de soltera» en una gran pizzería de la calle Corrientes. Se reuniría ella y siete u ocho amigas, brillosos los trajes.

No escuché más. Pensé en la pieza desocupada de Georgette, en mi pieza con su papel de caléndulas, en las caléndulas del papel de la pieza de María Elisa; pero no pensé, no había pensado nunca, en la pieza de Margarita. Margarita no tenía pieza, sólo tenía las mejillas y los labios sedosos y ese mohín adolescente que al recordarlo me enternecía.

¡Qué fastidio comenzar de nuevo! Andar por las calles con ese mirar y remirar las caras como reconociendo cosas perdidas.

De pronto, arrojando el cigarrillo, me levanté y eché a caminar de prisa. ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Las arcadas macizas de la Recova se sucedían una tras otra variando su forma. Las sentía pasar tal como si cada una produjera ese ruido tajante que, a manera de compás, marca las juntas de los rieles del ferrocarril.

Transpuse con decisión la puerta de vidrios multicolores del *Cielo de Arizona*.

El patrón movía negativamente la cabezota. No la había visto desde varios días atrás; ni siquiera había vuelto para cobrar algunas «comisiones». La hélice del extractor de aire giraba con prisa.

Salí, me detuve en la primera esquina. En un alto edificio de escritorios sólo quedaban encendidas las luces del quinto piso, donde las lámparas de luz indirecta, con sus pantallas opacas, blanqueaban el cielorraso de yeso. Solamente se distinguía el cielorraso; abajo podía suceder cualquier cosa.

Pasó un «colectivo» y lo tomé, sin importarme del número. Georgette se habría ido así, a cualquier lado.

Me ubiqué en uno de los asientos individuales; no quería soportar el roce de otro cuerpo. El vehículo se detenía aquí y allá para subir o bajar pasajeros; sólo entonces envidiaba a los autos particulares que, en la calzada central, se deslizaban velozmente.

En el tablero superior del parabrisas, sobre un espejo largo y estrecho, aparecía una fotografía de Carlitos Gardel, el sombrero alicaído, la boca abierta y torcida, como si mostrara el primer molar a requerimiento del dentista. Debieron tomarle esa foto cuando cantaba su tango *Mi Buenos Aires querido*. Estaba allí, entero... en su cara bravía y acariciante que acosquillaba a las mujeres; plantando con esa seguridad de sí que tiene el hombre que ha conquistado una ciudad cosmopolita.

—Quién no ha oído cantar a Gardel, ni ha visto a la *Negra Bozán*, ¡no puede tener idea de lo que es Buenos Aires!... —decía Bernardo.

Frenó el colectivo y el chofer viró para escapar a la jardinera de un lechero, mientras le gritaba:

—¡Che, aguatero! ¿Sos *chicato*?... ¡Andá que te planchen el mondongo!

Metí la mano al bolsillo y me encontré con la carta de Georgette. Entre sus pliegues se había ganado una moneda: pagué el viaje y bajé en la primera esquina. Reconocí el lugar: a dos cuadras quedaba la casa de Georgette. No la amaba, ya lo sabía, pero me lastimaba perder a una persona que me quisiera tan humildemente, como me hubiera fastidiado que se apagara la estufa en una noche de invierno. De nuevo, fui a sentarme en mi banco de la Plaza San Martín. Sobrepassando los techos rectos de los galpones de la Dársena Norte, divisaba la cubierta iluminada de un gran transatlántico. El bronco sonido de la sirena dominó todos los ruidos de la ciudad. Tironeado por tres remolcadores, ganaba el canal pasando frente al edificio del *Yatch Club*. ¡Qué no hubiera dado por llevar a Margarita en un camarote del puente principal!

Miré en derredor; las parejas cuchicheaban en los bancos, la luz del farol cercano prolongaba los listones verdes del mío. El cielo, por despejado y apacible, se me antojaba más remoto.

Sentado en la cresta del suave talud de la barranca, el aire fresco del río me traía el rumor lejano de la banda de música del barco.

Experimenté infinita tristeza. ¿Cómo y por qué debía estar yo tan sin amor?

Para Margarita no pasaría de ser objeto de repulsión. Me desesperaba parecer lo contrario de lo que me creía, hasta el extremo de que llegaba a preguntarme si era en verdad un ser repugnante y lascivo. La sola mención de esta última palabra, con su sonido viscoso, me crispaba hasta el extremo de que hubiera querido gritar, trepado en mi banco, que no solamente amaba los bellos cuerpos, sino que ansiaba con desesperación que me preñaba de lágrimas, algo más puro, más entrañable. Necesitaba creer y confiar para siempre. ¡Para siempre!

Sin poderlo soportar, como si el peso de esta obsesión enmadejara mis nervios, me levanté. Precisaba caminar cuadras y más cuadras, hasta que el cansancio, hormigueándome en las piernas, aplastara mi cuerpo, que reclamaba con fuerza igual, pero distinta voz, lo que mi alma; ambos a la manera de arco tendido en vano y cuya flecha apunta hacia el vacío sin poderse disparar.

Caminaba con pesadez; la gente que pasaba a mi lado parecía decirme a cada instante: «Me importa un pito lo que seas o lo que pienses; me basta con lo mío». Los *palo-borrachos* de la Plaza San Martín —¿por qué venía siempre a caer en los mismos lugares, mientras la mitad de la ciudad me era casi desconocida?—, abrían sus flores rojiblancas, parecidas a las orquídeas; algunos comenzaban a perder las hojas y a mostrar ya las vainas hinchadas que explotarían en blanquísimo algodón. *Hotel Aclara* rojeaban en el cielo las letras luminosas sobre un viejo edificio de tres plantas. El reloj de la Torre de los Ingleses dio las once de la noche. Me extrañó no sentir hambre. Pasó un hombre cargado con un cesto de manzanas; compré una por el

placer de escuchar el crujido de su piel entre mis dientes.

Mordisqueando subí la cuesta de la calle Juncal. Me atraía esa calle que nacía entre roñosas casuchas, cuyas salientes dejaban oscuros reparos que olían a humedad y orín, y que, a medida que trepaba la barranca, se llenaba de lujosas casas de departamentos.

Hubiera deseado que Margarita estuviese a mi lado, para dejar en la carne blanca de la manzana algo de sus labios.

Anduve largo, pero no quería ver nada, tal si caminara ciego dentro de mi propio cuerpo; hasta me parecía lógico andar solo por esas calles de suntuosos portalones cerrados. Al llegar a la de Rodríguez Peña, el coposo gomero que estiraba una rama hasta rozar las ventanas de la casa de enfrente, me dio más sombra aún. Arriba, las estrellas, difusas, casi algodonadas. Aproveché la oscuridad para tirar los restos de la manzana. Me apenaba ensuciar la calle tan limpia. Escuché el golpear muelle y húmedo sobre la acera. Juraría que ese ruido se convirtió en el de «sus» pasos de puntillas, para que nadie los oyera, en esa noche terrible que me empeñaba en borrar de mi memoria.

Caminé de prisa y sus pasos me seguían, pegados a las piernas, como los primeros pantalones largos.

No quería decir palabra, ni una, por temor de que volviera a ser nada más que el ruido de una manzana mordisqueada. Seguimos así: yo, las manos apuñadas en los bolsillos, ella, no sé cómo iba, no quería mirarla.

No sé cómo fue —pues todo lo que a ella se refiere no tiene ya principio ni atadero—, pero dije:

—¡Si supieras cuánto tiempo te he esperado! La gente sabe lo que es esperar en una esquina entre el humo del escape de los automóviles y camiones, entre el restallar de los alambres que sostienen el cable por donde se desliza el trolley del tranvía; estar esperando entre los gritos de los canillitas y los codazos de los hombres y las mujeres, cara a una pared agujereada de ventanas y letreros luminosos. Todo esto sabe la gente.

Callé para tomar aliento. Bajábamos por la cuesta de la Avenida Alvear frente a la Recoleta. Los gomeros y magnolieros inmensos tendían sus ramas sobre nuestras cabezas, casi tocándonos. Al fondo, entre jardines, rejas y el peristilo del cementerio, brillaban los mosaicos coloreados de las torres de la Iglesia del Pilar. La antigua barranca del río, transformada en parque, se encrespaba bajo los árboles frondosos y los arriates con ripio que dividían los amplios prados. Silenciosos autos pasaban y repasaban las calles.

—La gente sabe eso, nada más que eso; pero ignora lo que es estar esperándote en todas las esquinas de Buenos Aires, esperándote en los millones de ventanas, en las ventanillas de los ómnibus, de los tranvías, de los colectivos; en el ascensor que brama hacia arriba o en la escalera rodante con ruidos que remedan los de las canchas de bolos. Saber, con desesperación, que en alguna parte de las calles que se encajan

entre las paredes de la ciudad, estás y con temor de que te llame por tu nombre.

La avenida se abría entre árboles y faroles. Ella iba a decir algo y corté respirando de prisa:

—No digas nada, ni una palabra. Quiero que sigas caminando a mi lado como tú caminas; con esa manera tuya que no deja huellas.

Decirte: «amor mío» y saber que millones de veces estas palabras han sido dichas, saber que millones de bocas están diciendo, en este mismo instante, estas mismas palabras, y sentir, pero sentir con todas las potencias de mi cuerpo que empujaran mi piel erizada de ternura, que yo, yo sólo, acabo de inventar, de crear, estas palabras. Sentir que esta ternura —que a todos resultará pegajosa, como si estuvieran zambullidos en un pote de miel—, a ti te sabe fresca y perfumada.

Volvimos a andar. Me acompañaba en tal forma que sólo podía escuchar mis pasos. Del bosque llegaba aire fresco.

Comprendí que ella podía hablar en cualquier instante. Retrocedí a grandes zancadas por la avenida Alem que, frente al monumento, desembocaba como el perezoso desvío de un río negro. A nuestras espaldas, sobre la explanada de ladrillos rojos y el espigado pedestal, brillaba con humedad de bronce a la intemperie, la figura ecuestre del General Alvear. En un instante, el cielo se había encapotado. Con rara elasticidad, ella estaba siempre a mi lado y no me atrevía a mirarla.

—No me digas nada. Quiero que pongas tu mano tendida sobre mi mano abierta, y que no entrelaces tus dedos con los míos, porque ya es manera de comenzar a mezclar las carnes, de fundirse por el costado del goce; quiero que pongas tu mano sobre la mía para sentir que esa roja y azul sangre tuya anda como mi sangre roja y azul. Tú sabes, nada más que aquella diferencia de venas y arterias que ambos hemos aprendido en distintos bancos de colegio, y en diferente tiempo.

Nada contestó; habíamos cruzado la avenida Callao con sus casas de departamentos y andábamos por uno de los angostos refugios de la calzada, que, a manera de largas islas, producían bancos de piedras, árboles con sus posas de tierra y faroles dorados.

Nos sentamos, al fin. No me atrevía a mirar, como si temiera verla esfumarse o que echara a llorar. No tuve tiempo de gritar que se habían metido en nuestra isla. Cuando vencí el miedo de espantar a Margarita, como podría espantar a una garza en un estero, ya era tarde, ellos estaban sobre nosotros, y solté, a grandes bocanadas, un sartal de palabras sin ilación ni atadero.

Pasaron muy cerca, casi rozando mis zapatos, y los escuché reír.

Uno de ellos, el más canijo que usaba traje color ladrillo, bufanda gris y los tacos de los zapatos gastados hacia adentro, dijo:

—¡Ese *coso* debe estar *colifato*! ¿*Manyaste* que habla solo?

Miré el banco de piedra en uno de cuyos extremos estaba sentado. Nunca me pareció tan solo un banco en la calle.

Uno tras otro pasaron varios automóviles. Mi vista fue rebotando en ellos hasta

dar contra el largo y bajo murallón gris que limitaba las playas de carga del Ferrocarril Central Argentino. En la pared, grandes letras pintadas con cal se espaciaban a lo largo de varias cuadras; podía leer fragmentariamente:...«VOTANDO POR EL PARTIDO»...

Una locomotora comenzó a poner algodonoso penacho de humo sobre la cornisa de la muralla, borroneando el lomo recto de los techos —toros shortorn de pura raza— que cubrían los galpones.

Llenaba el comedor del Hotel los lánguidos compases de un tango tocado por la pomposa *Orquesta típica*, compuesta de piano, violín y bandoneón, que habíamos podido contratar para una de esas fiestas que los estudiantes, con la contribución de los demás huéspedes, organizábamos para las vísperas patrias. En aquella noche del 8 de julio, un gran moño azul y blanco adornaba el florero que, con sus flores rojas de trapo, sacudidas para la ocasión, estaba ubicado sobre el piano.

Como agua fría, había caído la propuesta de Silverio Roca, para que la señorita Enriqueta invitara a María Elisa Ibarra. Las señoras se arremolinaron junto a la de Gatti, quien, convertida en jefe de la oposición, estuvo a punto de rasgar sus vestiduras mientras, con aire escandalizado, echaba una mirada a su hija Cochola, una cuarentona seca y desgarrada que sonreía frunciendo la boca por temor de aumentar las patas de gallo que rodeaban sus ojos pintarrajeados como los de una tiple del 900, de esas con robustos pechos ajustados en florido mantón de manila y que, en descoloridas postales, adornaban la pieza de *Monsieur Jacques D'Alembert*.

—Ya hiciste de tus macanas. ¡Claro! Lo mejor hubiera sido hacerla pasar por prima mía; ya tengo 156 primos, ¡qué importa una más! —dijo Héctor Rosas, alzando los brazos, como si con el movimiento quisiera aparcar su altura con la de Silverio.

—¡Bah!, total no lleva el apunte a nadie.

—Al menos así dicen —tercié, dominando la tentación de contar lo que había visto.

—Tiene que valer muy poco una mujer que acepte una invitación de última hora —sentenció *Madame* Listenois y, haciendo ademán de lavarse las manos, fue a sentarse con Delia en uno de los rincones.

Jacques D'Alembert, quien vivía en el Hotel con la «amenaza» de pagar la cuenta apenas vendiera una fabulosa tropa de muías, que tenía en su más imaginaria estancia de Santiago del Estero, se acercó para ofrecerles oporto.

Madame narraba una de sus anécdotas favoritas, la que tenía por heroína a Teresa Urquiza, cuyo gracejo y desenfado, tan criollo, hacía reír a medio Buenos Aires.

—... terminada la función, en la vieja Opera, salíamos con Teresa, que era bastante crecida de *poitrine*. Cuando ya estábamos en el *foyer*, desde un grupo de *pollos bien* salió una voz imitando la de un bebé que demandaba lloriqueando: «¡Mamá, quielo teté!...». *Tout de suite*, Teresa, mirando al grupo de jovencitos y haciendo una mueca exclamó: «¡Puff! Apúrate *Madame*... ¡que con tantos bebés sueltos siento mal olor!».

Hizo una pausa para dar lugar a las risas y comentó:

—Ahora ya no van quedando de esas mujeres ocurrentes que hacen hablar de sí y son muy señoras, porque ella es una gran señora... ¡Ah!, ya se están acabando los argentinos de antes... ¿A qué no saben su última anécdota? Resulta —prosiguió ante nuestro silencio— que una amiga le pidió un puesto para un sobrino y Teresa la envió

con una tarjeta suya al Intendente Municipal; este, que era Mariano de Vedia y Mitre, se excusó: «en estos tiempos sólo se producen vacantes por jubilación o fallecimiento»; cuando conoció la respuesta, sin dudar un instante, mandó comprar todos los diarios de la mañana. Recortó los avisos fúnebres y se los envió al Intendente acompañados de una tarjeta que decía: «Como no conozco a tus empleados, te ruego des un vistazo a estos avisos fúnebres, si no, mata a uno porque necesito ese puesto...». ¡Y se lo dieron! —agregó sonriente, para continuar dirigiéndose a mí—. Usted no sabe Aldecua lo que era este Buenos Aires de antes, cuando una se cruzaba con el Presidente de la República; o con Don Bartolo Mitre, caminando por «su» calle de San Martín, las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón. Yo me recuerdo con qué respeto y veneración lo saludábamos y la soberana gentileza con que él nos contestaba, aún sin conocernos...
¡Il était touchant!

Antes de la medianoche, el Hotel, que durante las fiestas colmaba su capacidad, se había volcado en el salón, donde brillaban los sedosos y abigarrados trajes de las turistas provincianas, entre las cuales privaban las maestras en vacaciones de invierno.

La orquesta hizo una pausa, que el individuo del bandoneón, trajeado de negro, luego de plegar con sumo cuidado el trapo donde apoyaba el instrumento sobre las rodillas, aprovechó para fumar en el pasillo exterior del comedor, donde se apilaban las mesas retiradas para dar espacio a los bailarines. La «orquesta», convertida por esta mutilación en «Internacional», comenzó con los dulzones compases del *Danubio Azul*.

Como si hubiera estado a la espera de tal música, hizo su repentina entrada Isabel Mexía; avanzó con la sonriente solemnidad que ella usaba para recordar que, «a pesar de todo, era una Mexía». Andaba como si arrastrara tras de sí, muy parsimoniosa, una vitrina con los retratos de sus antepasados. Se escuchaba el frufu de su traje de seda malva, con cuello y puños de encaje a la aguja. Caminó hasta que el crujido de una tabla del piso la hizo sentar, como obediente a una orden, en la primera silla que encontró a mano. Silverio, luego de guiñarnos, se le acercó.

—¿Me concedería el honor de un paseo por el salón?

Isabel Mexía se puso en pie apoyando la mano descamada en el antebrazo que le ofrecían. Un solitario destellaba en el anular, justo para señalar la terminación de sus mitones. Los miramos recorrer el salón, a veces deteniéndose ante una de las tres o cuatro parejas que bailaban; Silverio con su aire de chacotona dignidad, ella, a pasos suaves, saludando de vez en cuando con pequeña inclinación de cabeza, tan igual que producía la impresión de que su gargantilla de perlas ajustaba el movimiento.

La voz de Isabel Mexía se perdió entre el sonido de la música y el crujido que, en las tablas del piso, producía la pareja formada por el señor Gatti y su mujer, la cual, con su cabeza dorada a fuego, y el traje verde salpicado de rojos moñitos, parecía uno de esos trompos multicolores que al girar producen música. La señora de Gatti no

producía música, en cambio dejaba, al pasar, una pronunciada estela de perfume y transpiración. En un arriesgado paso de baile que, sin duda, ejecutaron como prueba de juventud, estuvieron a punto de caer en la falda de la señorita de Sambroselli, quien atrincherada tras sus anteojos de carey, el cuello arrugado envuelto por un collar de perlas falsas que la apretaba como serpentina de calefón a gas, hablaba en voz alta con la baronesa de Schawitz, una amazona austríaca cuyos medios de vida eran misterio impenetrable, aún para la señora de Gatti, quien se desquitaba poniendo en duda la autenticidad del título nobiliario.

Los vidrios opacos de las tres grandes ventanas cerradas a causa de la noche invernal, comenzaban a sudarse tras las escuálidas cortinas de terciopelo. Una jovencita de cejas marcadas, a quien Ireneo Domínguez explicaba una operación con tal lujo de detalles que la hacía soltar exclamaciones de coqueto y fingido horror, echaba, por sobre el hombro izquierdo del casi doctor, miradas incendiarias a Anselmo Landajo quien, a mi lado, se entretenía en desazonarla detallándole el cuerpo con la vista.

Anselmo tenía, para las mujeres, aire de truhán harto que parecía encantarlas.

—¿Ves? Este es mi método. La mayoría de las mujeres lindas son tontas de capirote y están acostumbradas a que los hombres se les vayan encima al primer parpadeo, entonces, la mejor manera de llamar su atención es no llevarles el apunte. Esto termina por darles bronca, y vos sabes que cuando las mujeres empiezan a tenerle bronca a un tipo ya están fritas, ¡pero qué entenderás vos de mujeres, si sos un romántico aceitoso! —Hizo un ademán con los brazos tensos, como entablillados, y largó a reír.

De pronto se contuvo, cambió de expresión echando hacia atrás la cabeza en movimiento calculado para que los ojos negros le brillaran.

Apoyado contra el marco de la puerta que daba al pasillo, aparentaba la suficiencia del codiciado que saca más placer del mero hecho que de los resultados.

Cuando el regreso del bandoneonista convirtió de nuevo a la orquesta en *típica*, y esta comenzó a tocar un tango, Anselmo me dijo por lo bajo:

—¡Chau, mirón! ¡Compráte un poste y trabajá de lechuza! —Y fue directamente hacia la chica que conversaba con Ireneo. La cara de ella se iluminó; de un ágil brinco se prendió a Anselmo, enarcando la cintura, mientras este, la rodeaba con movimiento lento pero decidido, tal si quisiera hacerla sentir que la estaba abrazando.

—¡Qué tipo! ¡No se le escapa ni una! —cuchicheó Silverio.

—Es el «sistema»..., —contesté riendo. Tuve rabia contra Anselmo. Era capaz de mejorar «el sistema», pero me hubiera resultado imposible usarlo con Margarita. La sola idea me parecía desleal.

—¿Vamos a tomar algo? Me seca tanto *loro* junto —exclamó Silverio.

Permanecimos un momento en la puerta del Hotel mirando la gente que pasaba. De pronto, Silverio se volvió hacia Batista y le interrogó tajante:

—¿Me han dicho que andás tras de la chica de al lado? ¡No te hagás el inocente,

gringo sátiro; que te la llevás todas las noches a tomar caña en el almacén de la esquina!

—Dejate de embromar... La María Lisa no es bocado *per me*...

Batista me había mirado al pronunciar las últimas palabras.

—Vamos —dije nerviosamente a Silverio.

El tránsito en la Avenida de Mayo había disminuido. Eran cerca de las dos de la mañana. Las mesas de hierro con tapa de mármol del café vecino, que durante el día y a la hora del sol ocupaban gran parte de la acera, estaban arrimadas contra la pared.

Un murmullo denso impregnado de tabaco y alientos, nos recibió al dejar el molinete de la puerta. Hacia el fondo del local, la gente se arracimaba en pequeñas tribunas, para presenciar un match por el Campeonato de billar de la Ciudad de Buenos Aires. De pronto se escuchó el característico ruido de una carambola, hubo una cortísima pausa hasta que el murmullo se desató y menudearon algunos aplausos rápidamente siseados. Las pausas y los crescendos fueron sucediéndose con ritmo de marea.

Nos ubicamos. Silverio me interrogó con aire displicente; le brillaba una pizca de contenida picardía:

—¿Parece que no te importaba mucho que invitaran o no a María Elisa?

El mozo al acercarse para atender nuestro pedido me dio oportunidad de preparar la respuesta; pues, aunque esperaba la pregunta no había querido pensarla. Me placía, amén de la sensación de atolondramiento que experimentaría, forzar mi capacidad de discurrir en un momento de apremio.

Pedido el chocolate, dije adoptando su mismo tono, aunque tenía la certeza de que Silverio no había de creerme:

—¿Me preguntabas por María Elisa? ¡Bah! No me parece nada del otro mundo.

—¿Nada del otro mundo? ¡Claro, como que es bien de este mundo! —contestó, recalcando las últimas palabras.

Respiré cuando la conversación se orientó en otro sentido. Me daba poco placer contar mis amoríos. Ni siquiera con Bernardo lograba franquearme. Se produjo una de esas pausas en las que, al terminar la jornada o una velada tediosa, languidecían nuestras conversaciones. Me distraje siguiendo las curvas de las volutas de humo del cigarrillo; hacer esto me parecía casi obligación en tales casos. Tras de la amplia vidriera empañada a medias, divisé las turbias luces de un ómnibus; rebrillaron un instante y mi vista, como resbalando de su justo enfoque, fue a dar en la puerta con barrotes y florones de hierro de una casa de departamentos situada en la acera de enfrente. Era igual a la del Hotel y a la de la casa de María Elisa. Todos los días a estas horas de la madrugada, experimentaba terrible desazón al pensar en mi cama solitaria. Los florones de hierro parecían retorcerse humedecidos por el rocío; quizás estuviera helando. El aire del café era pesado, tibio y acogedor. Los murmullos languidecían y sólo escuchábamos, de vez en cuando, el choque seco de las carambolas.

Al pasar, el ómnibus habría iluminado el zaguán, con piso y zócalo de mármol marrón, de la casa de María Elisa. Como a la luz de un relámpago se habría diseñado la puerta cancel con sus cristales brillantes; quizás el reflejo hubiera llegado hasta el comienzo de la escalera.

¿Por qué no podría entrar con ella, tomados del brazo o de la mano, algún día?

De regreso del café, escuchaba el ronroneo de Roberto Galmarini, que, en la piecita vecina, y con una bufanda enrollada al cuello, repasaba a media voz alguna de sus lecciones. Silverio descansaría en su pieza; debía rendir y regresar de inmediato a su casa. Ireneo Domínguez haría lo mismo arrepentido del tiempo desperdiciado en el baile. Anselmo Landajo tendría anotado el número de teléfono que deseaba. Héctor Rosas, estaba de «programa». Delia dormiría sonriendo. Isabel Mexía habría guardado, con litúrgico cuidado, sus mitones en la pañolera bordada en seda y oro que colgaba en la cabecera de su cama. Cansados de discutir debían roncar a dúo los Gatti. La señorita Sambroselli dormiría, entre libros abiertos y desparramados por la cama y el suelo, a fin de impresionar «intelectualmente» a la mucama cuando trajera el desayuno.

Al darle las buenas noches, *Madame* Listenois me detuvo para recordar un gran «baile de antes», al cual había asistido tomo profesora de francés de una de las niñas de la casa que esa noche presentaban en sociedad.

—Es triste llegar solo a viejo, muchachón —había terminado. El tono de su voz era dulce y resignado cuando volvió la cabeza hacia el retrato de su marido, muerto veinte años atrás. Me inquieté al comprender que iba volcando en mí ese afecto inútil ante la ausencia de hijos propios. Cuando *Madame* empleaba este tono, pudor semejante al que experimentaba ante mi madre, me hacía escapar o cortar la conversación con un exabrupto. Me desazonaba la idea de que no merecía ningún afecto puro.

Bernardo escribía cada vez más corto y espaciado; ya iba para tres meses de su partida. Lo veía enterrarse, cada vez más, en un inmenso troje del que sólo alcanzaba a distinguir, entré las corontas y los marlos granados, sus manos y sus ojos. Yo tenía la culpa, ¿por qué este negarnos, y encerrarnos? No me gustaba confesar mis errores, ni miserias.

No merecía su confianza. Ni siquiera merecía a Georgette; ya que sólo me sublevaba la estupidez que había cometido al privarme de la comodidad de su cuerpo.

La gente pasaba en mi derredor y se me escurría irremisiblemente de entre las manos. Era como si estuviera en mi Río Diamante y la corriente arrastrara sobrenadando frescos melones maduros; querría escoger el mejor y, en la ansiedad de la elección, se escaparían uno a uno. Quedaría en la orilla con las manos vacías luego de zambullirme innumerables veces, aún a riesgo de vida.

Tenía el paladar escaldado a causa de no haber sabido esperar que el chocolate, tomado con Silverio, estuviera a punto. En todo era lo mismo.

A través de la pared me pareció escuchar sollozos. Pensé que las mujeres lloran

por cualquier cosa, como verdaderas histéricas. Se habría peleado con el hombre del auto.

—¡Qué se yo y qué me importa! —exclamé en voz alta.

Tuve ganas de golpear a fin de que se callara; ¡que se fuera con «su tipo» y asunto concluido! Me fastidiaba verla caminar con ese aire de mujer satisfecha.

¿No podía, acaso, pedir que fueran a buscarla a la puerta de su casa?

Era demasiada hipocresía el porte comedido, el bajar la vista o desviarla ante la mía; prefería que me hubiera dicho: «¡Déjeme de fastidiar!, ¿quiere?...» o cualquier cosa por el estilo, cualquiera menos esa actitud mojigata. Llegué hasta echarle la culpa de mi torpeza con Margarita.

De nuevo, me llegó apagado un ruido de voces. Pegué el oído al empapelado. La voz subía de tono hasta que escuché:

—... «¡tomalo y andáte con él! Quédete siempre con él; ¡cuidálo todos los días, todas las horas! ¡Que sea tuyo! ¡Por Dios, no esperes más!».

Luego las palabras se tornaron ininteligibles hasta que se produjo un silencio, que fue cortado por el golpe seco de una puerta cerrada con violencia.

Quería seguir escuchando; me abalancé sobre la ventanita y descorrí la falleba. El aire frío de la noche me achuchó. No escuchaba el menor sonido humano; fue inútil que, apoyado en las manos, avanzara mi busto sobre el antepecho de la ventana. La pared medianera, extendía una aleta del mismo espesor; hubiera sido vano cualquier intento de ver a quien se asomara en la vecina.

Tenía la certeza de que aquella voz no podía ser la de María Elisa; sin dejar de ser femenina, era bronca y mellada por la edad.

¿A quién se refería? ¿De qué persona hablaba?

Con movimiento de fastidio cerré la ventana. Sin duda hablaban del hombre del auto. Al fin de cuentas, las mujeres eran como los hombres: cada vez que se reunían entre ellas era para hablar del otro sexo. Se me antojó baja y chocante manera de desahogarse.

Tuve ganas de pasar a la casa vecina y decirle a boca de jarro:

—¡Aquí estoy! ¡Ya no tienes necesidad de hablar ni de esperar! ¡Te puedo dar lo mismo que los otros!

Tres años antes, cuando rendía el Ingreso a la Facultad, pintaron las paredes exteriores del Hotel. Frente a mi ventana vi un andamio movable colgado de tensos cables. Pensé treparme en él y mirar al otro lado de esa aleta que me apretaba al cortarme la visual; pero no valía la pena exponerse por tan poca cosa.

Ahora, sin titubear me hubiese arrastrado hasta ver lo que sucedía. Era ruin, pero de todas maneras lo hubiera hecho. ¿Acaso no había noches en que deseaba horadar la pared? Y no se trataba de satisfacer un bajo deseo únicamente; quería observar la habitación y dentro de ella moverse a María Elisa con la naturalidad o la rebuscada afectación con que lo hace la gente cuando está sola. La imaginaba recostada, las piernas cruzadas a la altura de las rodillas, canturreando mientras con el pompón rojo

de la chinela del pie derecho llevaba el compás. La veía ensayar mimos y caricias ante el espejo, o recortarse las uñas de los pies, mordiendo el labio cuando hacía fuerzas con el alicate. Quizá fuera chocante ver estas cosas, pero, en cambio, debía resultar hermoso el muslo apretado contra la pantorrilla.

Un día que Bernardo me sorprendió en el Salón Nacional de Bellas Artes mirando en parecida forma, dijo con aire distraído: «Solamente los sucios de alma pueden ver suciedad en una obra de arte». Sentí como si me hubiera dado una bofetada; di vuelta la cara en sentido contrario y, por largo trecho, quedé en silencio.

Volví a la cama y me arrojé de espaldas, en el instante en que un manchón del encalado se desprendía en minúsculos pedacitos que cayeron, danzando y girando sobre sí.

¿Por qué no nevaría en Buenos Aires? Georgette me contaba con alborozo de la nieve en Suiza. La veía deslizarse en sus esquíes. ¡Pobre Jeanne, tendría la nariz helada! Me hubiera gustado tomársela entre dos de mis dedos, cerrados a la altura de los nudillos, en un mimo cariñoso.

¡Si María Elisa quisiera ir conmigo a las canchas de esquíes de Potrerillos!; pero, aunque ella aceptara, no tendría dinero. Si Margarita quisiera, ya sería distinto; me destrozaría las manos hurgando las rocas para encontrar esos «metales preciosos», que mencionaba el texto de Geografía del colegio.

Desde lejos, como el eco del grito estirado de un cabrero, me llegó la voz grave del canillita.

Alcé la mano mecánicamente y di vuelta la llave de la luz. Resplandor morado cubrió la nieve de Potrerillos. El Río de la Plata tenía ese color y se volvía plomizo antes de salir el sol. Rodó mi mano a lo largo del cordón eléctrico que trepaba la pared y fue a caer en la mesa de luz; una carta se me enganchó entre los dedos; la había recibido esa mañana y aún permanecía cerrada. Sentí el breve chasquido del sobre en el suelo. La bruma crecía entre los juncos del Río, donde duermen las gaviotas. Alguna cucaracha, con su vientre de manteca a punto de reventar, podría repasar esa noche la letra de Sofía.

Tuvo necesidad de accionar dos veces la perilla antes de que se encendiera la lámpara del velador. Arrojó la cartera y los guantes sobre la cama; luego, muy despacio, fue a sentarse en esa silla tapizada de raso verde que, ubicada frente al tocador, era el único lujo de su habitación.

Se dejó caer con la pesadez de los tapados de pieles y quedó apoyada en los codos, mirándose al espejo. Con lento movimiento de hastío quitó el sombrero que rodó entre los frascos. El pelo rubio quedó revuelto.

Se estuvo mirando largo rato, como si descubriera por primera vez sus pupilas verdes o el puntillo rojo de los lagrimales o las ojeras que se le insinuaban. Arrugó el seño y pensó: «Allí me vendrán las arrugas, —frunció los párpados— allí las patas de gallos». Hizo una mueca con los labios y dos arrugas se marcaron en la piel tensa: «Tendré esas arrugas que, como asas de azucarera, tenía mi madre desde la base de la nariz hasta la comisura de los labios».

De una caja de bronce labrado, que tenía en la tapa una miniatura de Madame Pompadour, sacó, después de elegir, un pañuelo viejo con el cual limpió el rouge de los labios; procedía como si se ajustara a un ritual: primero besó el pañuelo dejando en él la marca de sus labios finos y alargados, luego, desde fuera y hacia adentro, fue limpiando pacientemente hasta que desapareció el colorete.

Estuvo mirándose los labios, palpándolos; le gustaba hundir en ellos la pulpa de los dedos, hundirla con suavidad felina hasta llegar al instante en que se hace perceptible la dureza de los dientes.

María Elisa sintió que deseaba la besaran así, con esa suavidad que sólo despierta el deseo como remota bienaventuranza.

Fue entonces cuando escuchó, amortiguada por la pared medianera, a la «orquesta» del Hotel Lutecia.

Se levantó con furia mientras mascullaba:

—¡Maldito hotelucho!

La dueña del Hotel no la había aceptado de pensionista, porque le parecía poco serio hospedar a una mujer joven y sola que no traía recomendación.

Indecisa, volvió a sentarse frente al espejo, apoyada en los codos, la cara entre las palmas de las manos, como para sentir el contacto de una piel humana. Sin desearlo, terminó por acariciarse las mejillas.

Estuvo mirándose largo tiempo. La música le ronroneaba en los oídos con la constancia de un moscardón. Los ojos comenzaron a humedecerse; ligera bruma iba borrando su figura en el espejo. Las lágrimas se formaban pausadamente, se convertían en pequeñas bolillas de cristal, hacían equilibrio sobre el borde del párpado inferior y, luego, se deslizaban con vértigo de tobogán hasta los labios. La cara semejaba esas paredes pintadas a la cal donde la lluvia deja rastros.

Cesó de escuchar la música para que la machacaran las palabras del Dr. Wasch:

«¡Pero señorita Ibarra! ¿No sabe usted dónde están esas radiografías?, ¿para qué le pago a usted?».

Las palabras le daban vueltas en la cabeza y arrastraban otras ideas.

¡Cien pesos! Cien pesos que el Dr. Wasch le entregaba, en un prurito de antisepsia, en billetes nuevos y crujientes, dentro de un sobre blanco donde había garabateado: «Señorita Ibarra» y, en el ángulo inferior izquierdo, «\$ 100,00 m/n. ». Cada mes exactamente igual: sesenta y cinco iban para la pensión, quince para el crédito en Gath y Chaves, dos de propina para la mucama. Para sus gastos le quedaban dieciocho pesos.

«¿Para qué le pago a usted?». Un enfermo de los que concurría al consultorio, el de la «Placa A 16/38» que tenía un foco en el pulmón izquierdo, le había ofrecido un tapado de nutria. Desde chica la llenaba de placer el restregarse contra una piel. Se avergonzaba al reconocer que deseaba revolcarse desnuda en una piel de nutria. Al Dr. Wasch no le importaba todo esto; venía a buscarla para asegurarse de que ella estaría en el minuto necesario.

La cabeza se le escurrió de entre las manos y el frío del mármol la hizo estremecer.

Los puños sobre los ojos, bisbisó lastimeramente:

—¡Hasta cuándo, Dios mío!

Se levantó retorciéndose, como si su cuerpo fuera un pesado convoy de carga arrastrado en una vía llena de curvas. De pie en medio del cuartucho, sintió necesidad de aire. Se ahogaba. Lloró con desesperada congoja. Cuando era chica, había experimentado igual sensación al perder su madre entre el gentío que se apretujaba para presenciar un desfile militar. De pronto, llena de terror, se había encontrado rodeada de piernas largas, cada vez más largas, que se movían cercándola y persiguiéndola.

De un manotón giró la falleba del ventanuco, las hojas de hierro y vidrio golpearon contra las paredes que formaban el vano; tras del empapelado, alabeado por la humedad, sintió caer partículas del revoque.

El aire frío le estaqueó la cara mojada por las lágrimas. Desde él Hotel le llegaron los rítmicos compases del Danubio Azul. Apoyóse en el repecho de la ventana y miró tan lejos como le permitían las casas vecinas. Casi experimentó asombro al ver la terraza de baldosas rojas, cerrada por una balaustrada de columnitas blancas; sin embargo, allí estaba, como siempre, la burda habitación con techo de cinc en la cual vivía un viejo que, cuando lo creía muerto por causa del frío de la noche anterior, aparecía para hundir la cabeza de pelo ensortijado en una palangana llena de cachaduras.

La ventana del tercer piso de la casa de departamentos ubicada en la esquina, estaba iluminada igual que todas las noches; sentados, el uno frente a la otra, divisaba al viejo matrimonio. Brillaba la calva de él; a ella, metida en carnes, le brillaban los cachetes inflados; entre los dos, sobre un ancho trinchante, brillaba

también uno de esos platos decorados con un paisaje realizado con alas de mariposas. La «casa de los brillos», se le antojaba un escaparate de las mueblerías populares de la calle Sarmiento o Corrientes, De súbito llegó el afónico ladrido de ese perro que no lograba ubicar. El Danubio Azul continuaba esparciendo sus compases entre las grises paredes oscurecidas por rectángulos y triángulos de sombra. Recordaba los alados escorzos con que María Ruanova había bailado en el Teatro Colón este mismo e insignificante Danubio Azul. Si ella pudiera expresarse con su cuerpo, como lo hacía la maravillosa bailarina, aunque más no fuera una sola vez, se sentiría feliz; ya podría soportar los gritos del Dr. Wasch y hasta esas ridículas órdenes por las cuales debía permanecer en el consultorio los sábados por la tarde y contestar: «El Doctor, todos los fines de semana, atiende su consultorio en La Plata».

La torpe y desmañada manera con que interpretaban el Danubio Azul, le proporcionaba raro placer: el de poner lo que faltaba en gracia y armonía; era como si tomara parte en la ejecución. Un calofrío. Cerró la ventana y retrocedió hasta el centro de la pieza.

Los brazos cruzados, atentos a la palpitación de su propio cuerpo, le parecieron inútiles; los separó con lentitud. Le placía dejarlos colgantes, flácidos como las cortinas de su ventana; ya era casi morboso el placer de sentirlos pendientes de sus hombros en peso muerto.

Hubiera deseado tener ese piano con candelabros de bronce, que fue necesario vender cuando murió su madre. Casi fue un trueque: el piano de caja vertical, por esa caja negra que ostentaba en la tapa un Cristo de metal, tan mal fundido que sus manos y pies semejaban las patas membranosas de una rana. Cuando pensó esto, por primera vez, se estremeció como si hubiera cometido un sacrilegio; luego volvió a estremecerse cuando pusieron de pie el cajón en el ascensor, pues resultaba demasiado grande para bajarlo por la escalera. Sintió, como si hubieran sido las suyas, que las rodillas rígidas y heladas de su madre habían golpeado contra el revestimiento de zinc. Había estado tantas veces sobre ellas; crecida ya, le fue imposible dormirse mirando ese alero de sombra que producía el mentón, mientras escuchaba cantar: Duérmase mi niña, duérmase mi sol, duérmase pedazo de mi corazón...

A la vuelta del cementerio, había preparado la tisana (que su madre tomaba antes de dormir) en ese calentador eléctrico cuyos filamentos encendían lentamente, como nubes que el sol va festoneando de rojo. Dejó la taza en la mesa de luz. Sentada en la cama veía retorcerse y desaparecer el blanco vapor de la infusión. Entonces cayó en cuenta de que estaba sola. Hacía de esto cinco años; ahora tenía veintidós y comenzaba a sentirse vieja. Cuando tenía quince pensaba que una mujer de veintidós era vieja.

Terminó el vals y María Elisa avanzó hasta su cama. Le parecía caminar por un escenario de teatro, rodeada de reflectores; se turbó ante la certeza de que no

caminaba con soltura.

Se dejó caer. El elástico chocó contra los travesaños de la cama y le pareció, por un instante, que unas manos fuertes y de largos dedos, que de noche la asediaban en turbios sueños, se agarraban a sus caderas. Casi todos los hombres que había conocido quisieron tomarla por las caderas.

Extendió una mano hasta apoyarla en la pared. Las yemas de los dedos rozaban el papel; ¡había palpado tantas veces esa pared! Conocía de memoria donde se encrespaba con las asperezas del revoque, donde formaba un minúsculo tamboril en el cual gustaba golpetear muy suavemente por temor de destruirlo. Había contado 126 florones en el empapelado, doce estaban cubiertos por los retratos de Beethoven y Wagner. No podía olvidar que había soñado, también, ser una gran pianista. Usaría un traje malva con bordados de oro viejo o un traje blanco de raso de seda, cuyo fru-fru le acariciaría el cuerpo. Había imaginado hasta los menores detalles y, a veces, se inquietaba pensando si debía o no apoyarse en el piano para hacer la reverencia.

De pronto, de la mesa de luz, sacó un grueso cuaderno de tapas verdes enteladas, y se puso a escribir, poniendo la almohada como apoyo y pupitre:

«¡Hasta cuándo tendré que esperarlo! ¡Si al menos, estuviera segura de mi amor y del suyo! ¿Por qué todas las mujeres que conozco, hasta las más insignificantes, tienen “su hombre” y yo no lo tengo? Creen que por vivir sola debo acostarme todas las noches con un hombre».

Hizo una pausa; pensativa, mordió el gancho de la pluma fuente y prosiguió:

«Es verdad, yo quisiera acostarme todas las noches con un hombre, ¡pero con “mí” hombre! Quisiera tener a mi lado su pecho en lugar de esta pared; quisiera acurrucarme, pequeñita, igual que un ovillo de seda, entre sus brazos; meterme y anudarme entre sus brazos y sus piernas velludas, y quedarme callada mirándolo dormir. No me importaría que fuera verano o que tuviese olor de transpiración en el cuerpo, a causa de que hubiera llegado muy tarde del trabajo como para bañarse. No me importaría que se durmiera después de besarme distraído. Yo nunca estaría distraída, ni ausente. Si a él se le diera la real gana, me levantaría por las noches, aunque fuera pleno invierno, a prepararle una taza de café o un mate, y se lo había de traer guardando el calor entre mis manos, aunque se me escaldaran. Y si él fuera más rico, un poquito más rico como para comprarme uno de esos viejos pianos que venden en los remates del Banco Municipal de Préstamos, yo tocaría para él, nada más que para él, esas cosas que ya estoy olvidando, atenta para darme cuenta cuando se revolviere molesto en la silla; entonces cerraría el piano, luego de poner un cubreteclas, que habría bordado mientras él se hallara trabajando en la oficina. Si le viera los ojos tristes me iría a sentar en sus rodillas, pero sin dejarme caer, ¡todo lo contrario!, apoyando las puntas de los pies en el suelo para aliviarlo de mi carga. Si estuviera muy cansado, me sentaría en el suelo para mirarlo desde abajo y, apoyando la cara en sus rodillas, trataría de que él jugara con mi pelo. Tendría

siempre la cabeza muy limpia para que no fuera a ensuciarse las manos o cayera un poco de caspa en ese deshablé malva cuyo modelo ya me lo tengo elegido. Ya sé que no tengo caspa y que soy muy cuidadosa de mi persona, pero ¿quién sabe si por casualidad, esa misma noche, pudiera empezarme la caspa? Le preguntaría, entonces, por esos versos que escribió cuando tenía dieciocho años; me haría la desentendida pero me moriría de celos. Le pediría que me contara sus amores de antes; me los contara o no, de todas maneras me daría rabia».

De improviso, como había comenzado, cesó de escribir. Le parecía ridículo ese desahogo solitario al que estaba condenada desde meses.

Guardando el cuaderno y la pluma miró el reloj despertador, que su madre había comprado en un día de liquidación en lo de Escasany. Fuera de ella, era lo único que en la habitación parecía tener vida. Vida mecánica como la suya.

Eran las dos menos cuarto; demasiado tarde, a las siete y quince sonaría la campanilla. Se levantó para preparar la cama; cuando ya estaba en pie recordó que el día siguiente era feriado. Elena González, esa maestra solterona que vivía en la misma pensión y, a veces, la acompañaba a los conciertos para salir protestando porque en los programas no figuraba el Ave María, Una furtiva lágrima, o el Rimpianto de Toselli, la invitaría, como todos los años, para ver el desfile militar. Habían pasado dos noches preparando el discurso de ocasión leído por Elena, esa misma mañana, en la Escuela; la felicitación del Director la había hecho lloriquear.

Con alegría desconectó el despertador; al hacerlo ya saboreaba por adelantado el placer de despertarse, a causa de la costumbre, y volver a cerrar los ojos sintiendo que se mullía de tibieza.

Comenzó a desvestirse; por asociación de ideas se imaginó, le gustaban estos juegos pueriles, que se estaba desvistiendo la noche de bodas y las manos se le pusieron torpes, se enredaban en cintas y botones. El estaría esperando; pronto golpearía la puerta.

Contenía las ganas de reír mientras se daba inútil prisa. Calculaba que ya habría de llamar, golpeando con esos fuertes nudillos que ella había besado tantas veces.

Como surgido de su imaginación, sintió un suave tamborileo en la puerta. Buscó el salto de cama.

La puerta se abrió lentamente, imaginó que se habría de escurrir un gato negro y misterioso.

—¿Te asustó, querida? —preguntó Elena, con vozarrón acostumbrado a lidiar, día a día, con treinta y cinco chicos—. Divisé luz en tu cuarto; tenía necesidad de venir un momento... Como mañana es feriado —terminó excusándose.

—Has hecho bien —contestó tratando de ahogar la risa—. No tenía sueño.

Elena anduvo indecisa los cuatro pasos que la separaban de la cama y fue a sentarse al lado de su amiga. Sin colorete parecía aún mayor de los cuarenta y seis años que confesaba. Quedó en silencio un momento; las arrugas se le ahondaban a la luz de la lámpara de noche. María Elisa la miró con asombro; le pareció envejecida

diez años, veinte quizás; cansados los grandes ojos, que el Rimpianto de Toselli humedecía, como el rocío en las brillosas capotas negras de los coches dejados a la intemperie. Con gesto de mecánica coquetería Elena inclinó la cabeza y el pelo teñido se le descolgó sobre la frente.

Con una mano pecosa, marcadas las venas azules, tendió un papel arrugado.

—Horacio... Horacio se... —alcanzó a balbucir, y se echó de bruces sollozando sobre el cubrecama de raso, que María Elisa había recogido a medias. Se contuvo para no gritar: «¡Me arrugas la colcha!». La tomó, en cambio, de los hombros y, apoyándola contra sus pechos, se puso a acariciarle la cabeza. Los cabellos ásperos, que junto al casco mostraban su grisura, se le enredaban entre los dedos. Alguna vez se le había escapado de entre las manos un tiesto: la cabeza de Elena se le deslizó sobre las faldas. Se agitó al sentir algo vivo y tibio sobre los muslos.

Lentamente desarrugó la carta de letra menuda y caligráfica. Saltó el primer párrafo y leyó sin asombro:

«Como quiero probarte que soy tu amiga y compañera muy sincera y también no quiero que hagás papelones, te voy a contar algo que te va a dañar pero que es necesario que lo sepas: Tu novio, el Horacio Pugliese, que a según dijo vino a “buscar horizontes más amplios” al Chaco, se casa a principios del mes que viene. Dicen que todo es cuestión de intereses, pero yo quiero avisarte, porque para estas ocasiones estamos las amigas».

María Elisa dejó de leer, arrugó de nuevo el papel y lo arrojó convertido en una pelotilla cuya sombra alargada ocupó el ancho de dos tablas del piso. No atinaba con nada para decir. Si hubiera hablado ¿quién habría de consolar a quién?, pensó, mientras avanzaba su labio inferior en ese gesto de desaliento que tantas veces contemplaba en el espejo. Tenía asco de estas cosas. Ya era demasiado este recibir golpes de todas partes. Si no tuviese la cabeza de Elena en las faldas, se hubiera apoyado en la pared, quebrándose en incómodo arco, para soltar tremenda carcajada; en cambio, se puso a acariciar mecánicamente, esa cabeza que olía a rancio. Sentía que ella misma se estaba acariciando. Sin saber por qué, de pronto experimentaba rencor por esta mujer agobiada, por sus ojos siempre implorantes; a veces la sentía en artera enemiga que la envenenaba pacientemente y, sin embargo, no podía desprenderse de ella. Lo había intentado en vano; volvía siempre a ese espejo en el cual comenzaba a ver su futuro.

Estuvieron así largo rato. Escuchaba los sollozos y el imperturbable tic-tac del reloj. Llegó a creer que dormía mirándose en la luna biselada del espejo de su ropero.

De improviso, como si hubiera cerrado el grifo de la lluvia del cuarto de baño, Elena se levantó desencajada, monstruosa, la frente manchada por la tintura de los cabellos —ahorraba dinero hasta en la peluquería para «cuando llegara el día».

—¡No dejes que te hagan lo mismo, María Elisa! ¡No dejes, María Elisa! No lo esperes toda la vida. ¡La vida, María Elisa, la vida! ¡Andáte con el primer hombre que te lleve! —alentó y prosiguió con acento desgarrado—. ¿No ves que las mujeres solas no servimos para nada? No lo esperes, María Elisa, no esperes lo imposible. ¡Y no te digo sólo por los hijos!; no, María Elisa; te lo digo por tu hombre, ¡tomalo y andáte con él! ¡Quedáte siempre con él, cuidálo todos los días, todas las horas! ¡Que sea tuyo! ¡Por Dios, no esperes más! Ya para siempre estaré sola..., ¡para siempre! ¡Comprendélo bien, tratá de comprenderlo y verlo en esta cara de vieja que nadie ha querido nunca!

De pie, la cara iluminada a medias, colgantes y abolsadas las mejillas, parecía una bruja. Se volvió con desesperación y escapó, luego de cerrar la puerta con un golpe.

María Elisa no atinaba movimiento. Sintió frío en las faldas; las lágrimas de Elena le habían mojado el salto de cama. Se levantó tiesa, las piernas entumecidas, y fue a apoyarse en el repecho de la ventanita. Las sombras habían crecido en la terraza y en las azoteas. Le pareció que la balaustrada de la cornisa contoneaba sus columnitas en baile burlón. Los vidrios de la parte superior de la ventana estaban opacos por la suciedad.

Se volvió bruscamente al sentir que de nuevo se abría la puerta. Entró Elena, la cabeza gacha y la mirada ansiosa; buscó como si husmeara, con ademán de avaro, recogió la carta.

—Perdoname María Elisa —masculló, antes de salir, mientras con mano helada rozaba el brazo de su amiga.

María Elisa retornó a su postura. El rectángulo iluminado de su ventana se marcaba sobre la terraza vecina; ella, en el centro, parecía una sombra chinesca. Su madre le había enseñado a jugar con sombras chinescas. Sabía hacer el perro que ladra, la vieja fumadora, el conejo sentado y otras que ya no recordaba. No tenía tiempo para niñerías.

Casi al lado del suyo, otro rectángulo se aclaraba recortando otra sombra chinesca. Debía pertenecer a la ventana del Hotel, a su mismo piso.

Con lentitud repasaba las palabras de Elena. Tenía que repasarlas; al fin y a la postre eran palabras de maestra acostumbrada a que los niños las repitieran como lección. Se le ocurrió que la palabra «lección» tenía dos trenzas rubias con moños de un azul muy brillante. Cuando era chica y tenía uniforme azul marino con la pollera tableada, la maestra le había rezongado continuamente: «Ibarra, usted no llegará a ser nada, ¡por haragana, descomedida e insolente!». El Dr. Wasch le gritaba cuanto quería. En la escuela la encantaba ser arrogante; en su casa tenía mantel limpio; luego, algo raro había sucedido con su padre: desapareció un mal día y su madre, ante las preguntas, se echaba a llorar. Luego vino un Señor —«Saluda al señor Iriarte, que es muy bueno con nosotras», le decía su madre—. Algunas noches la dejaban sola y su madre entraba por la madrugada; venía de puntillas a besarla, y

ella cerraba los ojos. La maestra —podía haber sido Elena— la regañaba al día siguiente cuando se dormía en clase. El señor Iriarte dejó de venir un día y su madre consiguió, al fin, un puesto en el Correo. Ahora lo comprendía; pero su madre se fue sin saberlo. Esto sucedía a menudo en las novelas.

El silencio de la noche se interrumpía, por momentos, con el rezongo metálico de los tranvías: tenue primero, dominante luego, hasta apagarse de nuevo. Las palabras de Elena, en cambio, resonaban igual. De pronto la calle vibraba de otra manera — como el cepo de una iglesia—, bajo las ruedas con llantas de acero de las carretelas de los lecheros, entonces, la voz de Elena, como obediente a un regulador de volumen, aumentaba la potencia.

Permaneció apoyada, hierática, tal si temiera que un solo movimiento hubiera de convencerla que estaba viva, que su cerebro podía marchar y que esas palabras de Elena podían penetrarla como quedaban impregnadas sus sábanas en los días húmedos. Podía esperar igual que vinieran a anunciarle que su madre había muerto y, sin embargo, ella sabía —la había visto en su feo cajón negro—, que su madre estaba muerta.

Escuchó ruido de pasos apresurados sobre la acera de la calle Rivadavia, luego, maciza, clara, masculina, se elevó la voz del diariero.

—¡Las cuatro de la mañana! —murmuró.

Apagó la luz y, de espaldas, quedó en silencio esperando que las flores del empapelado de su cuarto se tornaran violáceas a la luz del amanecer. La cara de Elena rondaba entre ellas como fruto monstruoso.

—¡Por el ilustre doctor Ireneo Domínguez! —brindó Silverio levantando su copa.

Todos nos pusimos en pie, hasta *Madame* Listenois, quien después de repetidas instancias, había aceptado presidir la «comida de homenaje».

—¡Que hable *Madame*! —inició Héctor Rosas, incitándonos a reforzar su pedido. Nos divertían los aspavientos de las mujeres que, en tácito acuerdo habían prolongado la sobrecomida para no perder detalle.

Madame hacía lo imposible por acallarnos; al fin asintió entre un silencio bordado de risitas contenidas.

—Si ustedes quieren reírse de una vieja que no sabe hablar castellano —comenzó, con disimulado orgullo de su perfecta pronunciación—, se van a embromar porque voy a decirles un discurso de tres horas, así no podrán irse de parranda... —hizo una pausa durante la cual paseó una mirada llena de afecto y alerta malicia—. Todos nos alegramos muchísimo porque Domínguez haya conseguido su doctorado; pocas veces hemos tenido un estudiante tan lleno de voluntad, tan contraído al trabajo, cosa que no sucede con otros... —apuntó, largándome una mirada intencionada—. ¿Verdad que no se refiere al favorito Aldecua? —acotó Héctor, imitando el tono de voz de la de Gatti. *Madame* sonrió, mientras yo me hacía el distraído.

—No voy a desearle felicidades al «doctor» porque estoy segura de que va a triunfar. En la vida la suerte la fabricamos nosotros mismos. Bueno, basta de consejos de vieja. Los discursos deben ser cortos para que no se agrie el vino. *A votre santé, Monsieur le docteur Domínguez!* —terminó levantando la copa.

Luego se hizo silencio, como a la espera de que alguien indicara que la comida había terminado. Landajo aprovechó la oportunidad, y con medido ademán indicó que hablaría.

Los ojos de las mujeres se volvieron golosos hacia él.

Dijo pocas palabras, serenas, medidas, modulando admirablemente su voz grave y sonora. De pronto, como cediendo a un impulso, se adelantó para abrazar a Ireneo «en nombre de todos los huéspedes del Hotel». Experimentaba ya el placer de ser electo, de hablar en nombre de los demás.

Una de las señoras, metida en carnes, y cuyos cabellos grises se enredaban sobre los hombros en una pañoleta tejida, levantó la copa. Anselmo contestó elevando la suya; con asombro, me pareció descubrirle un leve titubeo. De nuevo creció el murmullo en las mesas vecinas, pues la que acababa de saludarlo bonachonamente era la «auténtica» Marquesa de Miranda, hija de un Grande de España, como recalca, entre aspavientos, la señora de Gatti. Su aparición había señalado algo así como el Siglo de Oro del Hotel Lutecia. Se engolaron las voces en el comedor y hasta los mozos caminaban con aire cortesano; de haber sido tilinga la Marquesa, hubiéramos terminado en carnavalesca caricatura de Corte. Desgraciadamente para nosotros, que estábamos dispuestos a llevar la farsa hasta colocarnos calzones cortos,

la Marquesa prefería jugar al «truco» en la pieza de *Madame*, y contar, de vez en cuando, un cuento de subido color que siempre terminaba en francés, porque, como buena española, opinaba que «en francés todo suena mejor y más suave...» *Madame* opinaba, a su vez, que la Señora Marquesa comenzaba a chocchar, cosa que nos parecía muy probable especialmente a Héctor que le decía de vez en cuando, y con aire protector:

—¡Pero Señora, no me haga macanas!... tire la carta que le hago señas... ¡Vaya, pues con la Marquesa!...

Ya en la calle, Ireneo se apoyó en mi brazo y, luego de mirar como quien pide excusa por decir una inconveniencia, exclamó:

—Perdoname Alberto, pero es la primera vez que tomo tanto. ¡Te lo juro! — Hipó, riendo como un chico.

Eusebio Gancedo, un estudiante de medicina por el cual experimentaba instintiva aversión, gritó casi:

—¿No saben que fue «virgen» hasta los 19 años?

Ireneo rio, asintiendo.

—Es que yo estudié en un colegio de Suiza y allá... ¡pues, por allá!, las cosas son distintas. Los muchachos son inocentes hasta una edad que a nosotros nos resulta ridícula.

—Lo que pasa es que son unos —cortó Eusebio, largando una palabrota a manera de calificativo.

Con Silverio, Héctor e Ireneo, nos fuimos rezagando. Miraba al flamante doctor como si tuviera a mi lado a un ser extraño, que se iba ganando mi real estima en razón de su franqueza. Quizás aquello fuera posible en el país nevado de Georgette. ¿Por qué no quiso la casualidad que en uno de esos días en que Ireneo, con su uniforme del Gimnasio, se paseaba junto al lago de Geneve hubiera conocido a Georgette, a la tímida Jeanne que sería entonces?

Descendíamos por la calle Talcahuano en dirección de la de Corrientes.

La noche era plúmbea. Humedad pringosa mojaba mi cuerpo transpirado.

La calla Corrientes con sus letreros luminosos nos atraía. Pululaba la gente llena de empaque irritante. Los *muchachos de los sábados* parecían estaqueados en sus trajes planchados, jactanciosos de sus camisas de seda y de sus pañuelos de apariencia. Nos costó trabajo reconocer al peón de cocina del Hotel enfundado en su impecable traje azul.

Los letreros de luz neón temblaban arriba de nuestras cabezas.

Habíamos bebido con exceso. Sufría la quisquillosa impresión de que la gente me rozaba. Los hombres tenían una mirada torva a la par que ansiosa.

Creí leer en todos los letreros el nombre de Margarita. Bien sabía que no era así; pero había visto en una vieja cinta como los cartelones de una calle cambiaban sus letras para formar en la conciencia torturada del protagonista, la palabra «ladrón». A veces, en esos cartelones de la calle Corrientes veía formarse terribles palabras.

Quería creer en la posibilidad de que esos letreros luminosos cambiaran las palabras.

En tantas cosas imposibles quería creer; tenía necesidad de ellas cuando, dentro de mí, una voz dilacerante me repetía: «Todo es en vano, Margarita no te querrá nunca. Sos indigno de que te quiera». La veía sentada con los puños pequeños sobre los ojos arrasados en lágrimas. La veía así siempre y experimentaba asco por mis manos. Cuando pasaba un tranvía, el riel brillante que se escurría bajo el salvavidas, me atría con sensación de vértigo; hubiera querido meter las manos y sacarlas convertidas en muñones ensangrentados, colgantes y aplastadas las falanges; repugnantes como cuajaron de sangre en un plato de manteca. Pero ¿cómo había de presentarme ante ella alguna vez?, porque, alguna vez, cuando ya no pudiera soportar más, iría a buscarla.

Una ráfaga de olor a grasa enfriada me atufó. Arriba pendía el letrero luminoso de una *Pizzería*. Los pasteles y empanadas fritas se apilaban en una fuente enlosada, junto a la vidriera del escaparate.

Alguien deslizó una moneda en la ranura del *tocadiscos* ubicado cerca de la puerta de calle. Escuché el metálico sonido de la puesta en marcha del aparato.

Disimulando el *garroneo*, y prestos a esquivarse, varios individuos se fueron reuniendo. Un pibe se abrió paso y fue a apoyarse en el mueble casi tan alto como él. De pronto, sentí ganas de preguntar a esos desconocidos por qué se miraban con tanta desconfianza. Ya no percibía más el fétido olor de la grasa enfriada. Sin ningún motivo, hubiera querido estrecharles la mano; me contuve temeroso de que me recibieran con un: «¿Y a usted quién lo conoce?...».

No me moví. A veces, cuando estaba solo, me creía borracho. Andaba por las calles apretado a la pared, hasta sentía la necesidad de que me embadurnaran contra las murallas, como un chillón cartel de propaganda que en letras rojas tuviera escritas palabras obscenas, sobre un fondo neblinoso de pájaros, álamos, montañas y navíos. Que algo o alguien me sujetara con motivo a la tierra.

En el escaparate del negocio vecino, los libros usados se amontonaban bajo llamativos carteles: «¡Oportunidad: \$ 0,60 cada uno, 6 por \$ 3,00 Aproveche!».

Bernardo hubiera comprado los seis libros, e ido ufano, con el paquete bajo el brazo, a husmear en las demás librerías de lance que se escalonaban a lo largo de la calle y permanecían abiertas hasta las dos de la mañana, entre cafés, restaurantes, *cabarets*, confiterías y lecherías.

Bernardo estaba lejos de todo esto; se pasaría tendido entre los trigales. Imaginaba que los campos de trigo se habían sembrado para que pudiera echarme en ellos cuando comenzaran a dorarse las espigas; para tenderme con Margarita, en silencio y tomados de la mano hasta que vinieran a desalojarnos las máquinas segadoras y las trilladoras. ¿Tendría suficiente imaginación para soportar mi devoción constante? ¿Estaría hecha en metal de tan fina aleación que le permitiera vibrar indefinidamente, sin quebrarse?

—¡Ché, Alberto! ¿Estás loco? ¿Qué te habías hecho? Te hemos estado

buscando... ¡Ya estamos todos en el *Pekín!* —exclamó Silverio, apareciendo entre un grupo de peatones.

—¡Nada, hombre! ¡Nada! Me separé de ustedes sin darme cuenta.

Hacía meses que no pisaba uno de estos lugares. El aire, caldeado por las luces, las respiraciones, el humo de los cigarrillos y los perfumes baratos, me golpeó la cara al entrar en el *cabaret*, cuya consumición era lo suficientemente económica como para nuestros bolsillos. Todo era barato, desde las decoraciones pintadas en colores chillones que pretendían crear un ambiente oriental, hasta las mujeres maquilladas y trajinadas. Me hubiera vuelto, pero desde la mesa que presidía Ireneo estalló una salva de aplausos.

—¡Vaya con el mosquito muerta! —comentó Eusebio y, luego, dirigiéndose a Silverio, agregó—. Seguro que lo encontraste siguiendo a una *mina*.

Las carcajadas cubrieron las últimas palabras de Eusebio.

—¡Ji! ¡Ji!... ¡Una *mina!* —Hipó Ireneo.

Sin contestar me dejé caer en la silla. Miré las caras, no lograba distinguir una de otra en las mujeres que sonreían con la esperanza de una invitación; los hombres, repantigados y adustos, se observaban recelosos. Me fastidió descubrir que había mirado para pulsar el ambiente y saber en qué tren debía encarrilarme. Era estúpida esta preocupación que me parecía notar en todos. Tienen caras de velorio —me dije — y, entonces, sentí ganas de reír hasta de los «cuentos verdes» de Eusebio que apenas escuchaba.

Disminuyeron las luces, y la *Orquesta Típica del Maestro Marchetti* comenzó a tocar un tango. Dejé de sonreír. Me pareció que de todas las gentes apiñadas en la sala, espaciosa como galpón de cereales, escapaba un quejido sensual, turbio y contenido, que sobrepasando los ambientes del salón abarcaba la ciudad. Sin embargo, esta ciudad no era, ni por asomo, la de Bernardo, esa Buenos Aires de conciertos, exposiciones y conferencias a la cual me dejaba asomar como por condescendencia; ni era la de Jorge Balmaceda —que, mesa por medio, mostrábame su cara canija arrebatada por la bebida—, con sus estadios de fútbol repletos de espectadores que bramaban de entusiasmo o furor; como no era, tampoco, la de Ismael Fuentes, con su Hipódromo, su *cátedra*, su *fija*, y su Leguisamo; ni era, siéndolo, la de mis parientes del barrio Norte, con sus partidos de polo y sus retratos de antepasados, cuyos nombres repetíamos en las clases de Historia, desde la escuela primaria.

No obstante, todo ello giraba y se amalgamaba en mi cabeza. Las parejas se apretujaban en la pista, dispareas y extrañas; en mi cabeza se entremezclaban ideas e imágenes, ramazón de un bosque tropical donde la tierra trepara por la sangre en húmedas vaharadas. Deseaba gritar, pero la vista se me quedó en una cualquiera de las bailarinas. Le hice una seña, contento de que nadie pudiera decirme: «¡Alberto, qué modales son esos!».

La mujer vino a mis brazos, como si fuera un volantín cuya cuerda estuviera

recogiendo a mi placer.

Mientras bailábamos, me puse a mirarla con el desparpajo con que puede observarse un maniquí. Para eso estábamos ambos.

—¿Cansada?

Eché hacia atrás la cabeza. Podía tener de veinticinco a treinta años; no lograba distinguir la edad de las mujeres; sólo estaba cierto de que Margarita había cumplido los 18, y esto era lo que me importaba.

—Aburrida como una rana en tiempo de seca —contestó mientras miraba con sonriente impertinencia—. Me dan ganas de mandarme a mudar a mi casa; pero ¡bah! ... —continuó—. Si querés nos sentamos, hace tanto calor aquí...

Sonreí.

—Estoy con unos amigos, y no puedo dejarlos.

—No tenes plata. —Volvió a mirarme con aire entre compasivo y sonriente—. Estudiante. Me lo debía figurar...

—Sin duda, ¡con la facha de banquero que tengo!

—¡Bodeguero, m'hijito, por el olor que tenes!

Me eché a reír; tenía ganas de reír de cualquier tontería. Noté que estaba dudando entre burlarse o seguirme el tren.

Una pareja que bailaba cerca nos echó una mirada furibunda.

—Callate que están tocando *La cumparsita* —acompañó las palabras con gesto adusto y solemne.

Con suavidad unió su mejilla a la mía.

—Me llamo *Dolly*... —dijo de pronto.

Ya tenía con quien bailar y para asegurarla me propuse demostrar que sabía tanguear. No me costaba llevar el compás lento y marcado. Seguía con docilidad admirable, siempre lista a los menores pasos o figuras.

La orquesta repitió el tango a los primeros aplausos. De nuevo, todos girábamos en la pista como en una noria gigante, la música brotaba de nuestros cuerpos. A ratos, nadábamos en una inmensa cuba de petróleo crudo, con lentos movimientos, con lento mirar, con lento alentar.

Los aplausos finales nos encontraron en medio del salón.

Dolly sonreía contenta.

Nuevamente la orquesta comenzó a tocar. Estaba a punto de rodearla con el brazo cuando me detuve. Por uno de los pasillos avanzaba una mujer cuyo porte y vestidura nada tenían que ver con el lugar; cuando se hubo acercado lo suficiente, exclamé:

—¡Georgette!

Tuve intención de correr a su encuentro, pero la vi titubear y, rehuyendo mi mirada, ofrecer sus brazos al hombre que la acompañaba. En sus movimientos embarazados comprendí que me había reconocido.

—¿La conocés a esa *franchuta* loca?

—No sé, no sé... Debe ser alguna muy parecida...

—¿Pero la llamastes por el nombre? Y esa es Georgette, la conozco bien.

No contesté. Comenzamos a bailar en silencio. Por sobre el hombro de mi compañera vigilaba a Georgette. Su pareja tendría alrededor de cuarenta años, y el pelo castaño claro comenzaba a ralearle en la coronilla.

—¿Tiene plata ese tipo?

—¿Qué tipo?

—¡Quién había de ser!... El que baila con Georgette —aclaré fastidiado.

—Parece que te mejora la memoria —chanceó, echándose a reír; luego, ante mi actitud, cambió—. ¡Sí, está forrado de billetes, con decirte que le ha puesto un chalet en Vicente López y la tiene cubierta de alhajas! Mirale el traje: modelo de Schiapparelli —hizo una pausa para insistir—. Entonces, ¿la conocías?

—Sí, pero, según veo, no la conocí lo suficiente.

¿Qué necesidad había tenido de inventar semejante historia? Con decirme «Mirá, entre vos y el otro me quedo con él porque tiene más plata y me puedo sacar todos los gustos», hubiera bastado. Era fácil y simple. Estaba harto de escucharlo en la letra de los tangos. Bernardo se burlaba de estas letras: del «hospital», de la *mina*, el *gavión*, el *bacán*, el *cafísho*, toda su jerga y prefería cantar canciones francesas; de estar a mi lado hubiera sonreído para decirme: «¡Estás convertido en un tangazo!».

—Acerquémonos.

—No, pibe. No hagás líos o vamos a parar todos a la comisaría.

—¿Líos? ¿Pero vos te creés que una como esa vale un lío?

Acentué con furia, deseando que Georgette escuchara.

—No sé, pero te lo estás buscando.

Cuando nos acercamos hasta casi rozarla, Georgette se estremeció.

La miré hasta forzarla a levantar la vista; la mantuvo un instante y quiso desviarla, luego, como vencién dose, me miró larga y tristemente.

Sin poderlo evitar recordé sus ojos en la Avenida Costanera; los ojos de Jeanne cuando me había pedido que la besara. En ese beso estaba el engaño que me enfurecía.

La orquesta terminó el tango. Aplaudí hasta que llegó el bis. Bailaba casi rozando las espaldas de él, mi cara vuelta hacia ella.

Los ojos húmedos le brillaban en la semipenumbra. Fuera de mí, pregunté en voz alta:

—*Dolly* ¿cuánto crees que puede costar esa pulsera de brillantes?

Georgette bajó la cabeza y con tono humilde rogó a su acompañante:

—*Mon ami*, salgamos, por favor, no me siento bien...

Los divisé alejarse. Se había echado sobre los hombros una capa espesa y crujiente.

Terminó el tango en un típico compás alargado. De nuevo se encendieron las arañas eléctricas.

Mientras caminábamos en dirección de nuestras mesas, dijo en tono displicente:

—Viene de vez en cuando, para encandilar a estas pobres diablas con sus brazaletes. No puede tomar otra cosa que *Clicquot*... Ya te podés dar cuenta el despatarro que arma en este *cabaret* de mala muerte con su pedido. ¡Es bien de las nuestras! —terminó irónica.

—Gracias, Dolly, siento haberte arruinado el baile... Creo que me tengo que ir; uno de los amigos está descompuesto. ¡Va a ser su primer cliente! —agregué sonriendo, como para disculpar la brusquedad con que cortaba la conversación.

Comenzaba a tener rabia en contra de mí mismo. Mi reacción, como si se aviniera al lugar y al ambiente, había sido baja y chocante; la de un fanfarrón; pronto me hallé buscando excusas. Debía ser la bebida; si no hubiese tomado tanto, otra hubiera sido mi conducta. Cuando leía que, en la guerra civil española, los hombres se arrojaban delante de un tanque para tirarle una botella de inflamables, lo comprendía perfectamente; tenía la certeza de que, en ocasión semejante, haría otro tanto; pero, a veces, me encontraba pequeño y miserable como ninguno.

Al llegar a la mesa, Silverio me hizo señas.

—Si no se despabila, vamos a llevarlo.

¿Puedes acompañarme?

Con Ireneo, casi colgado de los brazos, nos dirigimos hacia el guardarropa. Mientras esperábamos los sombreros, Dolly se acercó y tendiéndome la mano, como si se despidiera, me dijo:

—Aquí tenes mi número de teléfono. Si podés, llamame dentro de una hora. Tengo un mensaje para vos.

Sonreí; el truco me pareció muy gastado. En ese momento, me di cuenta que Dolly, no llevaba esos vulgares trajes largos, brillosos y mal cortados, que como uniforme usaban las otras bailarinas. Me asombraba lo poco que me fijaba en los trajes de las mujeres, salvo en la manera que les ajustaban los pechos.

Salimos. Eran las dos de la mañana. Llovía a cántaros, lluvia de verano. El cielo ennuado y turbio se desplomaba.

Cesó la lluvia y la luna llena, apareciendo entre los nubarrones que barría el pampero, barnizó las azoteas mojadas. Hubiera querido escuchar a las ranas y los sapos, pero San Rafael estaba lejos, a mil kilómetros, con sus alfalfares olorosos y el croar de las ranas y los sapos: nueces de cristal partidas en el silencio de la noche.

Mi madre me habría escrito pidiendo que rindiera otra materia.

Metí la mano derecha en el bolsillo del pantalón y saqué el papelito de Dolly. La letra, con su dirección y teléfono, a pesar de la prisa con que estaba trazada, tenía soltura y hasta cierta elegancia; no era la mucama con veleidades de artista o deseos de «vivir su vida», que imaginaba en casi todas las bailarinas de los *cabarets*. No entendía mucho de esto, porque rara vez pasaba del cuerpo. Ya veríamos; a las tres debía hablarle por teléfono.

En mangas de camisa me dejé caer sobre la cama, luego de retirar el diario que, cuidadosamente doblado, había dejado Manuela sobre el cubrecama floreado. Los

grandes titulares de la primera página se ocupaban de política internacional europea. ¡Qué distante vivía de estas cuestiones, que apasionaban a Bernardo, a Anselmo, y a casi todos los compañeros de la Facultad! Aunque siempre estaba listo para ayudar a mis amigos en las trifulcas que se armaban y donde más llovían los golpes.

Las ideas sólo me apasionaban cuando tocaban mi realidad, cuando podían entorpecer o disminuir mi vida. Este desapego por la política me venía desde casa, donde nunca fue vista como cosa muy limpia.

Miré el reloj y me desvestí de prisa; no era posible que fuera así, transpirado y arrugado, a casa de Dolly. La ducha helada me despabiló al borrar los efectos de la bebida y el cansancio.

Salí, eran las tres de la mañana. Por las calles perpendiculares al río llegaba un airecillo fresco. El ventanuco de María Elisa estaba a oscuras; debía dormir o quizás andaba «por ahí», con el tipo del automóvil.

—¡Bah! ¡Que le aproveche! Yo tengo a Dolly —comenté en voz alta como si intentara convencerme.

Desde un bar de la esquina de su casa, llamé por teléfono; contestó en seguida.

—¡Ah! Es usted... ¿Dónde está?

Recorrí la media cuadra despaciosamente, para dar tiempo que bajara a la puerta de calle. Me causaba gracia el repentino cambio en el tratamiento, como para hacerme notar que quien me invitaba a su casa era distinta. Prefería esto, me encantaban las mujeres que sabían guardar las formas hasta el último instante.

Ya en el ascensor, esquivó con soltura mi intento de besarla.

Creí que me llevaría a una pieza, en cambio entramos en un departamento minúsculo, con una amplia habitación que debía hacer las veces de sala de estar y dormitorio. Adelantándose a mi curiosidad dijo sonriente:

—Esa puerta, la cocina; la otra, el cuarto de baño; el resto lo ve. ¡Ah! 125 pesos mensuales, diez al portero, cinco de gas, tres de luz, más o menos...

—Parece que en este departamento se pasan con la luz apagada...

—Quizás; pero no crea que es tan fácil apagarla como usted —recalcó el tratamiento— va suponiendo.

—No supongo nada, pero creo en los corto circuitos.

—Mal electricista me está resultando.

—No crea, tengo buenas herramientas y sé emplearlas, insinué, mientras le ofrecía cigarrillos.

—¡Uh! Tiene un aire y una edad que no pasa de aprendiz —sonrió, mientras con ademán negativo me indicaba una cajilla de espejos.

Me molestaban estos «no» corteses. Mientras vivía mi padre, pocas veces me habían negado algo; si quería un reluciente tren eléctrico, que veía en el escaparate de una juguetería, me plantaba emberrenchinado hasta que optaban por comprármelo. Claro está, en cuestiones de amor Margarita me estaba enseñando que ese método no servía. Hasta me hubiera resultado imposible mantener con ella uno de esos

superficiales juegos de «agudezas», como acababa de dialogarlo con Dolly.

—¿En quién piensa? —preguntó, dejándose caer en una butaca y desdeñando ostensiblemente el lugar que le había dejado a mi lado—. ¿Cómo se llama?

Sacó de la caja un cigarrillo que, a causa de su precio, sólo fumaba yo cuando recibía la mesada.

—¿Cómo se llama quién? —pregunté, mientras le ofrecía fuego.

—La mujer en quien pensaba —contestó sin dudar.

—No tiene nombre... Es algo que yo he creado en mí, algo demasiado bello para existir o tener nombre.

Dolly bajó la vista como si tuviera necesidad de mirar los nerviosos golpes que con el índice daba en el cigarrillo.

Atrás de su cabeza, colgaba en la pared un óleo con marco dorado. Un viñedo entre montañas moradas.

Cediendo a un impulso, vino rectamente y alzándose la barbilla me besó. Volviendo al tuteo, dijo con dulzura que me asombró:

—Para que no te olvides de «ella».

Tenía los ojos húmedos. La mirada con asombrada insistencia.

—Perdonáme, debe ser el humo del cigarrillo. Además las mujeres somos tontas y sensibleras. —Sonrió nerviosa al agregar—. Especialmente por la madrugada y cuando hemos *empinado el codo*.

Hice ademán de levantarme. Tenía necesidad de besarla, necesidad imperiosa, como de pronto experimentaba la de besar todas las cosas buenas, puras o hermosas de la tierra. Más que deseo acatamiento, homenaje y orgullosa pleitesía.

—¿Es... Georgette? —preguntó para tenerme a raya.

—No, no es Jeanne. Necesitarías que te quisiera mucho para atreverme a pronunciar su nombre delante tuyo —titubeé temeroso de que pudiera interpretar mal las palabras— o de cualquiera otra persona...

Tal si ahuyentara algo de su cabeza, casi con rigor, preguntó:

—Entonces, ¿sabes el nombre verdadero de Jeanne?

—Sí, si ese es el verdadero.

—Me llamo Lucía Juárez.

Me puse en pie y dije el mío.

Lucía sonrió y, volviendo la cabeza, señaló con un gesto el cuadro con las montañas, al tiempo que decía con sencillez:

—Sé quién es tu gente.

Nervioso, como si hubiera puesto en evidencia a los de mi casa, atiné:

—Entonces, ¿tú eres de... por allá?

Aspiró profundamente el humo del cigarrillo.

—No hablemos de eso... Es una historia larga y vulgar... La de siempre en las personas que hemos sido algo que ahora ya no somos. Algún día te la contaré. No quiero ser como esas del *cabaret* que cuentan una historia, falsa o verdadera, al

primer venido.

Desde la cocina llegó el ruido de la pava de agua que hervía a borbotones.

—¡Mi Dios! Me hiciste olvidar que tenía agua en el fuego. ¿Querés acompañarme a tomar el desayuno?

Sin esperar contestación se dirigió a la cocina. A poco, el perfume del café fue llenando el cuarto. Siguiendo sus indicaciones, y mientras ella preparaba tostadas y vigilaba el primer hervor de la leche, ubicó en la mesa las tazas y un pote de mermelada.

Sentí defraudadas mis esperanzas, luego pensé que era mejor así. «Esto que creí aventura para un día, puede que dure más...»; me repetía.

Pocas veces había tomado un desayuno tan sabroso. Lucía reía feliz, satisfecha de que las cosas acaecieran según sus deseos. Picado, le dije con malignidad, mientras encendía su cigarrillo:

—Y todo esto... ¿de dónde sale? No sé para qué vas a un *cabaret* tan ordinario —dudé antes de hacer la pregunta—. ¿Alguien te...? —pero no pude; la palabra «mantiene» se cortó en mi garganta. Prefería parecer tonto antes que herir a quien no me atacaba. Se echó a reír, hasta que, al ver mi expresión de fastidio, se contuvo.

—Sí, Alberto, «alguien» que me pide muy poco; unas dos o tres horas por semana. ¡Ya ves: algo así como una cátedra de labores! —agregó para excusar con cinismo lo que le molestaba decir; luego, mirándome como si quisiera medir el efecto que causarían sus palabras continuó—. A veces, nos contentamos con hacer feliz a alguien que no amamos... —hizo una pausa—. Voy a ese *cabaret* de mala muerte porque no me gusta depender totalmente de nadie. Voy, porque allá una no piensa en nada y, luego, quizás allí encuentre el mejor antídoto contra los hombres: una los vé tan repugnantes, —hizo un movimiento nervioso al decir—: ¡O quizás te estoy mintiendo y me gusta que me abracen, que me echen el aliento en la cara, que sean tal cual ustedes son! Pero ya preguntás demasiado y nada del mensaje que tenía para vos —terminó, poniéndose en pie.

—¡Ah!, ¿pero tenías un mensaje?

—¡Caramba que habías sido *engrupido*! Para eso me hubiera bastado con decirte que te esperaba.

—A lo mejor no —agregué sonriendo.

Me divertía haberla sacado de las casillas; ella se dio cuenta pues volvió al tono amable para decir:

—Ya lo sé. Me han contado más de lo que te imaginas...

Tomó asiento en uno de los brazos de la butaca.

—Cuando Georgette salió del *Pekín*, volvió en seguida con un pretexto, y me pidió que te explicara todo... —hizo una pausa—. Mirá, lo que pasó es muy simple: se enamoró de vos. Y vos no sabés lo que es enamorarse a los treinta y pico. Tuvo miedo, vergüenza, por lo que pasó aquella noche de la patota... Ya lo ves: lo mismo que en los tangos, pero sin música. Una noche «conversamos». Estas cosas una

siempre tiene necesidad de contarlas; pero no hubo manera de que me dijera tu nombre. Ahora viene el cuento de hadas: una noche cayó el inglés y se fue acostumbrando a ella. A Georgette le daba lo mismo cualquier cosa; la cuestión es que a la semana se la llevó a su casa ¡sin haberla tocado aún! Vos sabrás que primero viene el agradecimiento, luego la simpatía, la camaradería y por fin algo parecido al amor que termina siendo amor. El *inglés* es un tipo macanudo, la trata con una amabilidad a la cual la pobre no estaba acostumbrada. No puedes saber lo que estas cosas significan para nosotras. No; eso no lo puedes entender todavía... Bueno, ¿qué más? El lo sabe todo, pero la quiere tal cual es. ¿Comprendes eso? —Me miró burlona y continuó—. No, eso es difícil de comprender para los criollos...

Desde las primeras palabras sentí necesidad de agachar la cabeza, avergonzado de mi actitud en el *cabaret*. Luego, sin saber cómo, experimenté sensación de bienestar, hasta de placer. Ese pobre amor de Georgette halagaba mi vanidad, pues me engrandecía ante Dolly. Lo veía claramente en sus ojos.

Quedamos en silencio.

Apagó la colilla y, con lentitud, se dirigió hacia la llave de la luz. Me estremecí al quedar a oscuras. Fue como si se hubiera echado en mis brazos. Escuché sus pasos y el chirriar de las argollas del cortinado.

El amanecer dio distinto color a su cara y a mis manos.

—Ya es tarde Alberto...

Me levanté y apagué el cigarrillo que restó convertido en una viruta blanca al lado del suyo; ella permanecía apoyada contra los vidrios mirando hacia la calle.

Me extrañó no haber escuchado el grito del diariero.

Al empuñar el pestillo de la puerta, Lucía se volvió, como si recién se apercibiera de mi partida, y cruzó la habitación con pasos decididos. Ya en el vano de la puerta me tendió la mano, que tomé con fuerza; leve intento de retirarla, luego, cediendo, presionó la mía:

—¿Nos veremos otra vez?

Lucía sonrió. Se había recuperado de inmediato.

—¿No tienes mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono?

—Sí, pero...

—Hasta pronto —soltó mi mano.

Hice ademán de dirigirme hacia el ascensor. Me tomó del brazo; mirándome con extrañeza soltó a boca de jarro:

—¿Te quieren mucho las mujeres?

No supe qué contestar; contenta de la ventaja, prosiguió:

—¿Sabés por qué te quieren las mujeres? ¡Qué vas a saber! ¡Si no te das cuenta que tenés, en un corpachón de hombre, una asombrosa alma de niño!

Quedé aturdido mirándola. Como si tocara algo frágil, poniéndose de puntillas, me besó. Reaccionando la apreté entre los brazos. Con suave ademán me apartó:

—¡Hombre! ¡Esto es para el niño!

Ruido del pestillo; ante mis ojos quedó la puerta de madera lustrada con una letra H de metal sobre la mirilla.

Sirenas, pitos, campanas y bocinas, atronaban el espacio anunciando la llegada del año nuevo. Levanté la copa, tintinearón los cristales. Creció el murmullo en el salón y, con fuerza de ola que rompe en la escollera, apareció el nombre de Margarita; fue el primero. No le deseé nada. Ya principiaba a sumirme en éxtasis su sólo nombre.

Mi mano quedó alzada; punto de sostén y atadero a todas las imágenes que se mezclaban en mi cabeza.

Bernardo estaba más lejos que nunca; había recibido una postal suya desde una de las plantaciones de yerba mate que la Compañía Bence y Lorn poseía en Misiones. Allí permanecería hasta mediados de setiembre.

Escuché la última campanada de la Torre de los Ingleses; sonaban los pitos y las matracas entre la gente que bullía en el salón decorado con exceso. Hubiera sido más feliz con Margarita, sentados en un banco de la plaza, sus manos entre las mías, como para afirmar que todos los años de mi vida, estaban en sus manos. En cambio, estaba allí, en esa fiesta a beneficio de la «*Pouponière del Bajo de Belgrano*», invitado por mis parientes, y enjaretado en el *smoking*, que temía oliera a naftalina a pesar del perfume con que *Madame* me había «regado».

Me placía sentirme rodeado de esas personas que discurrían por los salones con aire suelto y hasta desenfadado, que miraban con dejo apenas perceptible de insolencia; pero ya no me importaba estar puesto que podía hacerlo; además, en el brillante espectáculo privaba algo de convencional y artificioso. Sin embargo, era preferible esto a quedarme solo en el Hotel, a causa de que mis amigos y compañeros habían partido para festejar el año en sus casas.

Pasó cerca de nosotros una mujer de largo y floreado traje de raso. Algo, que no supe precisar en el primer momento, me produjo un estremecimiento. El dibujo de la tela de su vestido semejaba al de las caléndulas de mi cuarto y del de María Elisa; apreté con fuerza el pie de la copa, molesto por haberme acordado de ella recién y de manera tan incidental.

—Por quienes piensas... —dijo mi prima, levantando la suya.

Aprovechando un momento sin compañera, salí a uno de los pesados balcones de mármol que se abrían sobre la plaza San Martín; desde allí, el salón de baile parecía el *hall* de una estación terminal. Le volví la espalda para mirar las altas copas de los árboles.

Experimenté irresistible necesidad de abandonar la fiesta, de salir.

A poco, caminaba por la calle. Eran, recién, las dos y media de la mañana. Margarita estaría en su casa con ese feo cerco de alambre tejido, que ella despreciaba pues quería tener una gran reja de hierro forjado, como la del palacio de los Errázuriz. Quería demasiado las cosas bellas o caras. Esto lo había pensado alguna noche en que, tomando el tren, iba a hacer guardia silenciosa cerca de su casa; rondaba por la manzana, feliz de saber que ella dormía a pocos pasos. Me bastaba con esto y si, por

un absurdo, ella hubiera aparecido en esa calle de feas casuchas, me hubiese ocultado. Poco a poco, su pueblo, ya no era nada más que el de Margarita y todas las casas feas, blancas y cuadradas, que pululaban en algunos pueblos suburbanos, igual que moho brotado en las paredes de las fábricas en cuyo derredor estaban construidas, me llenaban de emoción, pues eran feas y pobres como la casa de Margarita.

Aceleré el paso para cumplir la promesa de tomar una copa de champaña con *Madame* Listenois, que había esperado el año con su hermana, Isabel Mexía y la Marquesa de Miranda, en la habitación de la señorita Sambroselli, quien las había invitado, para contemplar desde su ventana del primer piso la algazara de la avenida y leerles su anunciado poema: «Loemos al año infante». Pasaban autos repletos de gente que cantaba y reía. Recibía el motivo musical, pero el canto se perdía en mis labios.

Sobre la capota de un viejo auto de alquiler, iba sentada una pareja; tuve la sensación de que habían esperado hasta llegar enfrente de mí para besarse. Otros, mujeres y hombres que viajaban en el mismo coche, gritaron: ¡Feliz año nuevo!

Apenas tuve tiempo de alzar mi mano. Ya no sentía el olor a naftalina de mi *smoking*. No lo había usado desde aquel concierto de Toscanini en el Colón. Como si esta noche de Año Nuevo tuviera algo de aquella en la cual la música de Wagner — tan admirado por Bernardo— se había posesionado de mí, sentía de nuevo que los violines me penetraban con fuerza de huracán, para luego dejarme flotar mansamente, hasta que, como si la orquesta jugara conmigo, estallaba de pronto la algarabía de los instrumentos de percusión, en lucha mansa o desesperada con flautas y oboes que bordaban un tema ternísimo. Prietos los carrillos, temblándome las manos, había asistido a este desbordamiento de mí mismo, que me erizó cuando estalló una ovación tan clamorosa y delirante como no la había escuchado nunca.

Me prometí volver al día siguiente; pero ese día no llegó nunca. Esta sensación no lograba dominarme. Era como si le faltara un cuerpo o una vida que compartía en el cuerpo de los demás. No podía compartir las cosas que amaba.

Cuando entregara mi vida —me repetía en esos mudos propósitos que renovaba en cada año nuevo— sería con renunciamiento a lo demás.

Los rugientes aviones, que pasaban sobre el valle de Potrerillos, no podían usar su impulso más que en una sola dirección, de no se hubieran destrozado. Me sentía semejante a ellos, no podía disgregarme. Me placía que bramaran mis motores en medio de la tempestad; voluntariamente o cediendo a su atracción, los guiaba a esos oscuros pozos de aire, que se formaban en las quebradas de las montañas o en las calles de la ciudad y sacaba placer inmenso de esa lucha despiadada y curiosa con mi propio cuerpo. Creía, con pasión, que era más santo el perdido que luego llegó a San Agustín, que San Luis, el candoroso príncipe de Gonzaga.

Sin darme cuenta, había llegado a la Avenida de Mayo, donde pululaba el gentío.

Muchas caras alegres sonreían al menor motivo, como si, de haberse atrevido,

estuvieran listas para gritarme: ¡Feliz año nuevo!

Al llegar a la bocacalle correspondiente a la esquina más alejada del Hotel, me vi envuelto en un grupo de gente que salía de una confitería. Una de las mujeres, mirándome con sonriente desparpajo, dijo a boca de jarro: «¡Feliz año, *churro!*». Eché a reír al pensar que debía estar ruborizado. A pesar que me halagaba escuchar estas cosas, no me acostumbraba a recibirlas fríamente.

Al salir del grupo que se alejaba, casi di contra un auto largo, azul oscuro que reconocí con asombro. La portezuela delantera se abrió; retrocedí para dejar espacio, y desde el vehículo bajó María Elisa, recogiendo con su mano izquierda el largo vestido de noche; un chal de tul le abrigaba el cuello y los hombros desnudos; dos camelias le adornaban el pelo arrebuñado en alto. El auto partió.

Apenas se estremeció al verme; fue como si nos hubiéramos citado, después de meses de vecindad, de vivir a la par, lado a lado. Su expresión era semejante a la mía. Teníamos la misma noche, vacía y hueca, en los ojos.

—¡Feliz año nuevo!, María Elisa —le dije simplemente.

—¡Feliz año nuevo! —contestó.

Como si lo hubiera rogado, mi mano se apoderó de su brazo. Sentí con absoluta certeza que, por alguna oculta razón, era mía, entrañablemente mía y la atraje. María Elisa titubeó un momento y, luego, se plegó con mansedumbre; como se une, costado a costado, un barco más pequeño remolcado a la par por otro más potente. Su mano cayó dentro de la mía como un pájaro en la trampa.

Apreté con furia; quería borrar cualquier recuerdo que hubiera dejado «el tipo del automóvil». De reojo vi que volvía la cabeza hacia mí; pero no dijo palabra; sin embargo, me pareció que, de nuevo, escuchaba esas oídas a través de la pared y que se habían pegado como una lapa a mi memoria: «... ¡tómalo y andáte con él! ¡Quedáte siempre con él...!». Tenía la intuición de que ella las repetía aún con mayor ansiedad. El aire cálido de la noche, el bullicio de la gente alborozada, el calor de los cuerpos y de los motores, nos creaba un mismo ambiente, una misma salsa donde nadaban nuestros cuerpos. «Caldo de cultivo», llamaba Ireneo a algo semejante en microbiología. A veces, yo mismo me había encontrado acariciando inconscientemente el tibio respaldo de cuero del asiento en el tranvía.

—Llegamos...

—Llegamos —repetí mecánicamente.

Nunca me habían parecido tan largos, espesos y gelatinosos los metros de esa porción de cuadra. Llegar hasta la puerta de su casa; allí algo se decidiría, por un nimio ademán, por un pequeño gesto, por un silencio ahogado. Todo podía sen Equilibrio del trapecista al que se le cierra la sombrilla.

Miró como si en plena calle, bajo la marquesina de hierro con sus cristales sucios, se hubiera rasgado, de arriba a abajo, el vestido de raso que le ajustaba el busto y, entallándola, se abría volandero en las caderas. Comprendía lúcidamente que esperaba, quedé impávido.

Inclinó la cabeza; mientras buscaba el llavín en su cartera, las dos camelias de su tocado quedaron a la altura de mi boca.

Golpeó el pestillo en la cerradura, se abrió la pesada hoja de la puerta haciendo restallar el cristal que brillaba tras los barrotes y florones de hierro.

Seguí tras ella; se detuvo un instante en la semioscuridad del zaguán. El último intento de repulsa a sí misma; mientras con suave empujón cerraba la puerta tras de nosotros, volví a tomarla del brazo. Ya no supo resistir.

Frente al ascensor el aire húmedo y con leve olor a rancio, que bajaba por el hueco de las escaleras, me atufó. Las sienes me golpeteaban, hubiera podido contar las pulsaciones.

Mientras subíamos, tomé de nuevo su mano; nuestros dedos se entrecruzaron ajustándose con avaricia. Su palma cosquilleaba la mía.

Tenía miedo de hablar, una palabra bastaría para quebrar el sortilegio. El ascensor detuvo la marcha, me miró a los ojos sólo un instante; un chispazo. Con torpe movimiento de la mano libre, simuló arreglar sus flores.

Tintinearón las llaves antes de que encontrara el ojo de la cerradura en la puerta del departamento; miraba fascinado la nuca blanquísima iluminada mortecinamente por la luz del ascensor.

Al verla moverse al alcance de mis brazos, al sentir su aliento y el olor de su cuerpo, mi vista sorbía ansiosa los detalles, como si esta escena, que había imaginado tantas veces y que tenía ya por imposible, pudiera esfumarse de golpe, tras las caléndulas anaranjadas de la pared.

Recorrí el pasillo a oscuras, más que de su mano, guiado por la atracción de su cuerpo que me precedía. De pronto se volvió para sisearme; a través de los vidrios opacos de la puerta del último cuarto, la luz iluminaba el comienzo de la escalerilla de hierro que llevaba a su habitación.

Apretando con fuerza las mandíbulas, subí sin escuchar mis pasos; sólo se oía el gotear de una canilla mal cerrada.

Su pieza estaba abierta. El resplandor de la calle iluminaba apenas el techo acanalado. Estuve a punto de decir cualquier cosa, no importaba cuál, con tal de disimular la torpeza de la escena que debía llegar irremisiblemente. En vano. Miraba con dolorosa ansiedad, como si al estar quieto a su lado la sometiera a calculado tormento. Quizás hubieran bastado unas pocas palabras para poner en marcha mi cerebro embotado por el deseo, la bebida y el calor, pero sólo atiné a susurrar su nombre con voz ronca y ahogada.

Mis dientes chocaron con sus labios; me pareció que se deslizaban sobre el *rouge*. Gusté el sabor dulzón y perfumado.

Sus ojos se tornaban blancos, lechosos. Echó hacia atrás la cabeza como si necesitara espacio para respirar; luego, volvió a adelantarla y mis labios abarcaron los suyos.

Mientras la sostenía por el talle, con la otra mano cerré la puerta. Palpé la hoja de

madera; allí estaba el pequeño cerrojo igual al de mi pieza; lo corrí y, como si mi mano hubiera estado mucho tiempo en inútil menester, la volví con ansiedad hacia su cuerpo.

Con la seguridad del instinto enardecido, fuimos retrocediendo. Incrustada en mi cuerpo, seguía mis impulsos.

¡Había imaginado tantas veces este momento! La veía en la calle, como la primera vez, reflejada en el escaparate de la casa de artículos para hombres en la planta baja del Hotel. Vi, nítida, su cara al subir en el auto; entonces, comencé a besarla, como si quisiera borrar todos los recibidos de esa boca que imaginaba donde hoy estaba la mía. Había visto, entonces, sus piernas traslucirse a través de la malla sedosa de las medias, y las apreté para que, desde ese mismo instante rencoroso y ávido de desquite, supiera que esas piernas suyas serían mías.

Un suspiro fatigado cortó el silencio. Despeñado en medio de un valle. De nuevo, ese ruido débil, semejante al sonido de una remota sirena de barco, que por las noches escuchaba en la ciudad. María Elisa volvió a suspirar; recobraba aliento y quizás decisión, para algo difícil. Debía experimentar necesidad de reprocharme para excusarse a sí misma. Sólo faltaba que soltara a llorar.

—¿Qué pasa?

Se estremeció como bajo un latigazo; en tono semejante al mío, contestó:

—Nada.

Sin desearlo ya, mi mano rozó su cuerpo.

Instantáneamente recordé a Margarita. Sus ojos mojados en lágrimas, su mirada reprochante y casta. Había aprendido en sus ojos claros y menudos algo nunca visto: una mansa pureza que desconcertaba mi cuerpo sensual.

—¿En qué piensas? —dijo, de pronto con mansedumbre.

Aquel tono, que parecía brotar de mis pensamientos, me fastidió en lugar de calmarme. Su voz era burdo remedo.

—En nada —corté secamente.

María Elisa calló. Brotaba de mi cuerpo satisfecho rencor incontenible por ese otro que, ahora, pretendía perturbar la imagen de Margarita.

Deseos irrefrenables de escapar llevando en un atado mi ropa que había diseminado por el cuarto.

Como si de nuevo adivinara, dijo, con voz sin matices:

—Si quieres vestirme, sería mejor. Temo que se le ocurra venir a alguien...

Al incorporarme, ella cortó el movimiento para besarme. Tenía la boca tibia y casi viscosa.

—¿Quieres que encienda la luz? —preguntó.

—No, no es necesario.

Me di cuenta que no podría soportar el espectáculo de la cama revuelta.

—Tienes razón; es mejor —comentó, con voz de mujer cansada por haber salido de compras un día de liquidación.

Mientras me vestía de prisa, comencé a pensar que para María Elisa esto debía ser cosa común. Quizás temía que llegara «el tipo del automóvil azul».

A punto de decírselo, me contuve. ¿Sería posible que María Elisa no hubiera estado nunca con un hombre? Me resistía a pensarlo; resultaba absurdo. No podía ser, de lo contrario ¿cómo se quedaba tan tranquila? Ninguna mujer obraría de semejante manera. Me irritaba el botón del cuello que se resistía a los dedos nerviosos. ¿Sería posible que María Elisa?... Tuve intención de preguntárselo pero callé ante la idea de que pudiera reírse de mi inexperiencia. Sólo había tenido mujeres que antes pertenecieron a otros; como debía sucederle a Eusebio a causa de que continuamente se jactaba de lo contrario.

La excusa de su probable risa, me pareció excelente para librarme de futuras preocupaciones. Luego, ¡qué me importaba! María Elisa era lo suficiente grande para saber lo qué hacía. Siempre con mis excusas. ¿Por qué Bernardo no usaba excusas y atropellaba rectamente aunque lo hicieran pedazos?

—Bueno, María Elisa —comencé buscando la manera de salir—. Me llamo Alberto Aldecua. Ya sabés donde vivo...

—Si, ya sé, al lado —contestó fríamente.

—Si quieres que nos veamos... otra vez —inicié dulcificando el tono y ya más tranquilo; luego, de nuevo a la defensiva, proseguí—. Es decir, yo te llamaré cuando... cuando vuelva de las vacaciones. Me voy pasado mañana, en cuanto rinda, en el *Internacional*... —Nervioso, agregaba detalles innecesarios. Su silencio me avergonzaba.

El alba principiaba a dar relieve y color morado a las caléndulas del empapelado. Quedé un instante sin saber qué hacer al verla ovillada bajo la sábana, las manos una en la otra y descansando sobre los pechos. Tuve ganas de decirle lo que había significado para mí, de echarme a su lado y contarle todo; pero faltó un impulso mínimo. Miedo de que me creyera un sentimental y callé.

Apretando las mandíbulas, incliné la cabeza y la besé en una de las mejillas. Con movimiento alerta tomó el pañuelo, que había sacado para limpiarse el colorete de los labios, y, pacientemente, como si ejecutara una tarea mecánica, limpió las manchas que me había dejado en la cara.

—Ya puedes irte tranquilo. La puerta se abre sin llave, desde adentro.

Al trasponer la de su habitación escuché nuevamente:

—Adiós, Alberto... Que tengas un feliz viaje.

SEGUNDA PARTE

Sonrió con amargura que ya no se molestaba en ocultar.

Con desgano arrojó el sombrero en uno de los butacones; además de muchacho a quien no importa cómo ha de caer, y tomó un cigarrillo. En la tapa de espejillos de la cigarrera se reflejaron sus ojos grandes y cansados. Terminó por dejarse caer en el sofá, estirada, sin preocuparse de lo que pudiera pensar de ella.

—Tuvo suerte Jeanne...

—Sí, mejor suerte que nosotros —contesté en el mismo tono.

De nuevo quedamos en ese silencio intermitente que se prolongaba desde la estación ferroviaria.

—Me hubiera gustado casarme así, en una iglesia chiquita, una tarde cualquiera; y que estuvieran cinco o seis personas felices... y cuando me casé ¡bah!, era una estúpida de quince años. La gente decía que estaba vestida de primera Comunión... Nunca debíamos casarnos tan jóvenes...

—Ahá —fue todo mi comentario.

Jeanne había sido muy dichosa esa tarde. Me bastó con una mirada suya, franca, leal, para comprender su nuevo mensaje. Amaba a ese inglés alto, feliz y torpe en los movimientos como toro de raza. Ray Midleton, era más hombre que yo, más asentado, y tenía sus millones para alzar los hombros a lo que dijera la gente.

—¡Ocho meses!, Alberto. Ocho meses y medio que nos conocemos...

Pensé fríamente que habían pasado esos ocho meses. Qué me importaban si yo había esperado durante años a Margarita.

—Yo tuve la culpa —prosiguió Lucía—. No supe esperar. Cuando volvistes de las vacaciones, te vi tan tostado, elástico como esas cañas tacuaras de por allá. ¡Y apenas si me mandaste una postal! «Un fuerte abrazo en recuerdo de un sabroso desayuno». Y la postal ¡cuándo no!, vanidoso y pagado, con la foto de una avenida que tiene el nombre de tu abuelo. Te escribí dos cartas, pero claro está, el *patroncito* no tenía tiempo de contestar. Tendría tantas *chinitas* para arrastrarles el ala...

—Lucía —corté fastidiado—. Ya te he dicho lo que pasa. Bien sabes, lo supistes siempre, que quiero a...

Callé en seco.

—Sí, ya sé, ni siquiera soy digna de saber el nombre de esa maravilla. ¡Me gustaría que te saliera una de esas *plumas* que hacen época! ¡La señora de Aldecua!

—Si sigues en este tren ¡me mando a mudar! —interrumpí, saliéndome de las casillas.

—Perdoname Alberto. Ya sabes que te voy a pedir disculpas. De eso estás seguro. Ya sé que sólo yo tengo la culpa... Y yo la tengo, porque no supe hacerme desear como les gusta a los hombres.

Conocía al dedillo estos arrebatos de Lucía y la dejaba desahogarse, mientras en silencio, y como especie de desquite, me ponía a repasar estos meses, desde finales de

marzo, que habían sido para mí de felicidad increíble. En verdad, no sabía cómo se habían escurrido pues, a la vuelta de mis vacaciones, a los pocos días, ocurrió el *milagro* que había meditado en sus menores detalles.

Todos los días, menos sábados y domingos, Margarita iba a la academia donde aprendía dactilografía y taquigrafía. En las siestas de San Rafael, apoyados los codos cerca de un libro de estudio, que no veía, había ideado la más variada colección de encuentros casuales, esperarla cerca de su casa o en la puerta de la academia, resultaba demasiado ostensible. Ya en Buenos Aires, esos días me vestía de prisa, luego de la clase de gimnasia, y, sin atender invitaciones de camaradas, corría a la estación Retiro.

Merodeaba por los andenes mirando a cada momento el gran tablero que señalaba el horario de los trenes. Si ella salía de la academia a las 8, era posible que, tomando el *subte*, llegara a los diez minutos.

Rondé en vano el primer día. A cada mujer de silueta parecida a la suya, el corazón me daba un vuelco.

Dos veces más esperé sin resultado; en la última, ya me sentía dispuesto a encarar a los de su casa si fuera necesario.

Las manecillas del reloj caminaban con desesperante lentitud, hasta que, de pronto, cuando estaba por salir el tren, deseaba que se detuvieran.

Dos o tres minutos antes, el compresor de los frenos se ponía en marcha, trepidaba a la par de mi pecho; por momentos creía que había llegado a condicionarlo al ritmo de mi sangre. El ronronear metálico se apagaba un instante en el esfuerzo del arranque y, luego, se transformaba en rugido feliz que llenaba las inmensas bóvedas.

Al verlo desaparecer en la oscuridad, las manos me quedaban vacías.

Poco a poco, cuanto veía en la estación comenzaba a tomar nuevo sentido, era como si en cada cosa Margarita hubiera dejado algún rastro de su paso. Quizás ella, mientras esperaba el tren, luego de recorrer los kioscos comerciales, se hubiera detenido ante esa vitrina que encerraba un modelo de locomotora, que por una moneda se iluminaba y ponía en marcha el complicado mecanismo. Algo de su mirada, como una tibia pátina, debía quedar en esa locomotora de juguete.

De pronto, entre la baraúnda, había escuchado una risa que me paralizó.

Margarita pasó a mi lado, casi rozándome el codo. Reía con un hombre que la llevaba del brazo. Pasó sin verme, y se dirigieron hacia la confitería.

La estación se hundía desventrada. Un convoy, que entró en esos momentos, hizo trepidar los vidrios.

Comencé a caminar en dirección al puerto.

En los diques vecinos, los transatlánticos se apiñaban, proa contra popa, como animales encelados. Un reflector enjaulado colgaba desde la popa de un pesado navío aclarando las aguas turbias. En casi todos los carteles leía: *Keep the wheler* y, más abajo la traducción en castellano: «Cuidado con las hélices». Margarita debía tomar un copetín. Los tobillos me tambaleaban sobre los adoquines desaparejos.

Una locomotora pasó arrastrando, entre blancos penachos de vapor, un largo tren de carga; el resplandor de la caldera iluminó el pasto que brotaba entre los durmientes gastados y, a un costado de la vía, alcancé a divisar un perro muerto. La panza hinchada, a punto de reventar, raleaba la pelambre como la cabeza de un hombre que comienza a quedar calvo. El tren pasaba con lentitud por la zona aduanera del puerto. Cada espacio vacío entre dos vagones, me invitaba. La cabeza aplastada ensuciaría las ruedas de los coches. El tren pasaba lentamente; adelanté la mano y me golpeó uno de los ganchos que formaban las escaleritas para subir a los techos de los vagones. Margarita debía tomar el *vermouth* con ese individuo desde mucho tiempo atrás. Bastaría sentirse más solo, más bestia abandonada. El último vagón pasó arrastrando sus cadenas de enganche, mientras el guarda balanceaba el farol de señales en la plataforma trasera.

Decidido, eché a correr en dirección de la confitería. A medida que corría se me enardecía la sangre.

Entré; el furor y la desesperación me hacían temblar el cuerpo. Algunos parroquianos miraron con extrañeza; sólo vi que Margarita no estaba.

Dando un portazo, corrí al tablero anunciador, llegué a la plataforma con el tiempo necesario para treparme en la última portezuela del tren que arrancaba. No sabía por qué tomaba ese tren hasta su casa. No sabía nada; pero me atenaceaba la necesidad de verla, de hablarla.

Excitado, caminé unos metros por el pasillo del vagón y me dejé caer en un asiento, sin importarme de los que me rodeaban, caí poltronamente y, cerrando los ojos, respiré hondo. Ya estaba decidido: iría a su casa y hablaría con su padre, su madre o el mismo diablo en persona.

El aire fresco de la noche fue calmando mis nervios. El traqueteo del tren, se asoció al del que ese verano me había llevado a Mendoza.

El cordel de mi vida trenzado con las de todas las personas que me rodeaban en Buenos Aires se destrenzaba. Desaparecían inesperadamente, y yo colegía que a estas las quería menos. Lucía se deshilaba apenas traspuesto el límite, Georgette persistía un centenar de kilómetros, y el recuerdo de la noche con María Elisa se aferraba al hilo tenso e irrompible de Margarita; sobre todos ellos, como la capa protectora y aislante de un cable, me seguía la sensación calma del cariño de *Madame* Listenois, de la amistad de Bernardo.

Experimenté deseos de deslizarme por el lustroso cuero del asiento. Dentro de pocos minutos la vería de nuevo. Esto sería definitivo.

Me disgustó pensar que esa mujer, cuya silueta había vislumbrado sentada frente de mí, debía estar riéndose de mi cara de beatitud.

Cabeceó el coche en un recodo de la vía. Una ráfaga de aire húmedo y fresco me llegó a la cara; cruzábamos entre los jardines de Palermo y el Hipódromo. Aspiré profundamente. Entreabrí los párpados. Me pareció que en la mujer se delineaba confusamente la silueta de Margarita. Rechacé la ilusión óptica, luego, como

recapacitando, abrí los ojos con ansiedad.

Margarita había estado allí desde el comienzo.

Sentí como si alguien, metiendo el puño bajo mi esternón, me diera un golpe.

—¡Alberto, cuánto tiempo! —murmuró en tono calmo, mientras me tendía las manos.

A duras penas me contuve y quedé mirando, sin pestañear, sus ojos claros que, ante mi asombro, se fueron humedeciendo.

Así había comenzado *el todo* para mí. Luego hasta la noción del tiempo se había trastrocado.

—¿Pensás quedarte mudo toda la tarde? —cortó Lucía, con tono agrio.

—No estoy mudo. Estoy pensando.

—¡Caramba! Estás importante. ¿Si te parece bien voy a cambiarme de traje?

—¿Te molesto? —contesté con el mismo tono.

—¡Hombre, no faltaba más! Puedes seguir en tu meditación.

Sin moverme del butacón, encendí otro cigarrillo, mientras Lucía, a mi espalda, abría el *placard* donde guardaba sus trajes. No me importaba lo que pudiera pensar, yo tenía a Margarita. Me importaba menos aún que María Elisa, a quien no había vuelto a ver desde aquella noche de Año Nuevo. En verdad la había visto pasar frente a la puerta de mi Hotel y ni siquiera me había mirado; como si nunca nos hubiéramos conocido. La primera vez tuve intención de acercarme, pero me contuvo la vergüenza de aquella noche tan baja. Después de tocio, María Elisa era tal cual la imaginaba: una mujercita que se entrega, porque sí, en una noche de Año Nuevo. Si fuera otra cosa ya hubiese tratado de verme. No tenía más que golpear la pared.

Debía confesarlo, algunas noches experimentaba deseos de golpear esa muralla, pero ¿con qué fin? Margarita ocupaba mi vida, y Lucía me daba lo necesario a su manera; en verdad, a mi manera. ¿Es que acaso el amor podía nacer, vivir y morir, en una noche? Quizá Bernardo podría contestar mi pregunta; pero Bernardo, perdido en los yerbatales de Misiones, ya no me escribía más.

Sin embargo, me decía que cuando Bernardo regresara volveríamos a ser tan amigos como antes; con esa apasionada amistad que a los quince años comenzó siendo amor; pues lo había amado recelosamente, pero ¡de qué distinta manera a la que ahora amaba! A veces temía que al encontramos, fuéramos dos desconocidos. Algún resorte, cuya calidad no lograba precisar, se había roto entre nosotros. No quería pensar demasiado sobre esto; temía descubrir algo que pudiera afrentarme. Luego sentía ganas de reír de mis temores, como Bernardo reía de todas *sus cosas*, con dejo de amargura que yo no podía aceptar.

Todo mi temor se concentraba en Margarita.

Pero ¿es que acaso existía Margarita o era una invención mía para amar sin tasa ni medida?

Esto me lo preguntaba, en cualquier momento en que estaba solo; y ya no tenía la seguridad de su existencia hasta que ella paseaba conmigo en una plaza, su mano

dentro de mi mano.

La ciudad era nueva, distinta, desde los cimientos hasta las torrecillas de pizarra. No había ya, en todo Buenos Aires, más que calles donde había besado a Margarita; lugares y más lugares, que tenían la tersura de sus labios.

Corríamos así la ciudad, para descubrir bares, restaurantes, donde nadie pudiera vernos; donde nadie pudiera quitarme un instante de estar solo con ella.

—¿Todavía? —interrumpió Lucía, viniendo a sentarse en el sofá. La miré con repulsión; por chocarme, sin duda, se había puesto el traje que usaba la noche en que la conocí en el *Pekín*.

—¿No has sido feliz conmigo, acaso? —preguntó.

Al pronto, no supe qué contestar. Ni lo había pensado siquiera.

—Sí, quizás —contesté, dolido por el tono de su voz.

—¡Preferiría que me insultaras! —cortó tajante; luego, con voz en la que mezclaba rencor y desesperación, continuó—. A veces quisiera sacarte a golpes esa impasibilidad de ausente, que me crisa los nervios. —Calló; luego ahogando un sollozo, prosiguió con dulzura—. Perdonáme... Ya sé que no merezco nada; pero ¿quién tiene en la vida lo que merece?

Dejó de hablar y comenzó a reír. Hizo un esfuerzo, como si pasara un bocado demasiado grande, y, levantándose, trajo una botella de *whisky* y dos vasos; luego, con la misma prisa se dirigió hacia la cocina. Escuché el golpe de la puerta del refrigerador y, a poco, apareció con un sifón y el baldecito con hielo.

—¡Por la Señora de Middleton! Por nuestra Jeanne, ¡qué sea muy feliz! —brindó Lucía.

De nuevo vi el largo tren que en esa tarde de invierno había partido hacia Bariloche, con Jeanne los ojos llorosos de felicidad. Nunca me había parecido tan atrayente.

Llené de nuevo los vasos, ante la mirada interrogante de Lucía.

—Por Lucía. Para que encuentre, como Jeanne, lo que ella merece.

—No —hizo una pausa para beber—. Yo ya tengo lo que merezco. —Con movimiento brusco del que, de improviso, recuerda algo por hacer, dejó el vaso, miró el reloj pulsera y exclamó—. ¡Las siete! Tenés que irte, ya sabes que viene lo que Lucía merece...

Quise decir algo, aunque más no fuera mirarla, pero me esquivó.

Bajé lentamente por la escalera. Estaba triste sin saber por qué. Quizá la cara demasiado feliz de Jeanne.

El aire de la calle era desusadamente caluroso. La tormenta de Santa Rosa no podía faltar. ¡Qué podían importarme las techas! Ya estaban señaladas por los días en que podía ver a Margarita; los demás carecían de importancia. Hasta la Facultad me importaba poco; no tenía interés en escuchar esas tediosas conferencias que, salvo las de algunos maestros, dictaban la mayoría de los profesores; pero, en cambio, no perdía los mitines en los cuales hablaba Anselmo Landajo, trepado en un cajón, el

sedoso pelo despeinado, los puños cerrados en alto, los ojos chispeantes. Hablaba desde una esquina y el pueblo lo seguía con pasión hasta que, la mayoría de las veces, el escuadrón de seguridad daba fin a sus arengas, entre gritos y rechiflas.

Si Margarita hubiera estado en la multitud sableada y corrida, si alguno la hubiera tocado solamente, hubiese saltado a la grupa y su garganta no se habría librado de mis manos mientras viviera. Pero Margarita estaba lejos de estos lugares.

Venía de otro mundo para estar conmigo. Esto era suficiente. A veces pensaba que, si averiguara, peligraría esta felicidad. Me bastaba con permanecer, como a veces, tornados de las manos en un banco de la Plaza Lavalle casi ocultos entre las plantas, sus ojos llorosos por una suerte de inexpresable ternura que me hacía daño en el pecho. Sentía, entonces, mi alma tan tensa y flameante como la bandera que coronaba, a nuestras espaldas, el frontis greco-romano de una escuela.

Sin darme cuenta había llegado hasta el barrio de los cines, en los cuales terminaban las secciones de la tarde.

En vano quise apresurar el paso; por la calle Esmeralda, y en sentido contrario, bajaba la gente de los cines de la calle Corrientes.

En rebaño gané la entrada del subterráneo.

Respiré a mis anchas al salir. Junto a la entrada un canillita engominado gritaba desafortadamente:

—¡Hitler invade Danzig! —Mientras, con rápido ademán, algo imperioso e insolente, colocaba frente a las personas que subían por la escalinata un diario plegado de tal manera, que sólo se podía leer la mitad de los grandes titulares.

Entre los olores agrios y entremezclados de la cerveza y bocadillos, que en numerosos platitos servían de aperitivo, y sorteando las mesas del café, que ocupaban gran parte de la acera, pasé frente a la puerta de María Elisa. Sin saber por qué me sentía nervioso. Era absurdo; casi me había acostumbrado a pasar por allí sin recordar quien vivía, ni la vergüenza de esa noche.

Al llegar a mi piso, encontré a Delia en el pasillo. Sin contestar mi saludo, exclamó:

—Mi primo Garrido, que está en el Ministerio de Relaciones Exteriores, me recomendó que postergara el viaje. ¡Se da cuenta Alberto!... ¡Me quedo sin la excursión a la India y sin mi primavera en París! —terminó furiosa.

Contenta de haberse desahogado volvió a su cuarto donde, a medio hacer, estaba el baúl-cabina y una valija cuyo forro desaparecía bajo las etiquetas multicolores de los hoteles. Hubiera deseado poseer, aunque más no fuera, esa valija que imaginaba en los camarotes de los barcos llenos de olor a mar, o balanceándose en el lujoso expreso París-Zagreb-Estambul-Atenas.

—Andan mal las cosas en Europa, como siempre... —murmuró tristemente *Madame* Listenois; luego de una pausa, exclamó—. ¡Qué cabeza la mía!, casi me olvidaba decirle que en su pieza tiene un telegrama. Llegó esta tarde pero no sabía dónde avisarle. ¡Ojalá sean buenas noticias!

Subí de prisa la escalerilla. Sobre el cubrecama floreado estaba el telegrama. Lo abrí.

«Llegaré mañana *Rayo de Sol*. Espérame. Bernardo».

Inmediatamente, y a causa de esa particular sensibilidad que tenía para cuanto se relacionara con él, me chocó la sequedad, la falta de un saludo afectuoso que denotara la alegría de nuestro próximo e inesperado encuentro.

¿Sería un olvido? Bernardo era incapaz de estos descuidos; medía y pesaba las palabras; cuando él se despedía en las cartas con un «Tu amigo que te quiere», sentía que él era el amigo que me quería como pocos, quizás como ningún otro.

Ya en el comedor, no cesaba de cavilar, entre el parloteo de la gente, que subía de tono con el de las noticias internacionales. Desde hacía dos meses, fecha de la partida, tan silenciosa como su llegada, de la Marquesa de Miranda —desaparición que, por infidencia de Manuela, se supo era debida «a razones de pago»—, no se escuchaba tan vivo cotorreo en el comedor del *Lutecia Hotel*, el cual desde entonces y en opinión de la Sra. de Gatti, había entrado en la «época de su decadencia».

—¡Vaya con su Bernardo! —comentó Delia—. ¡Bien podía gastarse unos centavos más en un saludo!

Río alegre; mientras yo inclinaba la cabeza simulando estar absorto en la tarea de cortar un bife que se resistía al cuchillo.

Había escuchado ruidos desacostumbrados en la habitación de María Elisa; como si arrastraran muebles u otros objetos pesados; pensé que se mudaba y esto me causó disgusto, pues, mientras estuviera a mi lado, separada únicamente por la pared medianera, la sentía depender de mí.

¿Había sido yo el primer hombre de María Elisa?

A veces, cuando la constante presencia de Margarita me otorgaba una tregua, pensaba estas cosas y en mí luchaban la vanidad y la vergüenza, con el temor de las responsabilidades. Cuando vencían estas últimas me aferraba, como excusa, a la idea de que si yo había llegado tan fácilmente a ella, el «tipo del auto», con todas las ventajas de su dinero, podría haberla conseguido antes.

Sin embargo, este escudarme en otro hombre me resultaba la suprema villanía. Hubiera querido explicarle todo, pero, de nuevo, me contenía el temor de que no me escuchara o, lo que era peor, se riera de mí.

Desde la primera desilusión amorosa, a los 15 años, ante una sonrisa burlona me replegaba con timidez rencorosa; tigre que enarca el lomo y retrocede antes de saltar con la zarpa lista. Bernardo era semejante: se defendía con sangrientas ironías que tomaban a la gente como pelota al voleo; pero, ante la menor muestra de afecto sincero, se entregaba con espontaneidad de niño.

—La gente, en la mayoría de los casos, es nuestro propio espejo; encontramos en ella lo que sinceramente estamos dispuestos a darles... —solía decir con su voz grave y pronunciación tan clara y nítida que, a veces, sonaba a pedantería.

Esto, si las personas le interesaban; cuando no, prefería hacer el más candoroso de los estúpidos, gozando por anticipado a quienes me preguntarían luego: «¿Y este es su famoso Bernardo?».

Nuestra amistad se había asentado cuando llegamos a la conclusión de que, entre nosotros, no había necesidad de guardia permanente. Así, cuando estaba alegre, con algo de artillero pueril, me largaba una andanada de pullas.

Después lo adivinaba inquieto, temeroso de haberme herido, hasta que lograba decir algo semejante a «sólo los mediocres encuentran placer en humillar o disminuir a quienes los quieren».

Lo asombroso era el placer con que recibía, a su turno, un chiste o una agudeza.

Lo veía así, lo quería así, mientras esperaba nerviosamente la llegada de su tren.

La noche anterior, después del cine, había recorrido esa plataforma N.º 6, con Margarita. Nos gustaba pasearnos planeando viajes imaginarios. Nos deteníamos al final del andén, donde terminaba el techo en una monumental boca de escenario cuyo telón de fondo eran el cielo estrellado, y el puente y la cabina de las señales.

—Parece una procesión de antorchas pasando un puente —dijo Margarita, de pronto.

Sin contestar, la besé con prisa, por temor de que nos vieran.

Quedamos largo rato en silencio. Mirábamos la noche, como si estuviéramos al borde de un precipicio. El pitido de una locomotora, que resoplando hacía maniobras, cerca de nuestra plataforma, nos volvió a la realidad.

—Vamos, Alberto —murmuró—, no quiero perder el último tren. Si no, mi vecina no va a querer mentir más que salgo con ella. ¡Bah!, aunque no creo que les importe mucho en mi casa, con tal que les de lo que gana en la fábrica.

Antes de partir, dijo nerviosa:

—Mañana no te puedo ver... Ya sabes, tengo que salir con mi padre... Mejor para vos, así te quedás estudiando —luego, según acostumbraba, para evitar aclaraciones, interrogó de prisa—: ¿Verdad que vas a estudiar?

—Sí, te lo prometo —contesté sin pensar, mientras el convoy se ponía en marcha. Cuando el tren, con ella en una de las puertas laterales despidiéndose con la mano, desapareció al final del andén, y sólo quedó en la oscuridad de la noche el punto rojo del farol trasero, entonces, mi cerebro apaciguado comenzó a repasar sus palabras, a analizar lo que ella decía o pretendía ocultar.

Ahora, mientras esperaba a Bernardo, esa plataforma N.º 6 me parecía diferente a la que había recorrido con Margarita.

Retumbaron las altas naves; negra, lustrosa, su cabina aureolada de resplandor, pasó la locomotora. Sentí ganas de correr a la par de sus ruedas y émbolos rechinantes.

Los viajeros comenzaron a descender. Busqué con ansiedad, temeroso de que nos desencontráramos; por fin lo vi a pocos pasos. Avancé, sin preocuparme de las personas que llevaba por delante, y abrí instintivamente los brazos. Me hubiera resultado imposible dejarlos caídos, como, para asombro que comenzaba a paralizarme, estaban los brazos de Bernardo.

Esperé en vano. Tenía los labios prietos; los carrillos se le marcaban bajo la piel tostada, que parecía sucia a causa de la barba crecida. La mirada dura, rencorosa, me desconcertó por completo.

Sólo atiné a tenderle la mano que estrechó apenas, como si tocara algo repulsivo.

—¿Cómo te va, Bernardo? ¡Qué alegría!

Fue inútil, no pude agregar más.

Bernardo, sin ni siquiera despegar los labios, comenzó a abrirse paso entre la gente. Lo seguí sin comprender.

Al cruzar los portalones de la estación, ya no podía soportar su mutismo; bruscamente, lo tomé del brazo.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Para esto me hacés telegrama?

Bernardo estaba rojo de furor. Sus palabras se amontonaban en la boca.

—¡Lo que pasa es que sos el ser más ruin de la tierra! ¡Nada más! ¡Que tengo asco de haberte querido como mi amigo, de haberte querido como bien sabes que te he querido; tengo vergüenza de mí mismo, de haber sido tan ciego, de no haberme

dado cuenta de la miseria de hombre que sos! —rio forzosamente, con ese modo que daba ganas de abofetearlo—. ¡Mi amigo! Buena piltrafa de amigo me has resultado.

Anonadado, lo miraba accionar. No podía creer que esas palabras, que ese rencor desbordante, me estuvieran dirigidos. Me sentía espectador de una escena inesperada. Comprendí que mi asombro y frialdad no hacían más que exasperarlo.

—¡No sé de qué me hablas! —corté secamente.

—¡No sabés! ¡Claro que no sabés! ¡Sos el mismo farsante de siempre! ¿Querés saber la razón de mi telegrama? Tenía ganas de agarrarte a trompadas en cuanto bajara del tren. Pero no vales la pena. No vale la pena ir a parar a la comisaría, cuando bien sabés que tengo algo más importante que hacer, ¡algo que vale la pena!

Como un desatentado, perdido totalmente el control de gestos y acciones, abrió la portezuela de un taxi y, luego de arrojar su valija de mano, entró cerrando con furia. Inmediatamente apareció en la ventanilla su cara descompuesta.

—Esperame en tu casa. ¡Si sos capaz!

El auto partió. Quedé junto al cordón de la acera, sin atinar qué hacer. Ante mi mirada, dos curiosos, que se habían detenido a causa de los gritos de Bernardo, hicieron un movimiento de cabeza a manera de excusa y prosiguieron su marcha. La esfera iluminada del reloj de la Torre de los Ingleses marcaba las 11 y 55 de la noche. La neblina tenue desdibujaba el copete con su veleta, y, más lejos, la estrella roja y el anuncio del parque de diversiones que se apagaba y encendía intermitentemente. Como proa de Buenos Aires, se elevaba en la lomada de la plaza el edificio Kavanagh. En las nubes bajas, se reflejaba el resplandor de la ciudad.

No lograba comprender nada.

Pegado a la pared que circundaba los terrenos del Ferrocarril, caminé repitiendo las palabras de Bernardo, tratando de encontrarles atadero, hasta que, por su injusticia, fueron crispando mis nervios.

Debía estar loco de remate para obrar así.

Pasó a mi lado una vieja encorvada, cuyo tapado negro y roto apenas dejaba ver los talones torcidos de sus chancletas. Sobre su hombro izquierdo se mantenía en felino equilibrio, las cuatro patas tensas y el lomo enarcado, un tremendo gato pelo atigrado, que de vez en cuando maullaba lastimeramente.

La mujer pasó sin preocuparse de mí. Cosa extraña, como si estuvieran acostumbrados al espectáculo, nadie la seguía con sus pullas. Estuve a punto de reír, pero me contuve. Hubiera querido ser capaz de andar por las calles llevando a Margarita sobre los hombros, como un San Cristóbal loco.

Esperé largo tiempo sentado en el borde de mi cama.

Bernardo no llegaba; había pasado ya cerca de una hora. Cansado de cavilar tomé la resolución de no pensar más; era imposible, sus palabras y su cara congestionada volvían incesantes a mi memoria. El eco de su voz. Veía pasar las palabras, una tras

otra; caballos de una calesita que tuviera la obligación de contemplar.

Tenía las manos y los pies casi helados, pero si hubiese cerrado la ventana me habría asfixiado.

De vez en cuando, escuchaba ruidos en la pieza de María Elisa; esto me complacía, por lo menos indicaba que ella seguía allí. ¿Y si no fuera ella? ¿Si ya hubiera un nuevo inquilino? La nerviosidad de la espera me hizo tomar la inmediata resolución de averiguar. De todas maneras sería cuestión de contados minutos, pues Batista, como de costumbre, estaría al tanto de todo.

Era un pretexto para acortar la espera, o evitar la escena con Bernardo.

Bernardo pegaría primero, estaba seguro, pegaría dos o tres veces antes de que saliera de mi asombro, antes de que lograra quebrar esa capa de cariño con que lo había envuelto; luego, cuando la rabia se apoderara de mí, todo podía suceder. Los dos éramos igualmente fuertes, semejantes en todo, como si la amistad íntima nos hubiera moldeado hasta físicamente.

No había terminado de abrocharme el sobretodo cuando la puerta se abrió y en el vano se detuvo Bernardo.

Quedóse allí sin decir palabra; tenía la cara descompuesta, los ojos hinchados y rojos, pero había desaparecido la expresión de rencor. Demacrado, las ojeras como grietas, avanzó un paso y cerró la puerta. De la mesa escritorio tomó un cenicero de metal.

Me estremecí al verlo avanzar con el objeto a manera de arma. ¿Cómo era posible que buscara un arma para atacar, él, que tenía orgullo demoníaco de su fuerza?

No intenté el menor ademán, o movimiento. Bernardo tenía razón al decir que no nos habíamos conocido nunca.

Avanzó hasta mi cama, puso una rodilla sobre ella y, con el cenicero golpeó la pared.

Un calofrío recorrió mi cuerpo. Desde el cuarto de María Elisa, llegó una contestación apagada. Los mismos tres golpes espaciados.

Bernardo se dejó caer sentado, los brazos cruzados sobre las piernas; la cabeza colgante entre los hombros gachos; luego, lentamente la fue levantando hasta clavar su mirada en mis ojos.

—Alberto, ¿cómo has podido hacerme esto?

Quedé mirándolo como si no hubiera entendido. El corazón me batía en el pecho. En mi pieza había tenido muchas pesadillas, pero ninguna comparable a aquella.

—Pero... Bernardo, ¿vos conocías a... María Elisa? —logré decir, al fin, con voz baja y fuera de tono.

Sin cambiar la expresión de los ojos, inclinó la cabeza, ensayó un gesto con el labio superior y, como silabeando las palabras, dijo con lentitud:

—María Elisa es la mujer de que te hablé la noche antes de mi viaje a Córdoba... ¿Te acuerdas? —de pronto, animándose, prosiguió—. Ya no tienes necesidad de mentir. ¡Yo mismo te di su nombre y teléfono en la estación!

—¡Bernardo! —grité con desesperación—. ¡Ese papel que me diste en la estación lo perdí antes de poderlo leer! No sé dónde lo pude meter —hice una pausa, como si necesitara fuerzas para decir, para desbordarme—. ¡Te lo juro, Bernardo! Vos no te diste cuenta de todo lo que tu viaje significaba para mí. Cuando salió el tren, me sentí como si me hubieran quitado todo, como ¡qué se yo!... Para colmo, cuando el tren desapareció, me encontré, en el mismo andén de la estación, con un compañero de la Facultad, que se empeñó en presentarme a su familia. ¡Nunca he tenido más rabia de encontrar a alguien que esa mañana! No sé lo que dije, pero, ya me conocés, tuve que ser amable, que sonreírles. Me trajeron en auto. Ya me daba lo mismo. Cuando llegué a este cuarto, me acordé de tu papel, lo busqué por todos lados, pero no pude encontrarlo; lo había perdido. No he leído ese papel...

Mientras hablaba, la escena se repetía vivamente en mi memoria, con una nitidez que hasta entonces me había resultado vano suscitar. Veía la manga azul de mi traje, de ese mismo traje que por rara casualidad usaba ese día. De pronto, llevé la mano al bolsillo superior donde guardaba el pañuelo de apariencia, busqué con ansiedad. Del fondo del bolsillo, arrugado por tantos pañuelos cambiados apenas se ajaban, apareció un pequeño papel doblado en cuatro.

—¡Bernardo, tu papel!

Al desplegarlo cayeron algunas pelusillas. Leí el nombre de María Elisa y un número de teléfono.

No me atreví a levantar la cabeza; sentía la mirada de Bernardo clavada en la frente. No podría creer; era demasiado teatral. Cuando sentí que había dejado de mirarme, levanté la cabeza; tenía la suya entre sus manos crispadas, los dedos hundidos entre el pelo castaño y crespo. No sé por qué, —quizá la misma postura y el color de los cabellos—, recordé a Margarita llorando.

—No me lo creés Bernardo, y, sin embargo, bien sabés que no sería capaz de... eso... lo no sabía lo de María Elisa; nunca me dijiste su nombre. En tus cartas me preguntaste una o dos veces si había cumplido con tu encargo. Pensé que sería alguna cosa sin importancia. No me animé a confesarte que había perdido el papel; fue una tontería... pero, vos sabés, como siempre te burlas de mi inutilidad, no quise confesarte... Creí que si te hubiera interesado habrías insistido...

—Fue por algo así como una especie de pudor, Alberto. No, te estoy mintiendo. Tuve miedo; hasta deseé que lo perdieras... Apenas te dejé en la estación, ya estaba arrepentido de haberte dado su nombre. Tuve ganas de tirarme del tren y correr a sacarte del bolsillo ese papel; porque yo vi perfectamente dónde lo ponías. Me da vergüenza decírtelo, pero en ese momento en que te veía tan emocionado, sólo pensaba en ese papel que hasta el último instante no estaba decidido a darte —hizo una pausa y, con los ojos brillantes de lágrimas, prosiguió—: No sabés, no puedes imaginar nunca de qué manera quería yo a María Elisa... ¡y la quiero aún! ¡Fui un necio, Alberto, un imbécil! Ahora me doy perfecta cuenta. No fui capaz de tomar una decisión. Debía habérmela llevado conmigo.

Pensé en Margarita al escuchar sus palabras finales. ¿Es que ya no había idea o palabras en el mundo que no encontraran atadero y asociación con ella?

—Ya sé, ahora lo creo, —prosiguió—. María Elisa me lo ha contado todo. Pero quería estar más seguro. Yo sólo tuve la culpa. Te quería tanto que muchas veces nos poníamos a hablar de vos. Cuando ella te encontró esa noche, esa noche... María Elisa ya sabía que... —se detuvo, las palabras se negaban a salir de su boca; por fin agregó con voz bronca—. ¡No sabés lo que has tenido esa noche en tus brazos! ¡No te imaginarás nunca; no podrás imaginar, jamás. Has sido mi amigo y, como si en tu amistad se injertara mi amor por ella, has tenido, sin comprender, lo que yo no me atreví a soñar siquiera! ¡Y de qué torpe y espantosa manera!

Bernardo hablaba como un poseído, en uno de esos raptos suyos en que las palabras le fluían en armonioso ordenamiento. Ya no podía estar, entonces, atento al significado de sus palabras; me contentaba con tomar las más sonoras, las más cargadas de vida, las que me llegaban más hondo, e iba erigiéndolas como pilotes de un puente sobre los cuales mi emoción tendía arcos.

Ya no comprendía. Mi cabeza giraba. Hubiera querido estar borracho de caerme sobre la tierra, para no escuchar más. Bernardo hizo una pausa; entonces, con desesperación de encantado que escapa al filtro que puede dominarlo otra vez, comencé a hablar.

—Escúchame Bernardo: si yo, sabiendo lo tuyo, me hubiera enamorado de María Elisa, hubiese probado de mil maneras la calidad y la fuerza de mi atracción hacia ella... Mirá Bernandos, si tu quisieras a Margarita, Margarita es «ella», yo de todas maneras y sin remedio, me hubiera enamorado. Trataría de no hacerte daño; esperaría hasta que tú o ella dejaran de quererse, o hasta que ella estuviera segura de quererme. Quizás pienses que obraría con bajeza, pero igual, de todas maneras, yo la querría, y no te hubiera dicho nunca una palabra de ese amor. Y si descubrieras mi amor, te lo negaría, por respeto a ti, y al amor de ella, especialmente si Margarita me amara o hubiera sido mía... Esto no lo comprenderás nunca, ya lo sé, es una manera rara de ser leal, sobre todas las cosas, a la persona que se ama. Si alguna vez yo estuviera seguro de mi amor y del suyo, entonces, sólo entonces, te hubiera dicho, avergonzado y dolorido: «Mira Bernardo lo que ha pasado: Margarita y yo nos amamos. ¿Qué debemos hacer?». Sería estúpido preguntar esto, ya lo sé, ¿qué podríamos hacer tú, ella o yo? Quizás te hubiera dicho eso o me hubiera guardado todo, y para siempre, o me hubiese ido lejos, o ¡vaya a saber qué! Pero con María Elisa todo fue distinto...

Al escucharme, me pareció oír a Bernardo. Sin darme cuenta, ni desearlo, había seguido hasta el tono de su voz. Callé, todo lo dicho me pareció falso o incoherente.

A imitación de Bernardo, me puse en pie. Sin decir palabra me abrazó estrechamente, como si no hubiera de verme más, y salió.

Escuché el ruido de sus pasos en la escalera de hierro.

No sé cuánto tiempo estuve mirando la casucha de madera con techo de zinc, sobre la terraza vecina.

Tenía los ojos duros y charqueados de frío. Si los hubiera cerrado, me hubiese dormido para una eternidad de mármol y vidrios fríos semejantes a los de mi ventana.

Me encontré repitiendo palabras; entremezclando las mías con las de Bernardo. Veía irse a Bernardo. Veía a la María Elisa de aquella noche de Año Nuevo. Luego ríos turbios y tibios sobre riberas verdes donde barcos grises descargaban toneladas de carbón mientras las gaviotas volaban sobre las estibas de bolsas de trigo.

Ya ni quería pensar en Margarita; ni en la manera que había mirado a aquel hombre enjuto con el que pasó riendo a mi lado y sin verme, en la Estación; aquel «amigo de su padre».

La noche, ya casi en el amanecer, era diáfana y helada. La luna llena marcaba todas las aristas de los edificios. Un ratón, grande y lustroso se deslizó por un cable.

¿Por qué no ladraría el perro en la azotea?

¿Por qué no me moriría, bien muerto bajo la tierra, para no sentir más esa pinza que me apretaba el pedio hasta sofocarme?

Sentí, ¡al fin!, como si alguien golpeará la pared medianera. Nítidamente escuché los golpes, pero no di un paso.

Las caléndulas del empapelado de mi cuarto estaban en su lugar. Debían ser las mismas; no quería contarlas.

Tuve ganas de gritarle, las manos en bocina: «¡Bernardo ya no está más aquí!»; pero no dije palabra. Tenía las manos heladas, los dedos agarrotados, miedo, repulsión de acostarme a su lado, pared por medio; no obstante, la sentía de nuevo confundida conmigo. Golpeó con frenesí; quizá fueran tres o cuatro golpes, se me antojaron ciento.

De nuevo, cayó el silencio mullido, hasta que todo el edificio zumbó con el ascensor; escuché nítidamente el «tac» al detenerse y el botar metálico de las puertas.

Quedé alerta, conteniendo la respiración, como si esperara a alguien.

Entonces, a través de la pared, escuché un golpe más. Un golpe débil; hasta me pareció ver la mano laxa de María Elisa serpenteando entre las caléndulas anaranjadas como un gusano rosado que se hundiera en la tierra.

Con un estremecimiento recordé que le había prometido ir cuando me llamara golpeando la pared. Aún estaba en mi cama el hueco que Bernardo había dejado con el peso de su cuerpo. Sentí náuseas. No iría. No iría así estuviera esperando en su puerta hasta que amaneciera.

Desde la calle me llegó la voz grave y timbrada del canillita, mientras, una vez más, las caléndulas comenzaban a tornarse violáceas.

Lo vi plantarse en el hueco de la puerta, los ojos desencajados, la mirada extraviada. Me pareció que el tiempo no había transcurrido, que Bernardo estaba de nuevo allí como pocas horas antes. Hasta hubo un momento en que tuve ganas de reír, como ante esas películas mudas donde siempre, en el trance álgido, aparecía desgredado el héroe del melodrama. Con voz opaca y sin modulaciones, dijo:

—Se han muerto, los dos.

—¿Quiénes? —pregunté, asombrado ante su impasibilidad.

Bernardo me miró, luego, renunciando a encontrar la expresión adecuada, susurró:

—Ella y... tu hijo.

—¿Mi qué? —grité—. ¡Estás loco! ¿De qué hijo me hablás?

Bernardo me miró de nuevo, alzó los hombros y prosiguió con el mismo tono.

—Elena fue a verla a la madrugada... pero ya estaba moribunda. Yo le toqué las manos; todavía las tenía tibias... la boca también... Fue una hemorragia... Se dejó ir. Se dejó ir... ¡No quiso llamar a nadie!

—¿Pero de quién hablás? —grité.

—De María Elisa y... tu hijo.

Contestó impasible, como si hablara de algo impersonal.

Me estremecí de asombro. No comprendía las palabras de Bernardo. «Tu hijo». Esto era comprensible: sabía perfectamente lo que era un hijo, lo que significaba ser hijo, pero ¿cómo podía sentir, de improviso, lo que era tener un hijo? Y, sin embargo, ese matrimonio joven que ocupaba una habitación en el quinto piso, quería tener un hijo desde hacía dos años. *Madame* Listenois había querido un hijo, en vano. Sin darme cuenta me hallé mirando las manos, como si de allí hubiera salido «mi hijo». Margarita podría haberme dado un hijo. Pero María Elisa... no lo había pensado nunca. Por una noche, un hijo... y un hijo muerto. La madre, muerta también.

No podía tener y dejar de tener un hijo, de improviso. Cuando era chico les preguntaba «cosas», todas las cosas que se me ocurrían a mi padre o a mi madre; cuando murió mi padre, sólo quedó mi madre para las respuestas; luego, cuando decidió levantar la casa de Buenos Aires e irnos a San Rafael, ya muchacho, comencé a preguntarme yo mismo. Cuando al cumplir los diecisiete, me enviaron de nuevo a Buenos Aires, ya no preguntaba; era menos hijo, pero lo había sido 17 años.

Mi hijo no había tenido tiempo de hacer una sola pregunta y ya no lo tenía más; mi madre, en cambio, los ojos humedecidos me había visto trastabillar en el escenario al ir a recibir mi Medalla de Oro, al mejor bachiller. Luego, mi madre, lloraría por mí, y, quién sabe cuánto más habría de llorar y alegrarse. Esto sí, era tener un hijo; pero no podía comprender a un hijo que no me había dado ni dolores ni alegrías, un hijo que no era mi hijo. No obstante, Bernardo, con la cara desencajada, estaba allí para decirme que yo había tenido un hijo. El primero de año, al salir el sol, comenzaba a

tener un hijo y una mujer. Siempre había soñado encontrar una mujer rara, distinta, en una noche de Año Nuevo o de Carnaval; una mujer sí, pero nunca un hijo. Ahora, nada. Y era lo mismo pues no había sabido que tenía la una y el otro. Esto quería decir, entonces, que ¿tener una mujer no era lo que yo había hecho?

El sol marcaba un rectángulo amarillento sobre las tablas gastadas del piso. Una parva de puchos llenaba el cenicero. Tenía tres dedos de la mano derecha amarillentos de nicotina.

De nuevo me pareció oír en la pared divisoria los golpes de María Elisa, de *mi mujer*. Recordé que al amanecer habían chído unos gorriones.

—Tenemos que llevarla...

—¿A quién? —pregunté.

Bernardo me miró; comprendí que se refería a María Elisa. Todo esto lo comprendía al instante; me bastaba una mirada, pero lo de «mi hijo» no lograba entenderlo.

Una hemorragia. Ireneo diría una pomposa retahila de nombres técnicos. María Elisa lo había hecho con mayor simplicidad: se había dejado morir.

Debe ser hermoso y mórbido ver cómo nuestra sangre tiñe las sábanas blancas, como las vuelve rojas, de un rojo cálido y brillante; y cómo se va durmiendo con lentitud el cuerpo, mientras los párpados se tornan pesados. Experimenté ese deseo de no levantarme más. Quedar con los brazos estirados; las palmas de las manos vueltas hacia arriba, como sabedoras de que ya no palparán cosa alguna.

María Elisa se había muerto a sí misma y, quitado lo que atañía a la amistad con Bernardo, no lograba sentirlo.

Bernardo sabía lo que era ella; pero ¿acaso, cuando uno está enamorado, no ve nada más que las perfecciones, y los defectos no son otra cosa que estriberas adonde nos afirmamos desesperadamente? Ya comenzaba a dudar de que Margarita fuera como la veía yo, pero me resistía a verla de otra manera. Bernardo, tan intelectual, tan psicólogo y tan hundido en sus libros, no debía conocer a las mujeres y estaría pronto a idealizar a la primera que caía en sus manos. Tenía corazón y cerebro como para regalar donosuras a cuantos se le acercaban y, claro está, debía suceder que la gente terminara por reírse de él.

Anselmo Landajo debía tener razón: con las mujeres era cuestión de llegar en el minuto exacto. Me estremecí al preguntarme si Margarita tendría ese «minuto exacto».

Bernardo me miraba; por un momento pareció que me observaba asombrado, tratando de descubrir lo que en mí podía haber atraído a María Elisa. Tuve la certeza de que él pensaba en tal cosa; como la tenía de que él era mejor que yo en todo sentido.

María Elisa no debía haberlo comprendido nunca. No estaría a su alcance. Era más lógico que animalmente hubiera sido mía; que se hubiese matado por mí y no por Bernardo.

Mentalmente repetía estas palabras que, de haberme atrevido, hubiera dicho: «Estoy orgulloso de que una mujer se haya suicidado por mí». Un calofrío me recorrió el cuerpo. ¿Sería posible que fuera tan abyecto?

Bernardo cortó mis pensamientos, preguntando:

—¿Tienes algo de plata?

—Sí, tengo para los aranceles de la Facultad. ¿La precisás?

—Toda no; entre Elena y yo pondremos el resto.

Bernardo guardó el billete sin mirarlo; parecía abstraído en la contemplación de sus zapatos sucios y luyidos. Era el mismo de siempre, debía tener un par nuevo, sin usar todavía, olvidado en su ropero.

—Tengo que ir a las pompas fúnebres. Necesitamos pagar, la velaremos allá.

Pronunciaba con infinita dulzura las palabras que a ella se referían.

—Tenemos que llevarla —repitió, como para escucharse o convencerse a sí mismo.

Luego permaneció callado, mirando con fijeza las pelusas y corpúsculos de tierra que se balanceaban en el rayo de sol que penetraba por la ventanita. De golpe, se puso en pie; corrió hasta mí, que había permanecido apoyado en el marco de la puerta, y me abrazó.

Lloraba acongojadamente, como sólo él, que no temía a nada, podía llorar.

Lo abracé con todas mis fuerzas, luego fui aflojando los brazos para que pudiera sentirse entre ellos.

En el contacto del cuerpo doliente, de Bernardo, sentí que había muerto María Elisa.

Al pie de la escalera de hierro que llevaba hasta la habitación de María Elisa, esa escalera que había recorrido hacía ocho meses, me esperaba Bernardo.

—Ya está arreglado todo. En seguida vendrá la ambulancia —contesté a su mirada.

Bernardo subió. El ruido de sus pasos golpeaba en mis oídos con un eco remoto. Lo seguí; en el descanso se volvió para esperarme y tomándome del brazo lo apretó con fuerza.

Suavemente abrió la puerta entornada. Chirriaron los goznes, igual que los de mi pieza.

Me sobrecogí al ver el perfil de María Elisa recortado sobre las caléndulas. Tenía el color de esos marfiles antiguos que mis parientes guardaban en vitrinas doradas a fuego. Un pañuelo blanco le sujetaba la mandíbula inferior y se anudaba sobre la cabellera donde había hundido mis manos. Vestía el mismo traje de la noche de nuestro encuentro.

—Ese vestido... ¿Por qué ese vestido? —pregunté con voz ahogada.

—¡Alberto! —me reconvino Bernardo.

—Le había costado tanto y sólo pudo usarlo una vez —murmuró una mujer, que estaba sentada a los pies de la cama, las piernas muy juntas. Tenía la cara surcada de arrugas, los ojos inflamados de llorar.

Apretándome el brazo, como para llamar mi atención, Bernardo nos presentó sin necesidad. Ya había visto en su mirada que sabía quién era yo.

Hizo un pequeño movimiento de cabeza y, para rehuirme, se puso a arreglar los pliegues del traje de María Elisa. De repente, con tono histérico y como quien salmodia, dijo:

—Yo también tuve la culpa. Yo le decía que no esperara más. Porque soy una solterona... ¡Entre todos nos hemos juntado para matarla!

Bernardo, andando de puntillas, fue a ubicarse cerca de la cabecera y con la mano derecha comenzó a acariciarle el pelo. No podía imaginar que la mano de un hombre fuera capaz de posarse con tamaña delicadeza.

—Y el chico —alcancé a preguntar.

Bernardo me miró como si hubiese dicho una inconveniencia. Elena hizo un ademán vago.

—Placenta previa, dijo el médico de la Asistencia Pública. Esta madrugada, como a las cinco, debe haber sido. Yo la encontré a las seis empapada en sangre... Bernardo llegó después. Yo no sé más, ¡sólo sé que nos hemos juntado todos para esto!

Dejó de hablar y de nuevo se puso a arreglar los pliegues del vestido.

Cansancio inexpresable, pesándome en los hombros, me doblaba las rodillas.

Cerca de mí estaba su silla de raso verde. No me atreví a sentarme. Sobre el tocador, ordenados prolijamente, los frascos, la caja de polvo, la del colorete, un tarro de talco y una botella grande de agua colonia.

En la pared, una litografía coloreada de Beethoven y otra de Wagner, las que tenía en su cuarto Bernardo; ahora las reconocía de inmediato. Entre ambos cuadritos me pareció ver una estirada mancha rojiza que descendía entre las caléndulas anaranjadas. Miré bien y distinguí cinco rayas rojas, del ancho de un dedo afilado, que nacían en lo alto y se iban esmirriando hasta perderse a la altura de la cama.

Comenzaron, entonces, a repetirse en mi cabeza los golpes que había escuchado la noche anterior y se repetían multiplicándose. Los sentía retumbar en el pecho. La pieza se invertía y María Elisa colgaba muerta del techo como una gigante araña rosa y negra.

Al volver la pieza a su posición, me encontré sentado en la silla de raso.

María Elisa continuaba tendida ante mí. Con desesperación metí la cabeza entre las manos y comencé a repetirme como un obsesionado: «¡Dios mío, qué poco hombre soy yo!».

Largo rato después de hallarnos en el compartimiento, que para el velatorio

alquilaba la empresa de pompas fúnebres, Bernardo continuaba su ronda nerviosa, como si la fealdad del recinto lo agobiara aún más. Por fin, sin poderse contener, se adelantó hasta el cajón y exclamó con voz ahogada:

—¡María Elisa! ¡María Elisa! ¿Por qué? ¿Por qué me haces sentir tan nada?

Calló, los músculos tensos le marcaban las mejillas hundidas.

La mano de Bernardo descansaba con suavidad sobre la madera negra y lustrada, tal si esa madera ordinaria fuera un ser vivo que hubiese de enarcar el lomo al contacto de su piel. Me miró, casi avergonzado, como si perder el control de sus nervios pudiera disminuirlo. Me apenaba ese pudor que guardaba aún delante de mí, aunque yo hacía otro tanto. Era como si sólo pudiéramos abrazarnos por sobre el cornisón de una muralla, que evitara el contacto de los cuerpos, quizá, de las almas; esto, a pesar de que cada uno hubiera muerto por el otro.

Elena lloraba en un rincón, sentada en una silla de viena con las patas desvencijadas. Un moscardón voló hasta posarse en una hoja de la palmera de adorno que, en su maceta de metal hinchada de angelotes en relieve, lucía sobre un pedestal de marmolina. Zumbó de nuevo el moscardón y fue a posarse en una de las falsas velas, con el absurdo copete de las lamparillas eléctricas retorcidas a imitación de una llama.

Desde el compartimiento vecino, separado por una mampara de madera, poco más alta que las velas, llegó una voz de mujer, áspera y plañidera. Olor penetrante de junquillos y fresias, acompañaba las lamentaciones.

Sobre el cajón de María Elisa sólo había un ramo de rosas rojas comprado por Elena. A ratos, creía percibir que, en el amplio local dividido en cuatro compartimientos, brotaba olor de cadáver de las paredes, moblaje y adornos funerarios; olor que, mezclado al de las fresias, penetraba la ropa y arañaba las fosas nasales.

Bernardo no se había separado de María Elisa, salvo en contados instantes.

Cuando llegó la ambulancia a la pensión, entre él y Elena la habían ubicado en la camilla, con la misma devoción con que, luego, la trasladaron al féretro. En ambos casos los miré hacer, sin atreverme a tocarla.

Después de la hora del almuerzo llegó la dueña de la pensión de María Elisa. Al verme, sonrió untuosa, como si hiciera esfuerzos desesperados para no decir «Ahora que está desocupada la pieza podíamos llegar a un acuerdo; ya sabe que la comida es buena y el trato familiar». La acompañaba otra mujer que, simulando compunción, deslizó sus dedos huesudos para palpar la calidad del traje de María Elisa mientras la señora de Romero le susurraba:

—¡Ay, mi hijita, hemos tenido un catatán! Si no fuera por la Asistencia Pública y esta desgraciada de la señorita Elena que trabajó como una bestia, me encharcan toda la casa... ¡Como lo oye m'hijita!

—Lo siento por el buen nombre de su casa —contestó la mujer, alzando las cejas y como si del hecho pensara sacar rebaja en el precio de su pieza.

—¡Ah! ¡Usted no se puede imaginar lo qué cuesta atender una pensión! —suspiró la otra, mientras arreglaba su tocado.

Al darse cuenta que las había escuchado, cambiaron de expresión y se persignaron mecánicamente.

Antes de retirarse, la señora de Romero se acercó a Elena para decirle melosa:

—¡Querida, no se mortifique así! En su pieza le he dejado unos bocadillos y dulce.

La temperatura húmeda y desusadamente calurosa para la época del año, había refrescado al caer la noche, pero, dentro del salón, el aire se tomaba aún más pesado.

El reloj de pared campaneó sordamente las doce.

Bernardo seguía en pie cerca de la cabecera del cajón, casi en el mismo lugar, cuando apareció el «tipo del auto azul» guiado por el portero de levita negra. Acicalado, como dependiente de tienda, traía en la mano derecha, junto con los guantes patitos, una pequeña palma de flores blancas; con la izquierda sostenía un chambergo de alas ribeteadas que, antes de decir palabra, colocó muy cuidadosamente y vuelto hacia arriba en una de las sillas.

Luego de ubicar la palma sobre el cajón con ademán semejante al empleado con el sombrero, extrajo del bolsillo superior de la chaqueta un pañuelo de linón, limpió los cristales de los lentes y, volviéndose hacia Elena, dijo en voz baja y prosopopéyica algunas palabras que no alcancé a escuchar, mientras con ademán untuoso le entregaba un sobre. Permaneció en silencio contados minutos, pasados los cuales nos hizo, con una inclinación de cabeza, un «penoso saludo de circunstancia» y se fue.

¡Y este era «el tipo del automóvil»! No lograba comprender a María Elisa a través de Bernardo. Tuve deseos de reír, tras de esto debía esconderse una pequeña farsa.

Al acercarme a Elena que, acompañada de Bernardo, abrió el sobre, escuché:

—¡Veinticinco pesos, el muy negrero!

Bernardo alzó los hombros, como si el contenido no lo sorprendiera.

Picada mi curiosidad pregunté en voz baja a Elena:

—Y ese tipo ¿quién es?

—El doctor Wasch, el famoso radiólogo.

—¿Era... amigo de María Elisa? —titubeé.

—¿Amigo? ¡Placía tres años que María Elisa trabajaba para él como secretaria, enfermera! Sin horario, llamándola a todas horas, como si fuera una esclava. Da asco de agarrado: «Para ayudar a sufragar los gastos del sepelio» —lo imitó— ¡y da unos pesos miserables!

—¿Entonces, no era...?

—¿No era qué? —preguntó Elena cortante.

—No, nada... Nada —tartajeé, volviéndome hacia el cajón. Hubiera querido estar solo con ella y pedirle, en voz alta, a gritos si fuere menester, que me perdonara. Cada instante transcurrido desde la llegada de Bernardo a la estación, me hacía sentir más

innoble.

Elena miró sorprendida cuando les dije con tono casi implorante:

—¿Por qué no van a comer algo? Yo, yo creo que Bernardo no prueba bocado desde... —dudé un momento, no sabía calcular el tiempo transcurrido; los días se confundían jugando a las «esquinitas» en las casillas de ese feo almanaque que *Madame* Listenois tenía colgado cerca de su cabecera.

—Se lo voy a decir —asintió Elena, después de dudar—. Luego va usted, ¿verdad?

Hice un movimiento afirmativo. Por primera vez, Elena me había mirado con algo de simpatía.

Bernardo, ante la insistencia de Elena, accedió de mala gana.

—Tardaremos un cuarto de hora, cuando mucho. Elena tiene que tomar algo.

Los vi alejarse por el pasillo; Bernardo con sus anchas espaldas, los hombros caídos, los brazos colgantes.

Casi con temerosa reverencia, me acerqué hasta el cajón. La nariz respingada de María Elisa se había afinado aun más; las ojeras se marcaban violáceas sobre el cutis tirante donde no quedaba rastro de arrugas. Al acariciar la frente helada, sentí que podía tocarla castamente.

—Perdoname María Elisa, perdoname todo lo que te hice, todo lo que he pensado de ti, todo... —susurré.

Quedé mirándola hasta que dos mujeres, de las que venían a velar en el compartimiento vecino, y llenaban las sillas pegadas a paredes y mamparas, se asomaron. Al verme solo cuchichearon pocas palabras y, luego, adelantándose hasta casi los pies del cajón de María Elisa, se hincaron muy juntas, como para sostenerse. Escuché un momento el bisbiseo de sus rezos, hasta que, temerosas de interrumpir, regresaron a su compartimiento pisando de puntillas.

Tuve ganas de alcanzarlas: «No se vayan todavía. Si ustedes quieren pueden quedarse un ratito más y rezar otro poco. No me molestan. Estoy seguro que se los agradecerá mi mujer...».

Me asomé al repetir mentalmente: *mi mujer*. Ahora, comprendía con qué entrañable acento podían decirse estas palabras.

Madame Listenois me había dicho una vez que yo chacoteaba a costas del matrimonio: «Ya verá, muchachón, ya verá qué distinto le parece todo cuando pueda decir de todo corazón: Esta es mi mujer. Es necesario vivir estas pequeñas cosas para poder comprenderlas...».

De pronto, sentí que *Madame* Listenois me hacía falta, que la necesitaba, como esos bastones de andinista que, al comienzo de la ascensión, se llevan casi como adorno y, a medida que la fatiga nos va venciendo, apreciamos su utilidad. Ella comprendería todo, con esa maravillosa comprensión de la gente de su tierra; y acaso, me habría dicho: «Coraje, ya ve de lo que somos capaces las mujeres. Demuestre usted de lo que son capaces los hombres», esto o cualquier otra cosa parecida; pero

no me atrevía a llamarla; hubiera sido lo mismo que llamar a mi madre.

Escuché los pasos fuertes de Bernardo; sin desearlo, golpeaba los tacos de suela. Menudos y suaves, le acompañaban los de Elena.

Bernardo vino a ocupar mi lugar.

—Ahora te toca a vos. Tenes que ir —dijo con imperiosa bondad.

Elena sonrió mansamente. Al pasar junto a ella apreté con cariño su mano dura y ajada.

Ya en la calle, eché a andar sin rumbo.

Casi al trote largo, con prisa de terminar este entierro, —el más económico que ofrecía la casa—, avanzaba la yunta de caballos negros. Me sentí feliz de ver la carroza llena de flores.

A las siete de la mañana había salido a tomar café. Al regreso, encontré un florista que preparaba su escaparate, en la misma esquina de la «Empresa de Pompas Fúnebres».

Ante las grandes cestas de mimbre, rebosantes de flores, pregunté cediendo al primer impulso:

—¿Cuánto todas sus flores?

El italiano rechoncho, entre aspavientos de asombro, sacó la cuenta. Llevamos las canastas.

Elena y Bernardo, sonrieron felices; él debió contener un: «¡Nunca tenes medida para las cosas!».

Durante el largo camino hasta la Chacarita, no dijimos palabra. A veces, la mirada de ellos se llenaba de curiosa mansedumbre, como si en mí, por haber estado una noche con María Elisa, por haber sido la causa de que no estuviera más entre nosotros, encontraran algo de ella que sobreviviera. A pesar de mi bajeza, era cuanto les quedaba de ella. Yo guardaba así un pedazo de cartulina, donde Margarita había escrito dos líneas y garabateado el croquis de su casa; también, una moneda falsa de veinte centavos que nos dieron de cambio en un ómnibus. Le había dicho que algún día la haría fundir en oro para que fuera en verdad «su moneda».

Mi amor, adherido como pólipos a estas cosas muertas, les daba vida.

¿Qué habría dejado María Elisa? ¿Qué trozo de papel, qué flores secas, qué marquilla vacía de cigarrillos? ¿Qué habría de encontrarse al revolver el cajón de su mesa de luz, o alguna caja escondida en el fondo del ropero? ¿Cuáles serían «sus pequeñas cosas», que volverían a ser nada más que cosas?

El aire fresco de la mañana entraba por las ventanillas abiertas de la berlina. Un barrendero suspendió su tarea para descubrirse al paso de la carroza. Todos los hombres, a quienes salía al paso el minúsculo cortejo, hacían otro tanto; las mujeres se persignaban con rápido ademán. Hubiera deseado agradecer a cada uno el acto benévolo. Era como si esta ciudad, grande, desparramada e hirviente de vida, se percatara de que existía, al menos, de que había existido María Elisa; que esta ciudad, a la cual no le importaba un ardite mi vida, o la de María Elisa, le otorgaba un instante de atención, de compasión.

Luego de esperar turno para el responso en la Capilla del cementerio y, vuelto el cajón a la carroza, seguimos a pie varios cientos de metros. Caminábamos, bajo las tipas y los eucaliptos, hacia las fosas en tierra. Era cuanto habíamos podido pagar. Al dejar el sector de los mausoleos, ostentosos y recargados de estatuas y placas recordatorias, nos encontramos en medio de unas doscientas personas que pugnaban

por acercarse a una tumba, cuyo túmulo de mármol aparecía cubierto de velas, que dejaban chorreras de estearina aposadas en la tierra.

De rodillas y los brazos en cruz, una mujer rezaba teniendo un pañuelo de ancha guarda negra en una mano, mientras con la otra levantaba el retrato de una mujer tan gorda como ella y vestida de negro. El espectáculo me chocaba y, sin embargo no podía apartar la vista; como, a veces, me atraían objetos y cosas cuya sola presencia me causaba repugnancia.

Otra mujer cruzó entre la carroza, y nosotros; farfulló a la que seguía:

—Así me quede tres horas, no me sacan sin tocar la tumba de la *Madre María*. ¡Justo hoy que es el aniversario de la finada milagrosa! ¡Tenía una mano para las curas!

Miré a Bernardo: los ojos le chispeaban. Fue sólo un momento, luego apretando los carrillos, volvió su vista al cajón de María Elisa, a medias oculto por las colgaduras negras con adornos plateados de la carroza.

Proseguimos la marcha. Ya más lejos cesó de escucharse el cuchicheo; sólo nos quedaba el chiar de los pájaros, el acompasado golpear de los cascos y el siseante de los zapatos sobre el asfalto; de vez en cuando, el crujido de las ruedas desvencijadas.

Ayudados por los pocos asistentes, Bernardo y yo descendimos el cajón para entregarlo a los sepultureros, quienes lo bajaron a la fosa. Durante la tarea tenían igual expresión que los changadores de la estación Retiro.

Cayó la tierra sobre la tapa; el cajón sonó a hueco. Elena, con un estremecimiento nervioso, se volvió para esconder la cara contra el pecho de Bernardo.

Extendí mi brazo derecho abarcando la espalda de él, y mi mano fue a tomar un hombro de Elena. Estuvimos así agrupados y alentando con angustia, hasta que los sepultureros terminaron su tarea de palas; luego, colocamos a grandes brazadas los ramos de flores.

De María Elisa sólo nos quedaba, una menuda parva de rosas, jacintos, claveles, caléndulas, fresias y coronas de novia.

Volvimos sin decir palabra.

Elena y Bernardo subieron a la pensión de María Elisa. No me atreví a seguirlos. Fui a mi pieza, acaso para mirar las caléndulas anaranjadas semejantes a las de su cuarto.

Apoyada la espalda en la pared medianera; de vez en cuando, con ademán inconsciente, acariciaba el empapelado.

Perdí la noción del tiempo; al entrar, con gesto de rabia, había desatado el reloj de pulsera y lo arrojé sobre la mesa de luz. Me molestaba su «tic-tac» viviente, y esa cargosa constancia con que se ajustaba a mi muñeca. Yo debía ser algo semejante para Margarita.

Durante largo rato escuché, a través de la pared ruidos de muebles removidos o de palabras. Sobre la silla de mi cuarto el diario desplegaba los grandes titulares de la primera página. ¡Europa! ¡Siempre Europa! ¡Siempre sangre! ¡Siempre la puja y el

regateo! De pronto, los titulares variaban tipográficamente hasta poder leer: «Hoy hemos enterrado a María Elisa».

Debía promediar la tarde cuando llegó Bernardo con su valija de mano y un voluminoso cuaderno con tapas de tela verde. Di un salto al oírlo entrar; exhausto, me había adormecido.

Dejó caer la valija, y se tiró sobre la cama, conservando el cuaderno consigo.

—Esta noche me voy a Córdoba, después a Misiones —dijo impasible, luego, haciendo una pausa y como si le costaran las palabras, agregó—: Ya no tengo nada que hacer en Buenos Aires. Tengo que volver a mi trabajo, a cualquier parte... ¡Qué más dá! Acabo de estar con mi madre. Lo ha comprendido todo. ¡Es admirable!

Volvimos a quedar en silencio. De vez en cuando, Bernardo hojeaba el cuaderno de tapas verdes; leía un poco y, de improviso, lo cerraba con desesperación.

—¿Vamos a caminar hasta que sea la hora del tren? No puedo quedarme quieto —cortó, poniéndose en pie.

El gentío hervía ocupando la totalidad de las aceras y la calzada. Pasaban hombres y mujeres correctamente vestidos, hasta vestidos con exceso. Anduvimos, sin darnos cuenta, hasta llegar a la calle Florida.

Los canillitas voceaban las quintas ediciones de los diarios, o libros y pasquines sensacionalistas. En las esquinas algunos hombres se estacionaban con torpe gesto de cazador ansioso; descubría, en ellos, la misma cara que debía tener esa noche de Año Nuevo en casa de María Elisa. Me repugnaba ver en ellos mi cara.

Desde una confitería, ubicada en los altos de un pasaje, llegó la música de una orquesta de *jazz*. Aceleré el paso. Bernardo miraba con fijeza de alucinado, topetándose de continuo con la gente. Los escaparates y letreros luminosos alumbraban la calle en inconsumible reguero.

Era absurdo que nos hubiéramos dejado arrastrar, así, por la muchedumbre. Sin embargo, allí, parecía más real nuestra soledad. En la primera esquina, tomé a Bernardo por un brazo y doblamos.

Seguimos en dirección de Retiro. Cuando el tránsito de peatones se hizo menos denso, Bernardo, como si recién notara mi presencia, volvió la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos. Murmuró algo que no pude escuchar a causa del ruido de un tranvía. No me atreví a hacerlo repetir. Se detuvo en frente del escaparate de una casa para artículos de hombres, de esas que parecía haber una en cada cuadra. Vislumbré sus ojos llenos de lágrimas. Simulé estar mirando las camisas que se alineaban en el escaparate.

En la puerta vecina, brillaba una chapa de bronce: «Dr. Wasch. Radiólogo».

—Aquí, frente a esta vidriera, vi por primera vez a María Elisa —dijo.

Quedamos allí hasta que Bernardo inclinando la cabeza, reanudó la marcha.

Entramos a la confitería de la estación Retiro y, como animal que vuelve a la querencia, fui a sentarme en la mesa que solía ocupar con Margarita. Recapacité con extrañeza que en los dos días pasados no había intentado verla y, lo que era más

notable aún, no tenía deseos de hacerlo. Quedé mirando las guirnaldas que coronaban el zócalo de cerámica. Solía contemplarlas distraídamente cuando esperaba a Margarita; le gustaba hacerse esperar. A menudo, me preguntaba si ella recurriría a estos trucos para hacerse valer. No podía, ni debía pensar mal de ella. Me prometí no repetir el error que, por dárme las de corrido, había cometido con María Elisa. Con esa especie de adivinación del pensamiento, que ocurría a ambos indistintamente, Bernardo dijo con tristeza:

—No tienes la culpa Alberto —hizo una pausa para continuar con voz firme y segura—. Te ruego me perdones por lo que te dije cuando llegué de Córdoba... Estaba enloquecido, primero con la carta de la pobre Elena, luego con su telegrama. Ella te conocía, nos había visto juntos, y... te vio bajar del cuarto de... No, no pienses nada; María Elisa nunca quiso decir nada, y la pobre Elena hizo lo que creyó mejor. Siempre le quedaré agradecido; si no hubiera sido por su telegrama... Ahora te comprende un poco más. Me gustaría que algún día, o todas las veces que puedas, vayas a verla. Es muy buena, la pobre, y se ha quedado tan sola.

—Bernardo, yo no sé cómo decirte...

Con un movimiento de cabeza cortó mis palabras; para cambiar de conversación, agregó:

—Decile a *Madame* que me perdone si no fui a verla... Ella comprenderá, —como reconviniéndose, continuó—. No resulta ser tan comprensivo... Habría que hacer pagar las cosas, pero ¿qué saca uno con eso?... Soy incapaz de guardar rencor a nadie.

Al sentir mi mirada no se atrevió a levantar la suya.

De nuevo volvimos a quedar en silencio. La cháchara de las mesas vecinas subía en derredor nuestro.

De repente, Bernardo levantó su vaso y, tocando el mío, dijo cariñosamente:

—Que seas feliz Alberto. Pero no seas tan impulsivo, o la vida te hará astillas.

Estuve a punto de contestar que prefería esto a ser espectador, pero callé, él lo sabía.

Salimos cuando faltaban diez minutos para el tren. Sin prisa, buscamos el coche. Caminaba a su lado con el cuerpo en tensión, temeroso hasta de cambiar el paso para igualarlo. Sonó el estridente silbato del guarda, y Bernardo se volvió con desesperación; me miraba con la emoción de *antes*. Apretándolo con fuerza, hasta que lo depositó en mis manos, dijo:

—Tomá Alberto. Este cuaderno es tuyo... aunque no me decidía a entregártelo.

Me abrazó con ansiedad, como si nunca más hubiéramos de vernos. Sentí, con esa clarividencia que me aterraba en los momentos de emoción intensa, que allí terminaban para siempre esos años que nos habían unido como párpados de un mismo ojo.

Se desprendió con visible esfuerzo y, alzando la valija que había dejado cerca, corrió hasta el coche.

Con el puño crispado, como si luego hubiera de morderlo, levantó apenas su brazo derecho, mientras el largo convoy se ponía en movimiento.

Dejé de verlo entre los brazos que se agitaban desde las ventanillas.

Tuve ganas de correr tras del último balcón, que en un gran disco oscuro ostentaba un sol dorado y brillante circundado por el nombre del tren: *Rayo de sol*; pero permanecí pegado al pavimento, apretando con fuerza ese cuaderno de tapas verdes que aún conservaba la tibieza de sus manos.

Todo se derrumbaba gelatinosamente; los apoyos vivientes que había logrado encontrar en la gran ciudad, de golpe, se escurrían entre mis manos codiciosas. Desamparado entre las gentes, y las locomotoras, que me fascinaban con su potencia, busqué apoyo para no perder el equilibrio.

De prisa, como si la despedida terminara al levantarse de nuevo la señal roja, la gente vaciaba el andén. Seguí tras ella, entre ella, mezclado con ella, como si me llevaran trahillado.

En el subterráneo levanté apenas la tapa del cuaderno. En el ángulo inferior derecho de la primera hoja leí: «María Elisa Ibarra», y a renglón seguido Buenos Aires, 1935. La letra era extraña sin dejar de ser femenina. Con rapidez, tal si temiera que alguien hubiese leído lo mismo que yo, cerré el cuaderno. No podría leer una palabra más en ese tubo de acero estampillado de avisos, que zumbaba dentro de otro tubo de cemento.

Al verme pasar frente a la puerta de su habitación, *Madame*, abandonando el «solitario» que jugaba, me detuvo.

—¡Pero, muchachón! ¿Dónde diablos anduvo metido? —ensayó una risita para decir burlona—. ¡Ajá! Ya debe andar en amoríos. ¡Ya tiene de nuevo esa cara de perro flaco!

No lograba rehuir su mirada inquisidora; con expresión preocupada, agregó:

—¿Está enfermo?

—No, *Madame*, estoy cansado... No he dormido desde hace...

—¡Claro! ¡Déle no más, siga parrandiando, así a los treinta años va a ser un viejo chocho! —cortó mi explicación, adoptando su tono de reprimenda.

Luché, al echarme en la cama, entre el deseo de leer lo que había escrito María Elisa y el cansancio que me abrumaba. Bernardo había dicho, tiempo atrás, y con aire socarrón: «Las mujeres y los literatos desahogan en el papel lo que la vida les niega». Habría luchado íntimamente para dejarme ese cuaderno, quizás como justificación de sí mismo o resarcimiento de su amor propio.

Lo puse sobre la mesa de luz. Relucieron sus tapas verdes.

Mi mano derecha se apoyó en la pared. Fría, hueca. ¿Me había dejado llevar por la emoción de Bernardo y Elena?

Era verdad que María Elisa había llevado un hijo mío. El Dr. Wasch, después de limpiar los vidrios de sus lentes con el pañuelo de linón, debió mirarla escandalizado.

María Elisa se había convertido en un charco de sangre roja. Sin embargo, mi hijo

podía haber chapaleado en una de las acequias de San Rafael y dejar en la greda, los rastros menudos. ¿Por qué había bastado sólo una noche para todo esto? El sueño me iba desarticulando las coyunturas.

Los ojos de Margarita se devoraban en una tarde todo mi amor. En cuanto ella se iba volvía a mi trabajo de hormiga para juntarle más amor. Cuando ella cerraba los ojos, en las pestañas le quedaba un almácigo de pasto inglés ennegrecido por la escarcha. Quizá María Elisa tuviese abiertos los ojos pero no vería la parva de rosas, fresias, narcisos y claveles.

No me había atrevido a imaginarla en mi pieza y allí estaba, desde un tiempo que no sabía medir. Al encontrarnos dentro algo sofocante y enervador nos cohibió.

Sentada sobre mi cama, había recogido las piernas con ese mimo gatuno que la encantaba poner en todo sus movimientos.

Desde nuestro encuentro, a la vuelta de mis vacaciones, me resistía a ver en qué forma gozosa se había desarrollado su cuerpo.

—Le dije al portero que era una prima tuya y que venía a traerte un mensaje de tu casa... Le había dado por llevarme a la sala, pero me acordé de *Madame* y le dije que también venía a visitarla a ella. ¡Todo resultó lo más bien!

—Margarita, ¿no te vio *Madame*? —pregunté nervioso, luego respiré tranquilizado al recordar que estaría en misa y luego, como todos los domingos, iría a casa de su ahijada.

—Nadie más que el portero... Parece que tenes vergüenza de mí.

Con asombro y por primera vez, creí que se regodeaba como si la sorprendiera, no ya mi devoción absoluta, sino el que la tratara de igual a igual. Tal si ella pudiera adivinar lo que pensaba, desvié la mirada que cayó en la mesa de luz. Me estremecí al ver el cuaderno de María Elisa; faltaba muy poco para que hicieran 24 horas que estaba enterrada.

—Ya sabes que nunca me avergonzaré de ti; pero en el Hotel no está permitido recibir mujeres solas...

Cambiando de expresión, se quedó mirándome a los ojos con esa ternura que humedecía los míos antes que el brillo apuntara en los suyos.

Sin duda, a causa de la vigilia y el agotamiento nervioso, podía analizarla con extraña frialdad. Así, me pareció descubrir que esta mirada suya era como el termómetro de mi amor.

—¿Parece que estás muy preocupado por «esa»? —dijo, con retintín que me asombró.

Al llegar, le había hablado de María Elisa con la desesperación de tener alguien en quien desahogarme; por explicarle mis ausencias; o, quizás, por motivo menos noble, para hacerle saber que alguien me había amado hasta ese extremo. Me avergoncé al darme cuenta de que ya no había cosa que considerara innoble con tal de conquistar su amor.

—¿Para qué me pregunta esas cosas? Bien sabe usted que no la quería —contesté usando ese tratamiento que me gustaba endilgarle como invalorable muestra de cariño y respeto.

Se apoyó más sueltamente sobre la almohada; la seguridad que le daba se traducía en bienestar físico. Tuve ganas de sonreír, pero de nuevo me contuve.

La proximidad de Margarita volvía, una vez más, a darme sensación de frescura; ya no recordaba con aflicción la primera vez en que habíamos estado solos. En una de

las siguientes, que logramos escamotear con la acostumbrada complicidad de esa vecina suya, había sido capaz de permanecer toda una noche abrazado a ella; estrechamente unidos en éxtasis que borboteaba ternura. No había dormido ni un solo instante; la cubría con mi cuerpo estremecido como una campana que repicara vibrando hasta en el último átomo. Desde esa noche, va no temía a mis manos.

—¿Supongo que no te habrás tragado el cuento? —insistió en el mismo tono burlón, que me pareció falso.

—¡Eso es cosa tuya! —contesté desconcertado.

La vi replegarse, como si se diera cuenta que había dado un paso en falso.

—¿Todavía estás enojado porque anoche salí con Jorge?

—¿Qué Jorge?

—¡Ah!, creí que te lo había contado... Jorge, ese amigo de mi padre con el que me viste en la estación ¿te acuerdas? Ese que algunas veces viene a buscarme a la academia.

Por primera vez, no reaccioné con esos celos que me enfurecían hasta perder el control.

—¡Bah!... Si te interesa ese tipo, peor para voz. No hablemos de eso; son cosas que no serías capaz de comprender.

El sonido de las últimas palabras me quedó en los oídos; había hablado sin cuidarme de no herirla.

—¡No sería capaz de comprender! —repitió parodiando mi voz—. Ya sé que me crees una tonta, pero te equivocás de medio a medio; es el hijo del dueño de la fábrica y ya me ha hecho poner en las oficinas, y, ¡sábelo bien!, si se me antoja, lo hago que se case conmigo.

Estupefacto, veía contraerse y distenderse las pequeñas manos. Sucedió lo imprevisto; lo que me resistía a creer era dicho por Margarita y no fruto de mi imaginación. Debí inventar yo mismo, de cabo a rabo, esas palabras.

No era su voz, sino la mía encajada en la suya; era como si yo mismo, que me hería y desangraba, le apuntara todo lo callado y escondido por temor de lastimarla hasta en la idea que, de su pudor, ella podía imaginar que yo guardaba.

—¡Esto era lo que había venido a decirte! —prosiguió—. Sabelo que no me importa lo que pensés y lo que hayas hecho en estos días... Si estás dispuesto a hacer el ridículo por esa, ¡no m'importa, ni me extraña! Ya has hecho bastante el ridículo conmigo... Ya te he dicho, un montón de veces, que me gusta hacer lo que siento... y lo que yo he sentido por vos es otra cosa muy distinta... —recalcó las palabras con impudicia—. Ya sé que no debía decírtelo, pero confío en todas esas cosas pasadas de moda en las que vos creés...

Se detuvo para medir el efecto. No hice el más mínimo movimiento.

—¡La verdad es que no te he querido nunca! ¡Entendelo! —titubeó un brevísimo instante, quizás para elegir las palabras que habían de herirme más—. ¿Nunca se te ocurrió pensar que yo buscaba en vos lo único que tenes? Tantas veces he esperado

que me agarraras con tus brazos fuertes, que me sujetaras, que... Está bien que la primera vez creyeras en mi llanto, pero después ¡hasta cuándo! ¿Todavía no te has dado cuenta que a las mujeres nos guste llorar un poquito?

Se contuvo; creí, por un momento, que los ojos se le humedecían, pero continuó:

—Cuando me acuerdo que me has tenido una noche entera a tu lado y no se te ocurrió otra cosa que besarme, me dan ganas de morirme de risa; pero ¿en qué siglo vivís?

No pude articular palabra; por momentos, sentía que, escapando de mí mismo, tomaba esa pose de espectador en que, para mi desconcierto, me ubicaba cuando los hechos en los cuales me tocaba actuar alcanzaban su algidez.

Tan absurdo me pareció todo, que llegué hasta imaginar que Margarita no era Margarita, sino una mujer desconocida cuyo arrebató histérico me había tocado presenciar por casualidad.

Quedé así hasta que, al intentar levantarse, con movimiento que se me clavó como púa en la garganta, dijo:

—Bueno, ahora que ya largué todo, me voy, jorge me está esperando ¡y es capaz de cualquier cosa si me demoro!

Bastó su intención de irse, de dejarme, para que —con reacción que comenzó como instintivo arrebató para, en un segundo, convertirse en fría y calculada maniobra— mi mano abierta avanzara en rápido movimiento.

Resonó en el cuartucho la bofetada. De un brinco, Margarita se puso en pie; quedó indecisa un momento, luego dio tres pasos hasta el hueco de la puerta, y, volviéndose, gritó, los ojos llenos de lágrimas:

—¡No te quiero, ni te he querido nunca!

Dudó unos segundos, hasta que, escapando a todo control, corrió y me abrazó.

—¡No, Alberto! No lo pude hacer, perdoname. ¡No lo pude hacer! —gritó, y el llanto ahogó su voz.

Estaba tan agotado que no lograba entender lo sucedido. No obstante presentí, sobrecogiéndome, que algo más terrible y definitivo caería sobre mí.

Desahogada la tensión, cesó de llorar. Mis brazos habían quedado pendientes; sin atreverme a rodearla. Separándose me contempló con ojos enrojecidos, que expresaban inmensa ternura. Pensé que si alguna vez mi madre se había visto en la obligación de castigarme injustamente, me habría mirado en forma semejante.

—¡Perdóname, Alberto! No sé cómo podrás perdonarme nunca. Quería que me despreciaras, que me odieras; pero no puedo ¡no puedo! —nuevamente, se le escapó un sollozo—. Has sido tan bueno conmigo, pero tan bueno, que yo no sé cómo agradecerte.

—No tienes nada que agradecerme. Todo lo que hice era porque te quería... Me hubiera sido más difícil no hacerlo.

—No, no ¡por favor, Alberto! Me hace parecer más terrible lo que debo decirte. ¿No sos vos, acaso, quien me enseñó a ser leal?

Me abrazaba con desesperación, como si ella, que era tan menuda, quisiera protegerme y comprendiese, aterrorizada, que era vano su intento, pues que ella misma tenía que herirme a causa de estarme abrazando.

De pronto entendí, como si ya lo hubiera escuchado a través de las espantosas palabras que había dicho antes, lo que ahora ella no lograba.

—Escucha, Margarita: puedes decirme lo que quieras. Sabes perfectamente que daría cualquier cosa con tal de que fueras feliz.

Quedamos un momento en silencio. Me llegó distinto el leve tic-tac de mi reloj de pulsera, al cual cubría, a veces, el ruido del tránsito callejero. El caño de desagüe del baño correspondiente al cuarto piso, y que pasaba escondido tras del ropero, dejó escuchar su ruido.

Margarita, la cabeza inclinada, contemplaba las tablas del piso. Un mechón de pelo, le cubría parte de la cara, dejando ver nada más que el perfil de la barbilla y la boca. Mi vista quedó adherida a sus labios enrojecidos por el llanto, de vez en cuando se agitaban en intento de hablar, luego volvían a quedar inmóviles, hasta dar paso a un suspiro.

—Alberto, estoy enamorada. Lo supe anoche y no quiero mentirte. Perdóname Alberto, si crees que te he mentido... Me habías enseñado a ver la vida de una manera tan distinta, tan pura, que me habías llenado de agradecimiento. Era tan feliz contigo; hasta me habías enseñado a reír, porque yo no sabía. Era tan incapaz de ser feliz antes de conocerte, que confundí la alegría de estar contigo, esa necesidad de verte, con el amor.

Hizo una pausa; una lágrima le garabateó la mejilla iluminada.

—Alberto: yo no sabía lo que era el amor. Nunca había querido a nadie. Nunca había besado a nadie. También me enseñaste vos a besar. Yo no me había dado cuenta de nada, hasta que hace unos días... ¡No, no sé cómo fue!... No, no es Jorge, el hijo del dueño; eso lo inventé porque me pareció mejor. No, no lo conoces, es... un compañero de la oficina —nuevamente dudó—. No sé, no sé cómo fue, pero anoche me besó, y yo, Alberto, yo lo besé sintiendo algo que nunca había sentido al besarte a vos... Anoche no he dormido, no podía dormir. Me repetía eso que me dijiste una noche, cuando hacía poco que salíamos juntos: «Alguna vez vas a sentir algo extrañamente distinto, y entonces sabrás que estás enamorada».

—Sí, fue en el espigón del muelle de Olivos —dije, como un eco.

—Si, lo recuerdo, recuerdo todo lo de esa noche en que sentía por vos un cariño tan distinto al que sentía por mi padre, que creí que eso era el amor. Lo creí, Alberto. Necesito que me creas —imploró.

—¿Cómo no habría de creerte si yo mismo aprendí en vos lo que era querer de verdad?

—¡No, Alberto! ¡Te he pedido que no digas nada! —gritó casi, al tiempo que cubría la cara con las manos.

Quedé en silencio. Quería sentir, para repasarlos luego, de qué manera transcurría

cada nuevo minuto a su lado; quería que cada instante de ese tiempo quedara marcado por su presencia; que cada minuto pudiera representármelo, luego, cuando ella me dejara, por una imagen: el ruido entrecortado de su alentar; sus dedos nerviosos hundiéndose en la mejilla; ese tono opaco y, sin embargo, ternísimo de su voz.

—Esta mañana, ya no podía más. Tenía necesidad de contártelo. Nunca te he mentido —respiró hondo y, luego de una pausa, prosiguió—. Siento mucho —de nuevo calló, como si lo que iba a decir le pareciera convencional— siento lo de tu... amiga María Elisa. Me duele herirte más. Estuve tentada de callarme, de no representar esa tonta escena; pero te quiero tanto, que no quería que sufieras por mi culpa. Pensé que de esa manera ya no sentirías perderme... ¡Qué se yo, Alberto! ¡Soy una estúpida, una chiquilina estúpida! ¡Te ruego que me perdones! ¡Te ruego que me perdones! ¡Te ruego!

—Margarita... —alcancé a decir, antes que ella, luego de abrazarme nerviosamente, saliera sin agregar palabra.

Un taconeo rápido, como si huyera, en la escalera de hierro. En el ruido de cada peldaño se me ahogaba un grito. La refracción del sol mañanero en la alta pared encalada que cortaba el patio de luz, me hizo pestañear. Una oleada de aire fresco batió las cortinillas de mi ventana, una de cuyas hojas se cerró violentamente.

Necesitaba escapar; una última posibilidad. Torné el cuaderno de María Elisa. Con él ya en las manos, de nuevo, me vi accionar como si fuera un ser distinto.

Hasta me pareció que había olvidado el significado de las palabras. Las veía como uniformes garabatos alineados en tinta azul claro, otras en más oscuro. A veces las palabras se esfumaban entre el humo del cigarrillo, que distraídamente arrojaba sobre las páginas. Las manos me temblaban. Había dormido muy pocas horas en los últimos días. La cabeza me pesaba en dura rotación de muela de molino harinero. Hubiera deseado hallarme en el brocal de un pozo balde, para dejarme caer entre la frescura de unas paredes musgosas que se hundieran en la tierra. La letra era grande y tendida en algunas páginas, en otras se empequeñecía y desnivelaba.

Pesqué el nombre de Bernardo. Algo se aprestó en mi cabeza para la atención. De nuevo, las palabras tomaban significado, lentamente las cosas que representaban cobraban forma en mi cerebro. A las dos o tres páginas, lo escrito por María Elisa me sonaba a cosa escuchada. Allí estaba Bernardo, con sus palabras favoritas, sus expresiones más usuales. El cuaderno había sido, hasta entonces, un arroyo insignificante en el que, de pronto, desemboca un río turbio y caudaloso. Bernardo, sin proponérselo, había arrollado con ella.

Debía mediar el cuaderno, que leía con la misma curiosidad con que hurgaba los cajones y bolsillos más íntimos, cuando un párrafo menudo me hizo estremecer.

«Hoy he visto al *famoso* Alberto Aldecua. Elena me lo mostró en la Confitería del Hispano: estaba con una mujer de esas “que se nota lo que son”. Ella sólo tenía ojos para él. No sé lo que le halla de extraordinario Bernardo».

Más adelante insistía: «Hemos discutido con Bernardo, porque me gusta hacerlo. Es un apasionado y a veces quisiera taparle la boca con un beso; pero me contengo, prefiero oír las cosas que él dice. Cuando habla de política se posesiona de mí con su voz grave, masculina y acariciante. Hemos discutido sobre Alberto. Me da rabia ese cariño que tiene por su amigo, cuando él mismo afirma que es “un animalito sano y voraz”. Esto es lo que menos me puede interesar en un hombre. (Quisiera estar perfectamente segura de que digo la verdad). Hoy he sentido que amo a Bernardo; esto después de la discusión. Hasta que lo conocí vivía flotando. Ahora sé lo que quiero y lo que soy. ¿Habrás hecho lo mismo con Alberto? Es raro que no me lo haya dicho, porque en el fondo debe estar ufano de su papel de domine».

El nombre de Bernardo aparecía a cada momento en páginas que leía de carrera. Hasta que de nuevo tropecé con el mío y volví al comienzo del párrafo.

«Hoy me ha sucedido algo perfectamente (me gusta usar las palabras; *perfectamente* y *lógicamente*. ¡Son tan de Bernardo!) cómico: ¡Alberto me ha seguido en la calle, con una timidez que casi me hace reír! Me contemplaba

en el reflejo de una vidriera. No sé si Bernardo o él tienen los ojos más chicos del mundo; pero no hay duda que entre los dos anda la cosa. Se quedó desilusionado cuando me vio tomar el auto del Dr. Wasch. ¡Me imagino lo qué debe pensar! ¡Pobre chico, tiene cara de iluso! Además, también, tiene rodilleras.

Amo a Bernardo y, con todo, no me disgusta que Alberto me haya seguido, ni que me siguiera cualquier tarde. Bernardo no quiere presentármelo. Resulta cómico: bastó que yo se lo alabara, por decir algo amable, para que desde entonces me hablara de Alberto con ridícula reticencia. Está celoso y le fastidia no poder ocultarlo. Se convierte en un toro furioso que atropella y arrasa con todo; me encanta haberle hecho abandonar su sonrisa de cínico de pacotilla y celarme como un chico enamorado.

¿Qué haría yo si Alberto se enamorara de mí? Se me ocurre que no podría dejar de amar a Bernardo, porque su amor me ha dado forma y razón para vivir. Algunas veces siento que a él me liga una especie de “obligación”. (¡Como puedo haber escrito esta palabra tan fea!). Sin embargo, si amara a Alberto me sentiría más libre, más sin ataduras. Es ridículo que escriba estas cosas. No me enamoraré nunca de Alberto. Esto me lo repito a menudo».

Leía cada vez con mayor ansiedad; necesitaba llegar al momento que debía ser explicado como ningún otro.

«Marzo 26 de 1938. Me parece que el mundo se ha hundido en mi alrededor. Bernardo se ha ido a Córdoba. Ahora pienso que nunca hemos hablado de matrimonio entre los dos. Es raro... Necesita más dinero (un poco de dinero), quiere regalarme ese traje de raso de seda que deseo tener. Quisiera regalarme todas las cosas que ve. Es una ventaja que tenga los ojos chicos.

Me ha dolido su poca confianza en mí. No quiso decirme en qué tren se iba, estoy segura que para evitar mi encuentro con Alberto o quizás por no presentarme a la madre y la tilinguita de su hermana. Supongo que ellas me tendrán por poca cosa. La verdad es que fui a la estación pero no viajé en el nocturno; he sido una idiota en rebajarme así. ¡Pobre Bernardo, es ridículo que me cele de esta manera! Tengo ganas de saber cómo es la única persona a la cual teme Bernardo. ¿Qué tendrá de raro y atractivo? Es buen mozo y bien plantado, pero nada más. Además, camina espantosamente mal».

Más adelante, continuaba sin indicación de fecha:

«Ayer estuvo Alberto. No lo vi, pero vino a quejarse a causa de que

anteayer, y en la madrugada, se me ocurrió colgar los cuadritos de Beethoven y Wagner que me regaló Bernardo. ¡Mocoso insolente!

Bernardo me escribe a menudo. Me ha prometido la sorpresa de una visita; como es tan raro en sus reacciones, supongo que será la de Alberto. Tengo la intuición de que será Alberto. Me dan ganas de reír al escribir la palabra “intuición”: los hombres hablan tantas veces de la intuición femenina que nosotras hemos terminado por creerla un atributo de nuestro sexo. (Esto me ha salido muy redondo y con un aire filosófico que está “muy de moda”. Bernardo se mataría de risa, pero tiene razón, debo leer menos: “Tengo indigestión de literatura con espasmos filosóficos”). ¡Ah, si pudiera salir a la calle a dejarme corretear por los muchachos, mandarían los libros al diablo!».

Una hoja después, leí:

«Como me imaginaba la sorpresa era Alberto; pero se da el lujo de no venir. ¡Está frito si espera que yo lo llame!».

Seguían tres renglones tachados cuidadosamente; al trasluz alcancé a leer: «... gustaría llamarlo...». Luego continuaba:

«Bernardo explica su actitud diciendo que debe andar metido en uno de esos “enredos” que le sorben el seso, “el poco seso que tiene”, precisa fastidiado e irónico. ¡Es gracioso!, después de haberse negado a presentármelo, ahora se enoja porque Alberto no viene a conocerme. Esto es muy de Bernardo».

«Escribo —continuaba— demasiado a Bernardo, para tener ganas de seguir con este “cursi diario íntimo”. Acierta (¡Cuándo no, él tan sabihondo!), al decirme: “La suprema cursilería es la obsesión de lo cursi”. No me importa lo que resulte, lo escribo porque se me antoja. ¡Qué revienten los demás!

Me gustaría andar más desnuda por estas páginas; pero tengo miedo de morirme de repente y que lo escrito por mí escandalice a alguien verdaderamente puro. ¡Quiero tantas cosas que deben ser justas porque Dios me las ha puesto en la sangre! No debía leer tantos libros, como dice el viejo Walt Whitman; su “Canto a mí mismo” me ha quebrado los nervios. Hay poetas que gozan sensualmente a sus lectores. ¡Basta de filosofía barata!».

De golpe, al dar vuelta una hoja, encontré lo deseado:

«Enero 1.^o. Mi gozo y mi vergüenza superan toda explicación. ¿Es posible

que Alberto, el amigo más querido de Bernardo, sea nada más que esto? ¡Dios mío, qué asco y qué vergüenza, por mí y por él!».

Releí el párrafo una vez más. Las manos me temblaban.

El resto de la página estaba en blanco; en la del frente, y sin mención de fecha, decía:

«Alberto no me ha escrito ni una línea; se ha ido después de *tenerme*, como si fuera una perra. Es infame, porque ya no hago otra cosa que pensar en esto. Y tengo tanta vergüenza de pensar que pueda ser nada más que mi cuerpo que reclama el suyo».

Nuevamente el resto de la página estaba en blanco, como si al comenzar a escribir no hubiera querido ver lo anterior.

«18 de febrero. Ahora sé, gracias a Dios, que no es su cuerpo. Creí que sería más difícil escribirlo y me parece que está bailando en la punta de la pluma, de esta pluma fuente que me regaló Bernardo cuando se fue a Córdoba. (¡Pobre hombrón mío!). Es tan fácil decirlo: Voy a tener un hijo de Alberto. Su hijo. No me siento bien. El estará en su finca, “haciendo el patroncito”, como dice Bernardo; satisfecho y pagado de sí, lleno de su orgullo provinciano, ufano de haberme tenido una noche y traicionado a su mejor amigo. Esto no lo entiendo. Bernardo no me escribe una palabra sobre Alberto. Cada vez que abro una de sus cartas, que tardan tanto en llegarme desde Misiones, tengo terror de encontrar... No tengo derecho a decir nada de Alberto: yo he sido peor. No me comprendo yo misma; creí estar enamorada de Bernardo... No sé cómo pude entregarme así a Alberto. Sin embargo a veces, creo que comienzo a ver más claro... No haré nada; que las cosas vengan como Dios quiera. Si Alberto viene de Mendoza y no hace nada por verme... Ya estoy decidida. Esto quedará entre él y yo: Bernardo no sabrá nunca una palabra, ni lo verá más».

Rápidas y aisladas anotaciones se sucedían.

«Marzo 9. Ayer llegó Alberto. Lo llamé al teléfono pero no quise dar mi nombre; cuando atendió, escuché su voz y luego corté la comunicación. Estoy segura de que no vendrá a verme y a pesar de esto, cada vez tengo menos vergüenza de mí misma. Me río cuando leo todas las sensiblerías que los hombres escriben sobre las madres solteras. ¿Por qué escribirán sobre lo que no entienden y nunca podrán sentir, ni comprender? “El problema de la madre

soltera” ¡imbéciles! Voy todos los días al Hospital, para que me pongan inyecciones. Tengo náuseas».

Más abajo decía:

«Mayo 8. Ya tiene cuatro meses. No pienso más en un aborto; nunca, en ningún momento, llegué a pensar seriamente en que sería capaz de abortar. Por suerte, las náuseas van disminuyendo».

«Mayo 10. Me acabo de ver el vientre en el espejo del ropero; lo tengo amoratado por la faja, pero me he desfigurado muy poco. No sé lo que haré después; tengo miedo de que ese hipócrita del Dr. Wasch me eche a la calle en nombre de la moral; todo para ocultar su despecho de que no lo haya elegido a él, que es tan rico, tan importante, tan “doctor”, para que me diera un hijo. ¡Si supiera que esto sucedió la misma noche de Año Nuevo en que se le ocurrió invitarme por primera vez! Antes de quedarme sola esa noche, hubiera salido con el más infeliz de los hombres; estoy segura de que así lo hice. Mi hijo. No tendría más que golpear la pared para que viniera su padre con la ilusión, no hay duda, de gozarme otra vez; tengo miedo de que lo haga sin reparar en mi estado. No quiero despreciarlo, porque de tanto cavilar voy descubriendo algo que no quisiera...».

Me detuve en la lectura, necesitaba alentar. Mi mano derecha se apoyó una vez más en la pared divisoria. El rectángulo de sol que había estado sobre la colcha de mi cama, cerca de los tacones de Margarita, recorría el último trecho del piso antes de treparse en el alféizar de la ventana.

Con ansiedad volví a leer.

«Mayo 19. Elena hace tiempo que se ha dado cuenta de todo, y no sé si me mira con lástima o envidia; tiene atenciones que me conmueven. Hoy me regaló unas chinelas de franela azul; son horribles, pero ella está encantada cuando las uso.

Pienso demasiado en Alberto y casi no me atrevo a escribirle a Bernardo; continúo la correspondencia sólo por temor de él que se cree un “hombre corrido” y no es nada más que un iluso. No sé cómo se puede llevar bien con Alberto.

Trato de olvidar la sensación de las piernas de Alberto. ¿Por qué razón no podríamos escribir estas cosas las mujeres, acaso no las sentimos como los hombres?

Anoche estuve a punto de confesarme que amo a Alberto. Lo vimos en un cine, con una chicuela ordinaria y mal entrasada que hablaba a gritos. No me

vio, ni creo que hayan visto la cinta; no hacían otra cosa que mirarse entre ellos. Era chocante. Ella tenía un horrible tapado color celeste. Estaba tan nerviosa que pretexté un dolor de cabeza para salir. Creo que Elena se ha dado cuenta. Desde que lo vi con esa cursi voy sintiendo que lo amo. En esto soy muy mujer».

De nuevo un gran espacio en blanco.

«Junio 10. He hablado con Elena, lo sabe todo menos el nombre de Alberto. No sé lo qué va a suceder; dejo que todas las cosas corran como si yo fuera otra persona y, sin embargo, sé muy bien que voy a ser la única que pagará por todo esto; pero ya no me duele, hasta soy feliz. ¡Soy muy feliz! Algunas veces siento que algo se me mueve en el vientre. Ayer fui a la iglesia de la Piedad y estuve mirando el Niño que la Virgen tiene en brazos. Leo mucho menos a causa de que Elena me enseña a tejer. Me empiezo a sentir mujer de verdad, y yo había pensado ¡hasta que era una vieja! Hoy cumpla 23 años y mi vida ya está decidida totalmente. No sé si es justo, pero no es tan terrible como yo creía.

Elena trajo una botella de champaña. Hemos brindado en silencio, a pesar de que las dos sabíamos por quién brindábamos. ¿Por qué negarme a confesar que lo amo con una dulce y espantosa desesperación, si lo he amado siempre, aunque no me diera cuenta?».

En la página siguiente leí con angustia parecida a la que había regido esa caligrafía nerviosa y abierta.

«Junio 12. ¡Lo amo! Ya no puedo engañarme más. Hay noches en las que espero con paciencia hasta sentir sus pasos y luego el ruido de su cama que golpea, a menudo, la pared divisoria. Cuando dejo de escribir, algunas veces tengo necesidad de morderme las manos para no golpear en la pared. “Si me necesitas, ya sabes donde vivo...”. No lo llamaré nunca, ¡nunca!, aunque me muera, aunque me retuerza de desesperación... No es por dignidad, ¡qué me importa la dignidad si lo quiero de esta manera! Soy mujer y no hombre, y las mujeres tenemos solamente la dignidad del amor. No lo llamo porque lo amo demasiado y, si le ruego, lo perderé para siempre. Luego esa duda de cómo reaccionaría ante las responsabilidades. Prefiero dudar y no verlo huir; quiero respetarlo, para que mi amor sea digno de lo por nacer: voy a ser madre de su hijo. Voy a hacer de él un padre. En todo y para todo los hombres dependen de nosotras.

Elena me hace preguntas disimuladas; creo que sospecha de Alberto, pero

como conoce mi carácter no se atreve a obrar sin mi autorización y no la conseguirá nunca».

Más abajo leí, de nuevo sin indicación de fecha:

«He pedido dos meses de licencia al Dr. Wasch. No sé qué haré cuando se termine; no sé nada de nada, salvo que estoy enamorada de Alberto. Hoy he vuelto a llamarlo por teléfono; escuché su voz hasta que cansado de preguntar, cada vez más imperioso, cortó la comunicación.

Quisiera morirme, pero todo se revela en mí ante la sola idea; amo demasiado la vida, porque en la vida está él».

Di vuelta dos páginas en blanco, luego, estallando, casi a la par de mis nervios, había llenado varias con su letra cambiante y torturada.

«Agosto 17. Mi vida se va consumiendo lentamente. Tengo todos los días, más y más, una angustia de lloro que me sofoca. Alberto mío: Siento que ya no puedo existir sin que tú estés a mi lado, que vivo chocando con mi vientre y con mi alma en todas las cosas que me rodean.

Ya no espero nada, Alberto, ya no espero nada... No sabes lo que es poder escribir sinceramente estas cosas. Me quisiera morir con tus ojos mirando los míos; pero tengo que vivir a causa de que llevo tu hijo.

Pero soy mujer, y me has querido por mujer en una sola noche, y yo te amo ya para siempre y por todas las noches y los días por venir. Si yo pudiera oír, nada más que eso, si no es mucho, tu voz a mi lado, va no estaría tan cansada; ni sentiría que el cuerpo se me agrieta y se parte como la rama de un árbol cargada por un fruto demasiado pesado; pero soy mujer y amo ese fruto que tú me has dado, y te amo, amor mío, desde tu primer beso hasta tu último ademán de adiós. Te amo lejos y tan cerca, aún más que si respiraras entre mis pechos.

Ya lo vez, amor mío, así de golpe, te has llevado mi amor y mi vida, y ya sólo tengo ganas atroces de tenderme en un descanso de esos ríos tuyos, de tu tierra que yo adoro nacía más que por ser tu tierra y que yo besaría metro a metro porque tú has andado descalzo sobre ella cuando eras niño. Quisiera tenderme con ese cansancio que deben traer tus ríos, que han saltado largo entre las rocas de tus montañas y, luego, se acuestan mansamente en la llanura... ¡Dios mío, si yo hubiera sido capaz de encontrar esa llanura de tu amor! Por no haberla encontrado, esta noche, amor mío, quisiera morirme con todo el cuerpo pegado a la tierra, como una vertiente que sorbe el arenal; y que tú fueras ese arena. Yo me repito, con todas las voces desde la infancia,

que debo vivir, porque te llevo en las entrañas, metido desde la sangre a los cabellos, porque vives en mí y me recorres con tus pasos de dueño, mientras yo me quedo en silencio para escuchar como hacen eco en mi pecho.

No sé aún cómo me, llegó este cariño, si me vino de esperar tan largo o desesperar tan pronto. No sé si me sucedió por la soledad de las manos, de los ojos y la soledad de la boca; porque mi sangre —yo lo sé, amor mío— ya te había amado desde el comienzo de todos los siglos, y ya sabía que iba a ser tu sangre por una sola noche, para tu goce, para tu hijo.

Alberto: no sabes cuantas veces yo repito tu nombre en voz baja y, luego, voy elevando el tono en un *crescendo* que me envuelve y me subyuga, que me penetra y me disocia; en el *crescendo* infernal de una tromba marina que pone paredes de asfixia a mi angustia. Me has tomado por entero, como dueño, como hombre que toma lo que desea, y yo te he dado en cambio un hijo. Me has dejado el vientre desgarrado y yo te he querido humildemente. Yo, amor mío, te he querido como un océano que soporta en la superficie un navío. Te he querido de todas las maneras imaginables. Hasta te he querido en todas las bocas de los niños, que como tú, cantaron villancicos, a causa de que ha nacido el Niño que no es tu niño; aún te quiero en las flores de las jacarandas que nacen antes de que broten las hojas; te he querido siempre en las tazas calientes de chocolate y en los cubiertos fríos de mi mesa solitaria. Te he querido, aún te quiero y te querré siempre, en revancha de las sucias miradas con que los otros siguen mi cuerpo».

Quedaba nada más que una mitad de página en blanco. El aire fresco llenaba mi habitación. Brillaba la pintura azul cíe mis muebles. Sentí que, sin moverme, me golpeaba contra todas las paredes.

Di vuelta la página.

«Agosto 31. Ayer creí morir; por casualidad, escuché al médico cuando le decía a la enfermera que no podré ser madre; no sirvo para esto y, entonces, ¿para qué? Hoy llegó Bernardo llamado por un telegrama de Elena. Ha sido una escena penosísima. Ahora me explico todo con claridad, pero ya es demasiado tarde. Le he negado que sea Alberto. ¿Qué sacaría con decirlo, si él no me quiere ni me ha querido nunca? No puedo hacer de mi amor un chantaje, menos aún de mi hijo. Bernardo me ha rogado que me case con él. Quizás por ser así como es no pude quererlo. Le he dicho que “después decidiremos”. Sé que no habrá ningún “después” para mí. Es mejor así para nosotros. Logré convencer a Bernardo y a Elena que se fueran y me dejaran sola para dormir. Me voy a ir sin agradecerles, pero ¿con qué palabras podría hacerlo?

No quise internarme. Quiero estar lo más cerca tuyo posible.

Ya sé que esto es el fin; el médico del hospital tenía razón. Yo también la tengo. Que alegría triste es la de saber que cuando tú vengas, amor mío, si vienes alguna vez, ya será demasiado tarde; que ya no habré podido esperar más.

La sangre que se me va del cuerpo va repitiendo “Te amo, te amo”. Es ridículo y maravilloso que ame así, yo lo sé; estoy pagando para saberlo. Yo estoy aprendiendo esta noche a decir: Te amo, en un nuevo alfabeto. Te amo en mi sangre que se va. Será así hasta que mi boca se extinga con tu nombre.

Te amo, y no por una noche de dos horas que me tuviste abrazada entre tus brazos. No sabes que ternura infinita recorre mi cuerpo al mencionar el tuyo. No me arrepiento de haberme entregado por unas horas; quiero que aprendas que este amor mío no podrá ya nunca jamás, medirse por horas, ni por días ni por medida alguna de tiempo. Igual, aunque más no fuera por un instante, yo volvería a entregarme; aún cuando ya esté muerta quisiera que vinieras a tenerme bajo la tierra.

Ya verás que fácil es morir, amor mío; qué fácil y simple. Ya sé que estás en tu cuarto; he sentido tus pasos. Ya sé que estás a mi lado y, ya lo ves, ahora todo es más fácil y simple... Ya verás, cuando no resista la pluma en mis manos (¡Bernardo, Bernardo!, ¿por qué me distes tanto, si yo no lo merecía?) te he de llamar, golpearé la pared. Tú me lo permitiste; me has dado permiso para algo, y no puedes imaginar mi alegría de hacer lo que me permites...

Quizás, algún día, comprenderás y entonces estarás sintiendo que desde todos los rincones de tu pieza, que no conozco, y que quisiera haber acolchado con mi amor para que nadie pueda hacerte daño nunca, mi alma te está llamando, te está abrazando, te está amando.

Quisiera que cuando yo esté muerta, sientas que estas páginas que fueron escritas por mí, te están abrazando castamente, con pureza de llanto y de desesperación. Te amo, Alberto, te amo hasta...».

Una tras otra pasaron entre mis manos las páginas siguientes. No quedaba una línea más. Cerré el cuaderno y me arrojé de bruces en la cama; junto a mis labios secos e irritados quedaron las tapas verdes. La mañana dura se colaba en mi cuarto con los gritos de los vendedores y la baraúnda del tránsito. Mi cabeza revuelta se reflejaba en el espejo del ropero. ¿Por qué no vendría *Madame* Listenois a contarme las pellejerías del Hotel? ¿Por qué no vendría Delia a reírse? ¿Por qué no Lucía a beber su *whisky*? ¿Por qué Jeanne no me llevaría de nuevo entre los álamos de la Avenida Costanera para pedirme que la besara? ¿Por qué Héctor, Silverio, Anselmo e Ireneo estaban lejos? ¿Por qué Margarita había hablado? ¿Por qué María Elisa se había ido en forma tan grotesca luego de entregarse en semejante manera? ¿Por qué no pudo adivinar?

En la silla, exactamente donde la había dejado Manuela, estaba «La Nación» con

sus grandes titulares de primera página: «Francia y Gran Bretaña esperan la contestación de Alemania». Colgada de una percha contra los tableros de la puerta pendía mi salida de baño. Allí, en el contraluz del marco, las manos en los ojos, había visto por última vez a Margarita.

Entre las delgadas patas de la mesa de luz, asomaban las conteras deshilachadas de mis chinelas. El botellón de agua sostenía torcido, boca abajo sobre el goyete, un vaso de cristal acanalado. En la mesa escritorio se amontonaban mis libros de estudio.

Una vez más cayeron, girando sobre sí, partículas del cielorraso encalado. Todas las cosas eran semejantes a la semana anterior y, sin embargo, las paredes de mi cuarto con sus caléndulas anaranjadas me apretaban como una malla estrecha. Los días, la gente y las cosas pasaban a mi lado sin verme y, de pronto, se volvían encarnizadamente. Me golpeaban desde todas las direcciones pero en un solo lugar. El pecho me dolía. Parduzco, desolado y vacío, había visto el inmenso estadio de *River Plate* un día de lluvia. Cemento en las gradas y en el cielo ennubado.

¿María Elisa nunca pudo imaginar que mis manos se quedarían solas, crispadas, en el cubrecama floreado?

Nítidamente, sin ninguna clase de ilusión auditiva, los golpes de María Elisa se repetían en la pared; se repetían con furia, desesperación, luego, con desaliento. Veía, como si hubieran traspasado empapando la pared, los rastros de sangre; rastros de dedos alargados y tibios multiplicados entre las caléndulas, hileras de niños vestidos de rojo que jugaran a la sombra de las hojas verdes y lustrosas de los gómeros azules de la Plaza Alvear.

Se repetían los golpes, resonaban en mi cuerpo atosigando mi sangre, mis nervios, mis ojos desencajados en los párpados enrojecidos. El sol, colándose entre los altos árboles, me desnudaba tirándome sobre un montón de tierra removida y bajo una parva de rosas, jacintos, fresias y narcisos.

Sin desearlo, mis manos fueron trepándose lentamente por la pared, guías de una enredadera salvaje. Se alzaban reptando sin fin, sin tasa, sin hartazgo posible. Tras de ellas los brazos se tendieron rígidos.

Oía nítidamente, con poderoso retumbar de altoparlantes, los golpes desesperados de María Elisa. Yo sabía, no obstante, que estaba muerta. Yo mismo había sido la causa de su muerte y yo mismo había ayudado a enterrarla. Los golpes se sucedían; tenía encajado en el pecho un badajo enloquecido. Escapando a mi voluntad, los puños se me cerraron con instintiva y angustiada furia. Los vi y sentí golpear con fuerza alocada. Sabía que eran las mazas de mis manos las que caían, una y otra vez, sobre la muralla; pedazos de mi cuerpo, carne, huesos, articulaciones. Sabía esto pero los miraba levantarse y caer contra la pared sin el mínimo dolor.

Bramaba mi pecho. Las sirenas, todas las sirenas de los diarios de Buenos Aires, comenzaron a ulular con aullidos de huracán entre las quebradas, de ambulancias cargadas con heridos que chorrearan sangre. Mis puños se clavaron sobre las caléndulas. Me estremecí hasta las rodillas que se hundían en el blando colchón.

Las sirenas de los diarios aullaban atormentándome. El tableteo de los pasos de los curiosos golpeaba el embaldosado de las aceras. Los nudillos se me emblanquecían y estriaban de rojo. *Madame* Listenois rezaría de rodillas ante su imagen de la Virgen de Lourdes.

Desde lo más hondo de mis entrañas, abriendo mi cuerpo hasta las raíces de venas y arterias, escapó un grito desarticulado:

—¡Margarita!

La garganta se me cerró en un nudo y estranguló la voz. El nombre sonó extraño y remoto. ¿Habría existido alguna vez o la había inventado desde el color de su pelo hasta el de los ojos? ¿Existía, acaso, el amor que buscaba?

—Sí, existe —murmuré con voz ahogada.

Desde la calle, me llegó el siseante golpetear, interminable redoble en tambor enlutado, de los pasos de la multitud. Resonaban con abrumadora nitidez, con ritmo enervante y monótono que las sirenas desgarraban.

Distinguía, a pesar de la altura y la distancia, las pisadas de hombres y mujeres entre el tabletear seco de las herraduras de los caballos. Por momentos, el ruido de los cascos cubría el de los pasos humanos. Brotada de esa melopeya obsesiva surgió alucinante la imagen desmelenada, los ojos chispeantes, de Ansemo Landajo. Allí estaba ante mi vista pujante y vigoroso, entre el ruido de los cascos, y la multitud corrida y sableada. De nuevo cortaban el aire los chillidos de las mujeres y las imprecaciones de los hombres: tal cual había escuchado en aquel mitin prohibido.

—¡¡Cosacos!! ¡¡Caballos de dos pisos!! —gritaban desde un grupo de estudiantes y obreros.

Pasaba la torva caballería blandiendo los sables desnudos y descolgando cintarazos. En el obscurecer, un reguero de miradas de odio les marcaba la senda abierta a golpes, y los caballos piafando, espumosos los frenos en el bocado, sudorosos los ijares, costalaban a medias, para rehacerse en seguida sobre las baldosas de las aceras.

Cargaba el escuadrón, una y otra vez, sobre la muchedumbre indefensa. Un mandoble partía la boca que clamaba; y las patas de los caballos hundían la carne blanda del caído.

Golpeaban en un eterno instante repetido y enhebrado por el enfurecido clamor a través de todos los siglos vividos por la humanidad.

La calle se vaciaba como boca descuajada en horrendo quejido y, entre las bestias, quedaba pastoso aire tibio, enrarecido y electrizado.

Dominante, en medio del inmenso y macabro cuadro que renovaba mi memoria, veía de nuevo a Bernardo, ganado apenas en el hueco de un portal, los carrillos prietos marcándole las mejillas; erecto, firme, como toro acosado. Había corrido hasta ubicarme a su lado, hasta sentir su respiración entrecortada. Ya éramos dos para ese estado de exaltación en que la vida era cosa sin importancia; como si para esperar la muerte bastara con la presencia de un testigo querido.

Mis dientes crujían con rabia sorda e irreparable. La multitud, cedía terreno para volver a juntarse y acometer o rescatar a los que caían. Lamentos y quejidos resonaban en la estrecha calle. Impasibles, los altos faroles iluminaban la esquina de nuestro portal, donde, al toque de clarín, había comenzado la carga. Desde aquí y acullá, como brotado de las gargantas de la humanidad entera, se escuchaba el bramido:

—¡¡Mueran los tiranos!!

Corrió hasta nuestro refugio un estudiante; la cabeza le brillaba y, a primera vista, no lograba distinguir si el brillo brotaba de la *gomina* o de un tajo que desde el cuero cabelludo le partía en dos la frente.

Bernardo le tomó del brazo y, con el impulso de su propia carrera, lo encajó entre nosotros, arrebatándole de la mano una tabla astillada que, para defenderse, había arrancado del cerco de una casa en construcción.

—¡Viva la libertad! —alcanzó a balbucir y, embutido entre la persiana metálica y nuestras espaldas, se deslizó a tierra. Sus rodillas habían chocado en mis pantorrillas, y el cachete ensangrentado quedó en la palma de mi mano derecha. No podía tener más de 17 años.

—¡Sí, existe! —repetí casi en un grito, tal si Bernardo o ese muchachito pudieran escucharme y asentir. Escuchar y asentir siempre, en un tiempo invariable. Testimoniar.

Fuera de mi pieza, las sirenas continuaban en su ulular desesperado. Los golpes de María Elisa se habían transformado en los de las pisadas de la multitud. Me extrañé al verme en pie, los brazos tensos, las manos apuñadas.

La imagen de esa calle, como si hubiera estado dormida y de golpe estallara con la furia cósmica de un planeta, volvía incontrolable a mi memoria.

Entre dos caballos, empujada y repechada, surgió, como en el infantil juego de la «gata parida», una mujer; cayó de rodillas y las crines de la cola de un caballo se mezclaron con su pelo. Como por milagro, se levantó e irguiendo el pecho gritó con voz desgarrada:

—¡Muera la tiranía!

Escurriéndose entre los caballos, con ímpetu de fiera cercada, un obrero corrió hasta ella y, cubriéndola con los brazos, la llevó hasta la boca de una estación del subterráneo.

Sentí, en ese mismo instante, que en cada paso ignorado de ese anónimo gentío estaban mis pasos; que en esa muchedumbre dispuesta a morir y desangrarse por su idea, estaba mi propio paso no escuchado hasta entonces.

Comprendía, de pronto, como si las blandas manos de Margarita o de María Elisa se hubieran quitado de mis ojos, más allá aún: de sobre mi corazón, cuanto de humano, de sensible y verdadero había en el espectáculo de Anselmo Landajo y, en el más íntimo y concentrado de Bernardo Linares; comprendí la vida, la pasión de llaga que cobraba en sus bocas la voz con que pronunciaban: «¡Es el pueblo!». Era

hermandad hasta de sonidos en hombres que, aún físicamente, parecían y sentían la misma altura. Era como si de mi cuerpo y alma, bullente a la manera de caldero de fundición, surgiera, bajo la escoria, el metal verdadero y se alzara en desafiante proa.

Esas sirenas eran mis sirenas. Algo inmenso y nuevo me abarcaba y ensamblaba por completo en soldadura a fuego y sangre, en hermandad de amor por los doloridos, por los sometidos, por los castigados, por los atemorizados, por los esclavizados: por todos los inermes que en nombre de la libertad se alzan contra los déspotas de la tierra.

Sentí en mi cuartucho de estudiante, pero sentí con furor incontenible, que prefería dar la mía antes que ver, en cualquier lugar de la tierra, la sangre de otro estudiante, de otro obrero, derramada por un mandón.

Como un desatentado abandoné mi cuarto.

El gentío se arremolinaba frente a las pizarras del diario, mientras las palomas de las cornisas escapaban en bandada.

Grité de nuevo, y mi voz se confundió con las sirenas que ululaban en interminable clamor.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio

Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Aníbal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.

Notas

[1] Es muy ridículo, Alberto... A la pobre Jeanne le gustaba que la besaran; ¡pero los hombres son unos verdaderos brutos! ¡Sucios! ¡Cochinos! <<

[2] Las mujeres siempre tienen el corazón tierno... <<

[3] ¡No digas nada, te lo ruego! <<

[4] ¡Querido! ¡Querido! ¡Esos torpes, esos cochinos, esos brutos! <<

[5] El Adiós. <<

[6] Hasta pronto, amorcito de Jeanne. <<

[7] ¡Y, sin embargo, es cierto! <<